

REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



Nº

100

J-4

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

NUMERO
100

AÑO XI
SEGUNDA EPOCA
1951

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

Director: **PEDRO ROCAMORA**

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

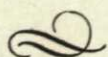
ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

AÑO XI
SEGUNDA ÉPOCA

IMP. SAMARÁN
MALLORCA, NÚM. 4



SUMARIO



EDITORIAL

Ramón Serrano Súñer: BARMES, FILOSOFO DEL BUEN SENTIDO

José Iturrioz, S. I.: EL PROBLEMA DEL HOMBRE ANTE EL EXISTENCIALISMO

Juan Domínguez Berrueta: EL ESTILO DE SANTA TERESA EN SU CAMINO DE PERFECCION

HECHOS

XI REUNION PLENARIA DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

EXPOSICION DE ARTE BURGALÉS EN MADRID

LA OBRA DEL ESPIRITU

EXPOSICION DE NACIMIENTOS EN EL MUSEO DE ARTES DECORATIVAS

LA COLECCION LAZARO GALDIANO, NUEVO MUSEO DE ESPAÑA

NOTAS DE LIBROS

El olivo a través de las letras españolas.—Ensayo antológico, por Miguel Herrero García.—Ediciones del Sindicato Nacional del Olivo.—Madrid, 1950.

Misceláneas: Historia-Arte-Arqueología.—Primera serie «La Antigüedad».—Instituto Diego Velázquez.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



EDITORIAL

E S hoy día el Ateneo de Madrid el primer centro de difusión intelectual española de carácter no oficial. Nunca como ahora podría aplicársele con más razón esa especial, significativa y, al mismo tiempo, popular denominación con que suele conocerse tanto en nuestra Patria como en el extranjero: la de *Docta Casa*, y lo corroboran las palabras del gran escritor francés André Maurois, en las que afirmaba que son la Sorbona parisiense, Oxford y nuestro Ateneo los lugares donde reina el espíritu más fino de Europa.

Si el Ateneo, a través de su larga historia, se ha esforzado en mantener vivas, palpitantes, en continua actividad y desarrollo, las inquietudes del espíritu, el pensamiento y la cultura, nunca como en los años últimos ha coronado con tanto éxito sus esfuerzos, ni ha reunido tal cantidad de estudiosos.

El Ateneo ha empezado a enriquecerse en todos sus aspectos. La Biblioteca se ha puesto al día en todas las disciplinas, y así al tesoro bibliográfico del pasado se unió el del presente, mediante la acertada selección y adquisición de los más importantes libros que han ido viendo la luz en todo el mundo. A la par, empezaron

a organizarse los cursos de conferencias, las exposiciones, los conciertos e incluso las tertulias, que junto a las antiguas, que conservaban el recuerdo de otras de ilustres antecesores, venían a dotar de savia joven a la famosa cátedra. La empresa que se intentaba no era fácil, pero sí magnífica, y merecía la pena realizarla con fortuna. Ella no era solamente, por tanto, que el Ateneo conservase el nivel de sus etapas, sino que éste alcanzase aún mayor altura. Expresar que la ambición se ha realizado no es bastante elocuente para dar idea de la obra. Las lecciones, las conferencias, las enjundiosas y amenas lecturas, los cursos de ciencia, las exhibiciones de Arte y los programas de música, ejecutados por concertistas de primera magnitud, se han ido sucediendo para dilatar lo más posible el período anual activo y acortar la vacación.

Otra de las preocupaciones del Ateneo ha sido la de contrastar los grandes valores intelectuales españoles con los de todos los demás países, y establecer así una eficaz concurrencia de pensamientos y matices, de puntos de vista y de técnicas, y abrir, por tal procedimiento, una amplísima ventana al panorama universal de nuestros días. Serán suficientes algunos nombres para confirmarlo. Por la tribuna del Ateneo, estos años, han desfilado Ortega y Gasset, D. Ramón Menéndez Pidal, el Dr. D. Gregorio Marañón, por sólo citar a tres maestros de nuestra cultura, y André Maurois, Cecile Sorel, Eça de Queiroz, que llevó al público la evocación de la figura de su padre, el gran novelista luso; Victoria Sackeville West..., entre los extranjeros.

Y en el curso 1949-50, el Ateneo ha continuado desarrollando una labor que confirma la brillante editorial literaria y científica de la veterana corporación española.

Nota que en realidad impresiona, y que es ya del último curso, es la del desarrollo por ciclos de conferencias, en su conjunto abarcadoras de las preocupaciones, especialidades, formación general e incluso predilecciones en todos los campos del hombre actual. Sobre Derecho, Periodismo, Política, Historia, Geografía, conquistas de los modernos adelantos, han expresado sus conceptos, sus conocimientos de estudiosos reputados, así como sus personales

experiencias humanas, no un solo valor elegido en cada uno de esos sectores, sino varios, para que el oyente no tuviera que conformarse, en ningún caso, con una visión unilateral de cada problema. Y esto en lo que pudiéramos llamar actos que se celebran en el salón de conferencias y conciertos; si en la mayoría de las circunstancias no hubieran de habilitarse, por la afluencia de asistentes, dotándolas de altavoces, todas las salas, a excepción de las pertenecientes a la Biblioteca, que siempre conserva el adecuado ambiente de paz y de silencio que necesitan los consagrados al estudio y la lectura.

En cuanto a la referida Biblioteca, ha de decirse que constantemente aumenta su riqueza, al punto de que es la segunda de España y que sólo la precede en importancia la Biblioteca Nacional.

Al ritmo de esta tarea no se han olvidado un solo momento las mejoras del local, que tanto habían y todavía han de contribuir las nuevas al desenvolvimiento de los fines de la entidad.

Una brillante etapa se inicia precisamente ahora: la casa de la calle de Santa Catalina, aneja al principal cuerpo de edificio de la calle del Prado, con salones de lectura, con dependencias necesarias, con toda clase de comodidades, va a dar la amplitud y comodidad que desde hace tiempo aspiraban los socios a disfrutar, y ello permitirá que la parte tradicional en la planta baja, junto al salón de actos, sea, por entero, "Cacharrería", lugar de reunión y cambio de impresiones de los ateneistas.

Sería prolijo entrar en otros detalles, para esbozar la trascendencia de un Centro de Cultura como éste, famoso en el mundo. Mas no haremos punto sin señalar la ayuda que el Estado le presta hoy, por medio del Ministerio de Educación Nacional, con una subvención digna del trabajo y del prestigio actual de la docta casa.

BALMES, FILOSOFO DEL BUEN SENTIDO

Por RAMON SERRANO SUÑER

LA vida de Balmes es corta pero fecunda. «Como la luz brillante de la mañana asciende hasta la gloria del mediodía.» Nacido aquí en Vich —donde Cataluña es más Cataluña, según ha dicho un escritor máximo— (años 1810-1848) en el seno de humilde familia, aquí transcurre, también, la primera parte de su vida. Era de constitución débil, tenía mala salud y una sensibilidad excepcional. Leía sin descanso, vivía pobremente y daba lecciones para allegar algún recurso y cuidar de su educación intelectual. Meditaba, discutía y escuchaba. Fué profesor de matemáticas en un colegio.

Poco se puede decir de su vida que ofrezca interés que no haya sido recogido u observado ya desde que don Benito García de los Santos publicó en 1848 una biografía modelo con el título «Vida de Balmes». Poco sobre todo puedo decir yo. ¿Qué diré que sea nuevo en esta histórica Sala cuya bellísima arquitectura preside esa Columna que desde 1861, todos los años, oye hablar de Balmes?

Pero en este año jubilar debo traer el recuerdo de quien fué

su compañero en el Seminario, hoy elevado a los altares: San Antonio María Claret. Los dos fueron ordenados en las mismas t mporas de la Trinidad del año 1834 por el santo y sabio Obispo don Pablo de Jesús Corcuera y Caserta; de Di cono Balmes, de Subdi cono Claret. Fueron los dos hombres más grandes de la Cataluña de entonces, dir  más tarde Mosén Jacinto Verdaguer, «Balmes, la sabiduría; Claret, la santidad».

Estudi  Balmes en la famosa Universidad de Cervera, donde de modo inequívoco se reveló su vocación intelectual y all  fué compañero de Martí de Eixal , de Mil  y Fontanals y de Manuel Cabanyes; y también coincidió con un impetuoso mozo de Reus, que se llamaba nada menos que Juan Prim y Prats, que había de ser más tarde el valeroso General Prim, con sus famosos voluntarios catalanes, por mérito propio —héroe de romance— Marqués de los Castillejos y Conde de Reus, Príncipe de la Milicia, Jefe del Gobierno de España, frustrada esperanza de nuestra política nacional porque oscuros rencores segaron prematuramente su vida. Permittedme ahora este desahogo de español: ¡Ahí es nada señores! : La Cataluña de Balmes, la Cataluña de Prim, la Cataluña del Bruch... Esto es, ¡la auténtica Cataluña que tanto será siempre como decir una de las tierras más españolas de España!...

Después de un período de estudio intensísimo —fué vasto y sólido su saber—, a los treinta años despliega Balmes una actividad extraordinaria. Se traslada a Barcelona y a Madrid. Hace viajes a París y a Londres. Dirige periódicos y funda revistas.

Sobre todo fué Balmes —sacerdote ejemplar— un varón recto, sincero, piadoso y cordial. De niño tuvo gran afición a los pájaros, tanta que terminadas sus vacaciones y antes de entrar en el Seminario daba libertad a los que tenía enjaulados.

Azorín, calando hondo, dice que Balmes, cuando quiere, sabe ser vigoroso y también irritado, y añade, con razón, que su personalidad es complejísima en el fondo.

Balmes en la filosofía.

Para Balmes el problema central de la Filosofía es el problema de la certeza. Balmes no abriga duda alguna en orden a la existencia de la certeza. Para Balmes la certeza es un hecho que la Naturaleza nos impone con una feliz necesidad. En cuanto a las fuentes de esta certeza, Balmes reconoce tres: *la conciencia, la evidencia y el sentido común*. Por la conciencia obtenemos el conocimiento inmediato de los hechos singulares y contingentes de nuestro espíritu; por la evidencia conocemos las verdades universales y necesarias. La certeza que proporcionan la conciencia y la evidencia es absoluta e irresistible. Por lo que se refiere al sentido común, éste nos conduce a la certeza en muchos casos en que no podemos utilizar la evidencia, ni el testimonio de la conciencia. Por él *objetivamos* nuestras sensaciones y admitimos la existencia real de un mundo exterior.

Pero, ¿qué es la *evidencia*? Para Balmes es la percepción de la identidad o repugnancia de las ideas (1). «Hablando en rigor, dice, la evidencia es el acto con que encontramos en nuestras ideas, aquello que se ha puesto en las mismas, o que negamos aquello que habíamos ya negado de ellas.» La piedra de toque de la verdadera evidencia es el principio de contradicción.

La *conciencia* es la presencia interior de nuestras propias afecciones. «Sentir, imaginar, pensar, querer, son afecciones de nuestra alma que no pueden ni siquiera concebirse sin la presencia íntima de ellas. ¿Qué sería el sentir si no experimentásemos la sensación? ¿Qué el pensar si no experimentásemos el pensamiento? (2). El criterio de la conciencia es infalible si se ciñe a su objeto propio, esto es, a lo que pasa en mi interior. «Si experimento un dolor semejante al que produce una puñzada, no puedo engañarme en lo que la conciencia me dice, que siento aquel dolor.»

El *sentido común* o instinto intelectual es «la inclinación na-

(1) «Filosofía Elemental», Lógica, pág. 132. Ed. Biblioteca Balmes, Barcelona, 1925.

(2) Ob. cit., pág. 128.

tural a dar asenso a ciertas proposiciones que no nos constan por evidencia ni se apoyan en el testimonio de la conciencia.» Todos los hombres están seguros de que hay un mundo externo. «Este mundo no lo tienen presente a su conciencia, pues que ésta se limita a los fenómenos puramente internos, ni tampoco conocen esta verdad por evidencia, porque aun suponiendo la posibilidad de una verdadera demostración, muchos de ellos no serían capaces de comprenderla y la inmensa mayoría no ha pensado ni pensará nunca en demostraciones semejantes» (1).

Estos son los tres criterios fundamentales, fuentes de la certeza. Otros, como el criterio de autoridad, constituye una combinación de los expuestos.

La cuestión de la certeza es tratada ampliamente en la *Filosofía fundamental* (2).

Como resumen, entiendo que en el gran problema del conocimiento Balmes está situado dentro del realismo. El conocimiento refleja en la mente la realidad misma. El conocimiento, para el realista, es eso, «reflejo». Entre el pensamiento del sujeto que conoce y la realidad no existe discrepancia. El pensamiento es verdadero, esto es, entre él y la cosa —objeto del pensamiento— hay una perfecta adecuación, y esa adecuación se consigue por la *recta* formación de los conceptos.

Es un intento por forzar la solución al problema del conocimiento, tal como viene planteado por la crítica de Kant. Balmes intenta resolverlo en una dirección realista cuando la filosofía de su tiempo está metida en la aventura idealista o eludiendo con el positivismo el alcance metafísico del mismo problema.

El trato continuo en nuestra vida con las cosas, hace que la mente forme los conceptos, y si éstos están bien formados, reflejan exactamente la realidad.

Balmes es el filósofo de eso que los catalanes llamáis el *bon seny*, ese equilibrio mental, esa recta estimativa de las cosas y

(1) Ob. cit., pág. 135.

(2) Lib. I, cap. XXXII (vol. XVI de la Ed. Biblioteca Balmes).

de las gentes que campea y es nota constante de la producción y la actitud política del pensador vicense.

Cumple aquel consejo de Luis Vives en la «Introducción a la Sabiduría», «de juzgar de las cosas tales como ellas son, evitando estimar las viles como preciosas o rechazar las preciosas como viles».

No se siente atraído por lo abstruso ni lo oscuro y tiene la preocupación de reducir a términos lúcidos las cuestiones más intrincadas; claro está que lo que en última instancia por naturaleza es recóndito, no puede ser aclarado por la voluntad.

Ese afán de claridad (y esas dotes de claridad) le llevan a esas tareas de vulgarización —para mí lo más valioso de su obra— que producen «El Criterio» y la «Filosofía elemental».

«El Criterio» lo escribió en octubre de 1843, durante el asedio y bombardeo de Barcelona, que Balmes pasó en una casa de campo, alejado de todo ruido. Lo escribió sin consultar un libro y constituye un ensayo para dirigir las facultades del espíritu con un método en el que se hermanan las reglas y los principios con los ejemplos. «El Criterio» es un medio para conocer la verdad. La verdad en las cosas es la realidad. La verdad en el entendimiento es conocer las cosas tales como son. La verdad en la voluntad es quererlas como es debido conforme a las reglas de la sana moral. La verdad en la conducta es obrar por impulso de esta buena voluntad. La verdad es proponerse un fin, es proponerse el fin conveniente y debido, según las circunstancias (1).

Pensar bien no sólo interesa al científico; también los demás hombres usamos de la facultad intelectual, tanto en la adquisición de conocimientos como en la vida práctica. Es más, esta proyección práctica del recto pensar, es la que ofrece más alto interés. Porque el saber que no sirve para evitar el vicio y practicar la virtud, es un saber vano. La claridad de las ideas impone una recta conducta, ya que, como dice nuestro Fray Luis de Granada, «el pecado es obra contra razón». Inspirado en estas ideas, Balmes ha escrito esa lógica popular, ese tratado del buen

(1) Prospecto de «El Criterio». Editorial Balmes, 1940, págs. 7 y 8.

sentido, que no se propone otra cosa que conseguir en el lector una «sofrosuné» (1) de sentido profundamente cristiano.

Nada menos que Menéndez y Pelayo profetiza el rápido crecer, con el transcurso de los tiempos, de la fama del escritor de Vich. «El único libro filosófico español —dice— de la primera mitad de nuestro siglo en que se ve un esfuerzo propio e independiente para llegar a la verdad metafísica, el único que puede compararse con las obras de nuestros grandes pensadores de otros tiempos o con los que entonces se escribían en otras partes de Europa, es la *Filosofía fundamental*, libro que precisamente por su originalidad no ha encontrado mucho favor entre los neoescolásticos...» «Para mí, Balmes metafísico no es inferior en nada al Balmes admirable tratadista de lógica práctica en «El Criterio» y de filosofía de la Historia en «El Protestantismo»... «Balmes admiraba la Escolástica y se había educado en la *Summa* de Santo Tomás; encontraba en ella muchos elementos adaptables e incorporables a la filosofía moderna; pero al examinar con libre juicio las cuestiones fundamentales de la filosofía, no entendió, ni por un momento, abdicar su espíritu crítico en aras de ningún sistema. Balmes, digámoslo sin temor, fué filósofo ecléctico... con un género de eclecticismo, que está en las tradiciones de la ciencia nacional, que brilló en nuestros grandes pensadores del Renacimiento y que volvió a levantar la cabeza, no sin gloria, en el siglo XVIII. Balmes coincidió con esta tradición sin procurarlo y aun sin saberlo; y contra el eclecticismo francés, que servía entonces de conductor al panteísmo germánico, levantó un eclecticismo español que valía tanto como el de Cousin, por lo menos. Esta fué su obra y su gloria y por ella el nombre de Balmes es el único nombre de pensador español de este siglo, conocido y respetado en toda Europa por creyentes y por racionalistas» (2).

En la «*Filosofía fundamental*» hay, sin duda, mucho de autores extranjeros, pero se perciben claras resonancias de Gómez

(1) «Sofrosuné» es lo que los griegos llamaban a ese sano equilibrio mental y moral que «El Criterio» de Balmes pretende realizar en el individuo.

(2) MENÉNDEZ Y PELAYO, «Estudios y discursos de crítica histórica y literaria». Madrid, 1942; vol. V, págs. 215-216.

Pereira, a través de ese psicologismo cartesiano que Balmes utiliza, y de Luis Vives y de Fox Morcillo al inspirarse en los pacientes análisis de la escuela escocesa y al mirar con simpatía las concepciones armónicas de Leibniz.

* * *

Balmes en la política.

El mensaje de Balmes es múltiple y sería prolijo que yo recogiese ahora, uno por uno, todos sus puntos más relevantes. Sería también reiterativo y pertinaz. Sólo haré referencia a alguno de ellos, a aquellos más importantes o que el tiempo se ha encargado de revalorizar. Y tendré para esto presente a Gracián, cuando dice que las cosas selectas no cansa repetir las.

Una cosa es clara. Se discutirá si Balmes fué o no un filósofo. Se negará su valor filosófico, se dirá que no dejó un sistema. Yo carezco de competencia y de autoridad para pronunciarme. Aunque Balmes, como dice *Azorín* lleno de agudeza, posee una filosofía en su vida misma y en sus escritos no filosóficos. Pero lo que nadie podrá negar es que *Balmes* fué un *político*, y un político clarividente y avanzado. Un político fervoroso, apasionado y tolerante. La política le atrae de modo irresistible. Ante todo España, la idea de España, el examen de todas las cuestiones trascendentales de la patria. La Nación es algo más alto que la raza, la lengua y el territorio. Es el espíritu, los sentimientos y creencias que funden en un todo indestructible la diversidad y la heterogeneidad de los elementos componentes. Leamos: «Todo se modifica —dice—, cambia y a temporadas desaparece, excepto la religión. El poder de los reyes sufre alternativas; la aristocracia las tiene también; la democracia, a veces no existe, a veces se muestra pujante y amenazadora; los diferentes pueblos y Estados, cuyo agregado forma la monarquía española, se rigen por diferentes leyes, usos y costumbres; en nada se parecen en hábitos, en idiomas, en inclinaciones: nada veréis que pueda unirlos,

ligarlos, hacer de ellos una nación de hermanos, sino la religión: sólo ella se conserva intacta, invariable, una, al través de tantos trastornos, mudanzas y variaciones; sólo ella domina esa multiplicidad de elementos que difícilmente se avienen y que a veces hasta se rechazan; sólo ella triunfa de tantos obstáculos como se oponen a la creación de una verdadera nacionalidad, llegando a presentar al mundo, asombrado, la gigantesca monarquía de Fernando e Isabel.»

Problema de la soberanía.

En cuanto al problema de la soberanía, para Balmes, como para todos los católicos —es la doctrina de Santo Tomás expuesta por Belarmino y los más eminentes teólogos— el poder en abstracto es de derecho divino; no, claro es, el poder determinado de tal o cual príncipe. Si el poder civil no procediera de Dios, cualquier título humano sería impotente para legitimarlo.

Sobre la cuestión de si el poder se transmite de Dios al príncipe de un modo directo o indirectamente a través del pueblo, no «parece aventurado señalar en Balmes una clara tendencia a la doctrina de la comunicación indirecta del poder» (1). La potestad política dimana de Dios. El sujeto donde esa potestad reside de un modo inmediato es el pueblo. Y es el pueblo quien transfiere a una o más personas.

En cuanto a la obediencia debida a las potestades, la Iglesia, cuando la predica, se refiere únicamente a las legítimas. Si fuera verdad que se debe obediencia a todo poder, aun cuando éste sea ilegítimo, si fuera verdad que no es lícito resistirle, sería también verdad que el Gobierno ilegítimo tendría derecho a mandar y, por tanto, el Gobierno ilegítimo quedaría legitimado por el mero hecho de su existencia. Quedarían así legitimadas todas las usurpaciones, condenadas las resistencias más heroicas de los pueblos y abandonado el mundo al mero imperio de la fuerza. Muchos

(1) ERNESTO LA ORDEN, «Jaime Balmes, político». Edit. Labor. Barcelona, 1942, pág. 83.

que hoy pueden aquí mandar porque otros arrumbaron sus errores, no tuvieron antes en cuenta la doctrina de Balmes.

«La potestad ilegítima no es potestad; la idea de potestad envuelve la idea de Derecho; de lo contrario, no es más que potestad física, es decir, fuerza. Cuando la Sagrada Escritura prescribe la obediencia a las potestades, habla de las legítimas.»

«El sagrado texto, explicando la razón de que debamos someternos a la potestad civil, nos dice que ésta es ordenada por el mismo Dios, que es ministro del mismo Dios y claro es que de tan alto carácter no se halla revestida la usurpación. El usurpador será, si se quiere, el instrumento de la Providencia, el azote de Dios, como se llamaba Atila, pero no su ministro.»

Las condiciones que pone Balmes a la insurrección son: la seguridad de que es ilegítimo el poder establecido; el propósito de substituirlo por otro legítimo, y la probabilidad racional del éxito.

Apoliticismo de la Iglesia.

No resisto la tentación de transcribir estas prudentísimas palabras de vuestro ilustre coterráneo: «Estoy profundamente convencido de que el catolicismo sale *perjudicado* cuando al hacer su apología se le indentifica con intereses políticos, intentando encerrarle en estrecho espacio donde no cabe su amplitud inmensa. Los imperios pasan y desaparecen y la Iglesia de Jesucristo durará hasta la consumación de los siglos; las opiniones sufren cambios y modificaciones y los augustos dogmas de nuestra religión permanecen inmutables; los tronos se levantan y se hunden y la piedra sobre la cual edificó Jesucristo su Iglesia atraviesa la corriente de los siglos, sin que prevalezcan contra ella las puertas del infierno.» (1).

«La alianza del altar y del trono absoluto podía ser necesaria al trono; pero no lo era al altar. En los Estados Unidos, la reli-

(1) «El protestantismo comparado con el catolicismo», cap. LIII.

gión progresa bajo formas republicanas... En la Gran Bretaña ha hecho increíbles adelantos en la proporción en que se ha desenvuelto la libertad. La religión no tiene que lamentarse tanto de Luis Felipe ni de Napoleón como de Luis XV y de su favorita, Madame de Pompadour. El espíritu de oposición a la Santa Sede, ¿no fueron monarcas absolutos los que le fomentaron en la misma Italia?... Guardémonos de equiparar cosas tan diferentes; en la historia del mundo, las formas absolutas ocupan unas breves páginas; la religión lleva los fastos de los siglos» (1).

Formas de gobierno.

En su inquietud política, aborda el problema de las formas de gobierno, sin declararse en favor de ninguna concretamente, porque proclama reiteradamente la accidentalidad de todas ellas. Pero para él, el gobierno de una nación debía ser «logro de la unidad armónica sobre todas las diferencias», «resultado de la acción lenta y suave de dos principios unificadores a los cuales se adscribe íntegramente la civilización occidental». Estos principios son la religión católica y el régimen político de la monarquía. Estos principios, llevados al ámbito social, cristalizan en tres elementos generales de gobierno: la monarquía, la aristocracia y la democracia.

Si Balmes no oculta su personal predilección por la monarquía, tampoco quiere una monarquía cualquiera; sino la monarquía europea «que ha resuelto el difícil problema de gobernar grandes naciones donde fermentaba con vivo calor la inteligencia, donde bullía todo linaje de pasiones, donde no cabía el recurso de sacar del juego una parte de las fuerzas por medio de la esclavitud, sino formadas de millones de hombres, todos en su dignidad, todos libres» (2).

(1) «Pío IX», pág. 36, ed. 1863.

(2) «Consideraciones políticas sobre la situación de España.» J. BALMES, obras completas, tomo XXIII, pág. 138.

Esta monarquía cristiana significa para él: orden, estabilidad y suavidad del poder.

«El secreto de la monarquía europea, es decir, cristiana, consiste en que el soberano, aun en las monarquías absolutas, tiene limitado el poder por la moral, por las costumbres, por la conciencia pública; distinguiéndose de todas las monarquías de los países donde no ha reinado el cristianismo, en que entre éstos, la palabra monarca es sinónimo de déspota, y entre nosotros significa un soberano que gobierna con arreglo a las leyes (1).

Balmes también propugna en la institución el principio hereditario y, si bien en el terreno de la pura teoría (un poco ganado en este punto por el criticismo de su tiempo), reconocía los múltiples reparos que pueden oponerse a tal principio, son, según él, mucho mayores las ventajas que su práctica reporta.

La verdad es que ni en aquel terreno puede hoy admitirse la monarquía electiva, en la que quiebran todas las ventajas de la institución, principalmente la continuidad y la estabilidad garantizadas por el automatismo sucesorio en los casos normales y sin que excluya en otros excepcionales la selección por virtud de la propia mecánica sucesoria institucional.

* * *

Pero para Balmes mucho más importante que la superestructura política, es la infraestructura social de una nación. Una constitución política que no refleje el fondo social auténtico del país en que rige, es una constitución condenada al fracaso. Es una constitución de papel, cerebral, teórica y sin vida.

La forma política que más cuadra a España es para Balmes la que mejor sintonice con estas notas esenciales del fondo social español. De la participación en el sistema político representativo del fondo social español, Balmes no excluía a los mismos progresistas, pues dice que esta minoría (la progresista) nunca debe ser

(1) «La fuerza del poder y la Monarquía», *La Sociedad*, 1 de abril de 1843, obras completas, tomo XXIV, págs. 149-170.

«desatendida completamente» ni «se la debe desairar de tal modo» que se convierta en enemigo irreconciliable; nunca debe ser excluida de toda influencia, de tal suerte que no le quede más esperanza de abrirse paso que el camino de la violencia.

* * *


Balmes, periodista y escritor político.

Su labor periodística fué enorme. La autoridad de *Azorín* lo proclama uno de los más grandes, de los más nobles, de los más puros periodistas españoles del siglo XIX. Con Pi y Margall, lo considera uno de los más grandes escritores políticos modernos.

Pero también en este punto existen muchos prejuicios con relación a Balmes. ¿Cómo —pregunta *Azorín*— es el estilo de Balmes? Y hace notar que en el catalán Balmes, como en casi todos los catalanes, lo que predomina es la dialéctica y se refiere nuevamente a Pi y Margall, como podría extender la referencia a Cambó, que tuvo un talento dialéctico extraordinario y otras muchas cualidades (no siempre conocidas ni estimadas) y que nos ha legado una obra ingente de cultura.

A un «dialéctico por instinto» como él, no le cuadra el estilo elocuente, como el de tantos coetáneos suyos, Manuel José Quintana, Donoso Cortés: «su estilo —dice *Azorín*—, es, por el contrario, blando, insinuante y envolvente; poco a poco, con suavidad, silenciosamente, va circundando la idea, envolviendo la idea, apresando la idea, hasta que el pensamiento queda expresado con toda precisión, con toda claridad, con toda sencillez». En relación con el grave pecado de los galicismos de Balmes, *Azorín* dice que no los ha encontrado por más que lo ha transitado mucho; «los galicismos de 1840, cuando escribía Balmes, no lo son al presente. Italianismos tiene Cervantes, tenía Garcilaso; lo que importa no son los términos puros, sino los propios.»

Balmes, que ya había dirigido varias revistas, funda en Madrid, en 1844, un semanario: *El Pensamiento de la Nación*, con



el principal objeto de resolver el problema dinástico. Con entusiasmo, infatigable y perseverante, defendió desde las columnas de su periódico, en una campaña tenacísima —hasta el agotamiento y la muerte— una solución, el casamiento de Isabel II con el Conde de Montemolín, hijo del pretendiente Don Carlos, que pudo haber cambiado el curso de la historia de España.

Esta fué una prueba de su perspicacia política, pero todavía podemos exhibir otra más importante, que a todos ha de impresionar en esta hora gravísima del mundo: «Green algunos —escribió Balmes poco antes de su muerte— que Europa no puede ya pasar por conflictos semejantes al de la irrupción de los bárbaros del Norte o de los árabes; pero tal vez no han reflexionado bastante sobre lo que de sí podría dar el Asia gobernada por la Rusia. Mehemed-Alí, con sus ensayos en pequeño, ha evidenciado que el Oriente es susceptible de grandes revoluciones.»

Balmes y la tolerancia.

Para Balmes, el gran problema político es armonizar; y en España, concretamente, este problema consiste en conseguir que vivan en paz, sin chocar y hacerse mil pedazos, enemigos tan violentos e irreconciliables.

No niega Balmes que la coacción y la fuerza deban ponerse al servicio de la verdad, pero la fuerza no basta; hay que «ganarse» a los vencidos. (No basta vencer, precisa convencer, diría Unamuno en Salamanca durante las primeras semanas de la guerra civil. El mismo Unamuno que formuló juicios durísimos para Balmes.) Pero repudia aquellas transacciones vergonzosas en que hoy se llama bien lo que ayer se apellidaba mal, aquellas alianzas ruines e hipócritas en que se arrumbaban las convicciones para dejar paso a elementos bastardos. «El acierto no está en contemporizar con todos, sino en hacer justicia a todos.»

En definitiva, pues, lo que esta posición de Balmes significa es el absolutismo de los principios morales y el relativismo de los ideales políticos.

«No se trata —dirá en otro lugar— de exterminar al contrario. Porque la nación no es un combate permanente.» Como Menéndez y Pelayo hace notar con elocuencia, Balmes debe a la amplia base su filosofía crítica y armónica el haberse salvado de aquella lepra feroz de fanatismo, de aquella especie de pedantería sanguinaria que por muchos años convirtió en Caínes a todos los partidos españoles (1).

Con nuestro carácter extremoso y pasional, con nuestra ferocidad, tal vez no se concilie ese buen sentido, ese equilibrio, ese antimaniquismo, que inspiran toda la producción balmesiana. Tal vez rime mejor con nuestro temperamento el empuje retórico, el verbo cálido, altivo, vehemente, de Donoso Cortés. Tal vez, como dice García Escudero, «a todo el sistema balmesiano tan razonable, le falte, para haber movido a los españoles hacia su realización, ser un poco más irrazonable» (2). El mismo comentarista ha dicho con acierto: «Precisamente Balmes olvidó aquello de que a los pueblos, y más a los pueblos como el español, solamente los mueven los poetas» (3).

Con todo, ese buen sentido y equilibrio balmesianos, nos son muy precisos, porque si bien nuestro radicalismo y el inextinguible heroísmo de la raza pueden servirnos —y nos han servido, indudablemente—, para salvar nuestra propia existencia como nación en momentos de gravísimo peligro, es evidente que para lo cotidiano, para lo normal y ordinario de la vida política, son necesarias esas otras virtudes medias de frialdad, de equilibrio, ese sentido de convivencia que adornan a los pueblos anglosajones y que constituyen probablemente el secreto de su auge político. España, pródiga en santos, guerreros, descubridores, como es inagotable en su cantera heroica, ha padecido siempre, por lo dicho, una penuria de valores políticos.

* * *

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO, «Estudios y discursos de crítica histórica y literaria». Madrid, 1942, vol. V, pág. 217.

(2) Ob. cit., pág. 30.

(3) Ob. cit., pág. 30.

Balmes, el Balmes que todos conocemos, y algunos de cuyos aspectos he querido poner aquí de relieve, era un hombre de su tiempo, y su tiempo es tiempo ya pasado. Pero sería vano que nos ocupáramos de su obra si no creyésemos que en ella hay alguna virtud viviente y ejemplar; por lo mismo que hay mucha verdad que no es de hoy ni de mañana, sino verdad de siempre.

Lamentable fué que Balmes consumiera su vida en el breve plazo de treinta y siete años; porque si un poeta puede no considerarse malogrado desapareciendo en esa edad, un pensador político —arte de madurez si las hay en este mundo— apenas puede, normalmente, haber dado sus primeros pasos firmes a semejante altura de su vida. Y, sin embargo, esto hay que tenerlo siempre muy presente en un juicio general y de conjunto sobre la obra de Balmes, será la primera razón de nuestra estimación por algunos aspectos particulares de ella. Porque es precisamente el sello de la madurez, la luz de la experiencia, el espíritu de la serenidad, lo que nos llamará la atención ante los escritos políticos del gran vicense.

He confesado ya que, en una valoración relativa, tengo decidida preferencia por el Balmes escritor político sobre el Balmes filósofo. Y es justo que sea esto lo que de su obra deba interesarme a mí más particularmente. Es este aspecto de ella, en su carácter más íntimo, en lo que me parece aún fecunda, viva y aleccionadora. No hablo, naturalmente, de las opiniones más o menos contingentes sobre problemas concretos, sino de la dirección central, del tono, del espíritu de ese pensamiento. Es el tono de la perfecta madurez, de la entera cordura, del realismo más claro y comprensivo. Si Balmes hubiera tenido «su príncipe», la realización histórica o el prototipo viviente de sus ideas convertido en gobernante de carne y hueso, a ese gobernante deberíamos llamarle «el conciliador», y su obra hubiese sido esa etapa de construcción serena y concorde que en vano España persigue, en los vaivenes de su incurable extremismo ideológico, a través de sus furias y sus desganos, sus exaltaciones y decaimientos, desde hace siglo y medio. Una política balmesiana, es decir, comprensiva, he-

cha sobre la realidad cotidiana y fuertemente apoyada en media docena de certidumbres morales. ¡Pero esto no es ya solamente un sueño de España, sino del mundo entero!

La doctrina que el catalán Balmes explicó en Castilla se resume en una palabra: ¡CONCORDIA! Su apelación a la reconciliación de las fuerzas antirrevolucionarias es una consigna válida hoy como ayer y que los acontecimientos mundiales sucedidos desde entonces han venido a extender su vigencia a toda esta pobre humanidad que hoy se agita ante el futuro más incierto. La reconciliación universal de las fuerzas antirrevolucionarias sólo podrá lograrse en torno de altos valores de civilización con poder de atracción y decisión, porque ni la producción siderometalúrgica, ni otros intereses materiales, podrán ser nunca aglutinante de paz con capacidad suficiente para revitalizar, por ejemplo, el Sacro Romano Imperio.

Evocar la extremada cordura de Balmes, su inteligente eclecticismo y, mejor aún, su afán de superación, en un mundo dominado por apóstoles frenéticos de las ideologías más absolutas, o por políticos obsesionados con los asuntos económicos, es como refugiarse en una isla de paz y de sosiego. Una isla cuyos perfumes, cuyas hogueras, cuyas horas mansas, Vich hace muy bien en cuidar amorosamente, como se conserva un germen delicado, una esperanza tierna y salvadora.



EL PROBLEMA DEL HOMBRE ANTE EL EXISTENCIALISMO

P o r J . I T U R R I O Z , S . I .

HAY quienes se resisten a admitir en el curso histórico de la Filosofía ciertos ciclos a través de los cuales va recorriendo el pensamiento, en diversos períodos, los mismos trayectos, aunque situados en niveles distintos.

Si se quiere extremar tales cursos cíclicos hasta identificar, aun en los detalles, los procesos del pensamiento, en forma que quiera descubrirse siempre una repetición mecánica de la sucesión del pensar filosófico, entonces habrá que juzgar justificada la repulsa de los ciclos. Por mucho que nuestro conocimiento, no siendo libre, obre según la exigencia del objeto mismo, y por mucho que el proceso de descubrimiento paulatino y gradual del objeto en su verdad, *a-letheia*, se sujete a progreso armónico, nunca, sin embargo, podremos igualar nuestro pensar a una acción mecánica, ni el descubrimiento o potencia del objeto podrá ser asimilado a la evolución solar que siempre y en cada período recorre, a las mismas horas, el mismo curso. El hombre no es una máquina, ni la verdad es un proceso químico.

En lo humano y, en general, en lo vital, hay que dejar siempre un amplio margen a las espontaneidades de la vida y del espíritu. La historia del pensamiento ofrecerá siempre variaciones y modalidades exclusivas de cada momento, que será inútil buscar en otros niveles históricos. Podemos repetir con Bergson, sin la absolutez y universalidad de él, que los procesos vitales—y es vital el del pensamiento—son irreversibles e irrepetibles. Por lo demás, todos estamos de acuerdo en este punto.

Pero no hay que exagerarlo hasta introducir en los procesos ideológicos una absoluta arbitrariedad, una ausencia total de ley, siquiera sea de estructura humana, es decir, no mecánica, sino flexible y adaptable a las circunstancias de cada momento. Por ello creemos que pueden darse ciclos de pensamientos a través de períodos larguísimos seculares y más que seculares, que envuelvan la historia completa de varios pueblos; ciclos que vayan repitiéndose en diversos niveles, con diversas modalidades, pero que, a un ritmo humano, vengán a someterse a unas mismas leyes, siquiera sean muy generales y hasta imprecisas y poco definidas.

Esto supuesto, e invitados por lo que la historia misma de la filosofía con sus realidades nos indica, podríamos cifrar los ciclos de la filosofía en estas tres fases: se inician en un estadio cualquiera de las ciencias de observación del mundo exterior por la fuerza misma del espíritu, el cual, no contento con la observación de los hechos, busca sobre ellos una ulterior ley superior que los explique orgánicamente. Así iniciados los procesos, culminan luego en la alta metafísica, donde los problemas supremos del ser se conjugan con los problemas supremos del pensar, estructurándose así correlativamente la ontología y la lógica metafísicas. Finalmente, los procesos desembocan en los problemas antropológicos, donde se verifican y contrastan las leyes del ser y del pensar en una interpretación final del hecho humano.

Nos sentimos incitados a reflexionar un momento sobre el punto histórico en que nuestra filosofía se encuentra. Me atreveré a decir, señores, que nosotros estamos en la actualidad en la fase final de un gran ciclo, iniciado con la filosofía cartesiana, a partir

de los grandes descubrimientos científicos del siglo XVI y de los métodos experimentales formulados y cultivados por Bacon. El movimiento cartesiano fué desarrollándose hasta culminar en las filosofías de Kant y Hegel. La altura kant-hegeliana fué desenvolviéndose en ulteriores sistemas montañosos de estribaciones y vertientes varias, hasta que, a fines del siglo XIX, entramos en la fase final, en que, a base de las filosofías vitalistas de carácter heterogéneo, apoyadas en las ciencias del espíritu, hemos desembocado en nuestro tiempo en el problema del hombre.

Si la declaración de fase final implica o no una valoración de descenso y decadencia, puédesse discutir. Más allá de tal discusión sí podemos convenir en que el momento actual, al menos en cuanto a su matiz existencialista, es decadente. Recuerdo haber oído hace ya años una conferencia al profesor Bobbio, de la Universidad de Padua, señalando al Existencialismo como la filosofía sintomática de la decadencia actual.

En todo caso, el signo antropológico de nuestros días es una gran oportunidad para el pensamiento cristiano. Nadie sabe tanto ni tan hondo sobre el hombre como la filosofía cristiana. Hoy como nunca el mundo necesita una palabra del cristianismo que le oriente sobre lo que el hombre es y lo que su existencia significa.

1. EL PROBLEMA DEL HOMBRE

Cuando hoy la filosofía pregunta por el hombre, no son precisamente los descubrimientos prehistóricos los que más interesan, aunque también la prehistoria debe aportar sus conocimientos para esclarecer toda la realidad humana. Ni tampoco interesan precisamente otras ciencias antropológicas, como pudiera ser la anatomía u otra cualquiera que observara particularidades humanas. Se busca algo más profundo y radical.

Pero no por ello se ha de ir al hombre abstracto, al que ni existe ni puede existir. Hoy preocupa el hombre real en toda su realidad. La pregunta sobre el hombre va enderezada al hombre

concreto, vivo, presente, de carne y hueso, al que nace y se desarrolla, enferma y sana, al que sufre y goza, triunfa y fracasa, come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, al que se ve y a quien se oye, al hombre que no es otro sino yo con mi mundo, con mi ambiente y mi circunstancia.

Entonces no valen las respuestas de laboratorio que anatomizan al cadáver, ni las disquisiciones de cátedra, que evaporan la realidad humana. No basta entonces con decir que el hombre es el viviente más desarrollado de la tierra, caracterizado por su posición vertical, por el peso de su cerebro y la cubicación de su cráneo, por sus manos, por su lenguaje articulado y su sistema nervioso. Todo eso es muy superficial: no llega a las profundidades del hombre inquieto. Ni basta entonces con describir los elementos de su diferenciación psíquica, espíritu, razón, conciencia refleja, volición.

Poco dirán para el caso las disquisiciones del doctor F. E. Lawson, que consiguió averiguar los siguientes datos: «Un hombre que pese unos 70 kilogramos tiene bastante grasa para hacer siete pastillas de jabón, carbón para 9.000 lápices, fósforo para 2.200 cabezas de cerillas, magnesio para una dosis de sales, hierro para un clavo mediano, cal para blanquear un gallinero, azufre para limpiar de pulgas a un perro, y agua para llenar un barril de 40 litros.»

Esa gran pregunta sobre el hombre, señores, es la agitación más profunda de las fibras más íntimas del propio ser ante el enigma de su misteriosa complejidad, como el escalofrío que recorre en mil ramificaciones el organismo entero cuando el estilete del médico llega a tocar un centro nervioso. En esa pregunta vibra el hombre entero, con su ser y su no ser, su pensar, querer y obrar, su pasado y porvenir. Es una pregunta definitiva que perfora hasta los substratos últimos del ser humano, de donde brotan, como de manantial profundísimo, las acciones y las intenciones, las obligaciones y los derechos, el hombre mismo en lo que de más personal, inconfundible e incommunicable tiene.

El que la filosofía moderna concentrada su problemática con-

junta en el problema del hombre, tenía ya sus antecedentes. Kant, con haber sido ya superado, al menos en la crisis y en las soluciones de los problemas filosóficos, sigue estando en la fuente histórica de ellos.

En la *Crítica de la Razón pura* había escrito Kant :

«Todo el interés de mi razón (tanto el especulativo como el práctico) se concentra en las siguientes preguntas :

1. ¿Qué puedo yo saber?
2. ¿Qué puedo yo hacer?
3. ¿Qué puedo yo esperar?

De estas preguntas, la primera es especulativa. La segunda es práctica. La tercera es especulativa a la vez que práctica.» (Ed. Cassirer, tomo III, págs. 540-1).

Pero en la *Introducción a las prelecciones lógicas*, repitiendo las mismas preguntas, las reducía a la cuarta, donde se concentraba toda la filosofía :

«El campo de la filosofía, en este sentido, puede reducirse a estas preguntas :

1. ¿Qué puedo yo saber?
2. ¿Qué puedo yo hacer?
3. ¿Qué puedo yo esperar?
4. ¿Qué es el hombre?

La primera pregunta corresponde a la metafísica. La segunda a la moral. La tercera a la religión. La cuarta a la antropología, porque las tres primeras preguntas se reducen a la cuarta.» (Ed. Cassirer, tomo VIII, págs. 343-4).

Aquí tenemos formulada por Kant la gran pregunta del hombre como resumen de toda la pregunta filosófica : el hombre resume en sí las preguntas de la metafísica, de la moral y de la religión. Para Kant, todos estos grandes temas tienen su concentración en el hombre.

Juan G. Fichte, que, al decir de Cohn, fué «el discípulo más ilustre del filósofo del Königsberg, fué al mismo tiempo una personificación viva de la filosofía moral de Kant», dió durante el verano de 1794 una serie de cinco conferencias ante un buen número de oyentes de la juventud estudiantil. Constituían una como introducción a una obra total y acabada que entonces proyectaba y preparaba para el público. En la primera de ellas, titulada «Sobre el destino del hombre en sí», dijo:

«Pero la contestación a esta última pregunta presupone a su vez la de esta otra: ¿Cuál es el destino del hombre en sí, es decir, del hombre en cuanto hombre, aislado de toda relación que no se dé necesariamente en su concepto de hombre?

»Debo contestaros ahora, sin más prueba, lo que muchos de vosotros ya sabéis ha largo tiempo, y otros, si no lo comprendéis con tanta claridad, no por eso lo sentís menos fuertemente, a saber: que todo el contenido de la filosofía, todo el pensar y saber del hombre y todos vuestros estudios; en suma, que todo lo que yo os pudiera decir aquí, no podría tener otro fin que contestar a las preguntas formuladas, y en especial a la última: ¿Cuál es el destino del hombre en general y por qué caminos llegará a alcanzarlo más fácilmente?

«En efecto; la existencia de toda filosofía, o, por lo menos, de una filosofía convenientemente fundada, depende, ya que no del sentimiento de este destino, de un concepto claro, evidente y acabado de destino. El objeto de mis presentes conferencias no es otro que este destino del hombre en sí. Comprenderéis, pues, que no podría contestar a esta pregunta convenientemente, sino exponiendo en estas conferencias todo el contenido de la filosofía. Sin embargo, yo cuento con un sentimiento común a todos nosotros, y de este sentimiento he de sacar mi respuesta. Comprenderéis, al mismo tiempo, que la cuestión cuya solución constituye el tema de estas conferencias, a saber, la de cuál es el destino del sabio, o, lo que es lo mismo, como ya demostraremos a su debido tiempo, el destino del hombre en su alto y verdadero concepto, es el más elevado asunto de toda investigación filosófica, así como la de-

cuál es el destino del hombre, en general, cuya solución pienso trazar en estas lecciones de un modo general, es, a su vez, el primer objeto de toda filosofía. Trataré, pues, de contestar a la pregunta propuesta.» (J. G. Fichte, *El destino del hombre y el destino del sabio*. Trad. de E. Ovejero. Madrid, 1913, págs. 232-3).

Ya mucho más cerca de nosotros volvemos a ver concentrada la filosofía en el mismo misterio del hombre. Esta vez va a ser Dilthey quien nos va a hablar. La personalidad de Dilthey para el punto que tratamos tiene singular valor. Dilthey no es un filósofo que *a priori*, por especulación analítica lograda en el interior de la conciencia, llega a formularse sus problemas. Al contrario. Los grandes problemas los encuentra en la historia. Para saber cuáles son las cuestiones que en verdad preocupan al hombre, investiga la historia del pensamiento humano; de lo que la historia dé, hará las conclusiones conducentes a la formulación de los problemas. Tampoco buscará en una especulación abstracta la solución de ellos. De nuevo tomará los caminos de la historia para descubrir cuál ha sido la solución que el hombre ha buscado a ellos. Pues bien, este Dilthey, en un amplio estudio consagrado a la Filosofía, dedica un capítulo a la «Filosofía de la filosofía», donde se pregunta: «¿Qué es filosofía?». Por de pronto, da una respuesta negativa:

«Ni por el objeto ni por el método se puede determinar. Los que señalan como su campo especial la investigación epistemológica o la psicológica o la conexión enciclopédica, no hacen más que demarcar lo que en una determinada época y desde un punto determinado aparece como el objeto que a la filosofía le queda reservado después de tanto proceso de diferenciación. Es lo que se ha salvado todavía de su viejo imperio. Hay que preguntar a la historia qué sea filosofía. Nos muestra el cambio en el objeto, las diferencias en los métodos; solamente la función de la filosofía en la sociedad humana y su cultura es lo que persiste.»

Y a continuación, después de examinado en su mente el curso prometeico de la historia, deduce este contenido problemático fundamental, perdurable a través de tantas vicisitudes:

«El enigma de la existencia nos mira en todas las épocas con el mismo rostro misterioso; percibimos bien sus rasgos, pero quisiéramos adivinar el alma que tras ellos se oculta. En este enigma se encuentran siempre radicalmente entrelazados el misterio de qué sea este mundo y la cuestión de qué es lo que yo tengo que hacer en él, para qué estoy en él, cuál ha de ser mi fin. ¿De dónde vengo? ¿Para qué estoy aquí? ¿Qué será de mí? Esta es de todas las cuestiones la más universal y la que más me importa. La respuesta a esta pregunta la buscan en común el genio poético, el profeta y el pensador. Este se distingue porque busca la respuesta en un conocimiento universalmente válido. Esta característica enlaza el trabajo filosófico con el del investigador particular. Pero se diferencia de éste porque siempre se halla ante el enigma de la vida, su mirada se dirige siempre a este todo inexplicable y misterioso. Esto será así en toda etapa de la filosofía.»

No puede ser más explícito el resultado de la historia tal cual lo percibe Dilthey al interrogarla sobre lo que, en verdad, preocupa al hombre. Esas tres grandes preguntas sobre el hombre son las que dan tensión y fijeza a la mirada escrutadora clavada siempre en el enigma de la vida, en ese todo inexplicable y misterioso. Tan seguro está Dilthey de haber dado con el nervio del investigador filosófico, que no duda en implicar en este nivel incluso a filosofías que parecen muy lejanas de tal problemática, cual sería el escepticismo y el positivismo.

«El escéptico es científico porque reclama la validez universal del saber; es filósofo porque desespera de la solución de este enigma con los medios de la ciencia de validez universal. El nervio de su sentimiento vital y de su dialéctica radica en esta circunstancia. El positivista es filósofo porque separa las cuestiones que aborda de la conexión de este uno, enigmático, lo grande, lo ignoto, y porque sustituye lo ignoto con una conexión de las ciencias, cuyos fundamentos establece con seguridad, los delimita frente a lo oscuro, que se sustrae a toda respuesta, y desarrolla los fundamentos que radican en la naturaleza del conocer y en las antinomias del conocimiento absoluto.

De esta tarea radical y permanente de la filosofía derivan otras características esenciales y constantes de la misma.» (*Teoría de la concepción del mundo*. Trad. de E. Imaz, págs. 111-112).

Todavía antes de llegar al Existencialismo podemos recoger en otro sondeo sintomático otra prueba de cómo se plantea el problema del hombre en la filosofía contemporánea. Los tres que hemos citado hasta ahora, bien poco susceptibles son a una sospecha de pretender concentrar en el destino humano el núcleo problemático de la filosofía, bajo la inspiración de una confesión religiosa. Ahora va ser Bergson en quien vamos a hacer una cata. Bergson terminó su vida con una adhesión moral al catolicismo; lo que ello implicaba en su espíritu, y lo que dentro de éste pasó en los años subsiguientes a esa frase testamentaria, no lo podemos averiguar. Lo que aquí va a decirnos es muy anterior a esa época final. Se trata de conferencias pronunciadas en 1911 y 1912.

La primera, con el título de «Life and Consciousness», fué pronunciada en la Universidad de Birmingham el 29 de mayo. En ella dijo:

«Lo que conturba, angustia y apasiona a la mayoría de los hombres, no siempre es lo que ocupa el primer puesto en las especulaciones de los metafísicos. ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos? Tales son las cuestiones vitales que afrontaríamos a la primera si no filosofáramos mediatizados por los sistemas.»

Un año más tarde, el 28 de abril, pronunció en París otra conferencia, en que formulaba las siguientes cuestiones como expresión de «el problema más grave que pueda proponerse la Humanidad»:

«¿De dónde venimos? ¿Qué hacemos acá abajo? ¿A dónde vamos? En verdad que si la filosofía nada tuviera que responder a cuestiones de tan vital interés, o si ella fuera incapaz de elucidarlas progresivamente..., sería el caso de repetir, aun alterando su sentido, las palabras de Pascal, a saber: que toda la filosofía no se merece una hora de trabajo.» (En *Energie spirituelle*, páginas 2 y 61-2).

Muy significativamente dedica Heidegger una de sus obras a Max Scheler. Este se había preocupado como pocos del problema



del hombre. Desde el primer despertar de su conciencia filosófica sintióse atraído por esta cuestión más directa y esencialmente que por ninguna otra. A ella dedicó su atención, sobre todo los últimos años, abordando el problema por todos los lados posibles. Creyó poderse atribuir la orientación netamente antropológica que la filosofía alemana iba tomando, y que, trascendiendo los círculos profesionales de la filosofía, inundaba ya también los médicos, los biológicos, los sociológicos... Así llegó a asegurar que los problemas que el hombre plantea acerca de sí mismo han alcanzado en la actualidad el máximo punto que registra la historia por nosotros conocida. Y, con todo, tenía que asegurar:

«Cabe decir que en ninguna época de la historia ha resultado el hombre tan problemático para sí mismo como en la actualidad.» (*El puesto del hombre en el cosmos*. Introducción).

Comentando estas palabras, explica Heidegger:

«En ningún tiempo se ha sabido tanto y tan diverso sobre el hombre, como en el nuestro. Ningún tiempo ha sabido exponer sus conocimientos del hombre en forma más penetrante y aguda que el nuestro. Ningún tiempo ha logrado ofrecer sus conocimientos con tanta rapidez y facilidad como el nuestro. Pero, también, ningún tiempo como el nuestro ha sabido menos lo que el hombre es. Nunca ha sido el hombre más problemático que ahora.» (*Kant und das Problem der Metaphysik*, pág. 200.)

Y enunciando en concreto los problemas fundamentales humanos, también él llega a percibir la trilogía problemática que han pronunciado Dilthey y Bergson, si bien sus procedimientos metodológicos le obligan a eludir el afrontamiento de dos de las cuestiones:

«El simple «que es», aparece, pero el de dónde y el a dónde permanecen en la oscuridad.» (*Sein und Zeit*, pág. 134.)

Por no alargarme más, me reduzco a comentar una sola frase de Jaspers, para el cual la Filosofía es el atrevimiento de penetrar en el fondo insondable de la autoconciencia humana. Para Jaspers, el Existencialismo auténtico es un preguntar interminable con el que el hombre busca camino hacia sí mismo. La filo-

sofía existencial dejaría de ser tal si se persuadiera de que al fin había logrado saber lo que el hombre es.

Al cabo de tantos siglos la filosofía moderna se encuentra con el mismo angustioso nudo en que se enredó y trabó San Agustín al analizar su interior traído y llevado por contrapuestos afectos, desgarrados por tensiones contrarias: *Factus eram ipse mihi magna quaestio*: Todo yo me hice un gran problema. Y con el mismo San Agustín podemos decir que la causa máxima de los grandes errores filosóficos es que el hombre es un desconocido para sí.

2. HOMBRE SIN ESENCIA

Noblemente reconocí anoche el mérito del Existencialismo en recoger las inquietudes vitales que la formidable crisis espiritual de nuestro mundo acusa. El Existencialismo da aguda expresión al problema del hombre, aguzando sus aristas hasta hacerse sangre en sus cortantes filos. Ninguna otra filosofía ha sabido enunciar con tanta fuerza lo que de trágico acontece en la conciencia humana, cuando el hombre mismo queda desarraigado y sin sentido al ignorarse a sí mismo, su origen y su destino. Entonces todo deja de tener razón, todo se vuelve gris y sin color, la vida produce hastío, y la existencia, inquietud.

Lo que de angustioso y deprimente tiene el Existencialismo no nace de su conciencia de los problemas del hombre, sino de sentirse ignorante ante ellos o, más todavía, de quererlos negar o solucionarlos falsamente. Esta filosofía no se reduce a plantear el problema; ante él toma una actitud. La existencia misma, interpretada como libertad, presupone, como sea, en la actitud inicial una solución de los grandes interrogantes vitales; desde sus mismos orígenes el Existencialismo es o lúcido o tenebroso, fecundo o estéril, sedante o angustioso e inquietante.

Tomemos un caso concreto. El problema del ser del hombre tratado por uno de los existencialistas más destacados, Juan Pablo Sartre.

Para no andar espigando en sus escritos frases sueltas, que, zurcidas, nos lleguen a dar una idea de su solución al problema del hombre, voy a limitarme a un solo escrito para en él principalmente apoyar la solución existencialista. No obstante, espero luego completar la exposición sartriana con otros aditamentos.

Tomo como base unas páginas de su conferencia, citada la otra noche: *L'Existencialisme est un humanisme*. La conferencia se tuvo por primera vez en el «Club maintenant», pero al poco tiempo fué repetida en privado ante un grupo de selectos y especialistas para discutir con ellos las bases fundamentales del Existencialismo sartriano. Permítanme, señores, insertar algún que otro comentario al texto, para aclararlo o ajustarlo si alguna imprecisión lo exigiere:

«Hay dos especies de existencialistas: los primeros, que son cristianos, y entre los cuales yo contaría a Jaspers y Gabriel Marcel, de confesión católica; y, por la otra parte, los existencialistas ateos, entre los cuales hay que contar a Heidegger y también a los existencialistas franceses, y también a mí mismo.»

Detengámonos un momento. Es exacta la división, y coincide en lo fundamental con la que en noches anteriores les he hecho, en Existencialismo abierto y Existencialismo cerrado. Sartre clasifica confesionalmente al Existencialismo, o cristiano o ateo. Pero no estaría yo del todo de acuerdo con la clasificación de nombres que se incluye. Efectivamente, no puede clasificarse entre los cristianos a Jaspers. Su filosofía existencialista es trascendente; pero su trascendencia, como lo dejé consignado, es tan vaga e indeterminada, que en modo alguno podemos decir que Jaspers llega hasta Dios, sobre todo a un Dios personal, en relación personal con el hombre. Ahora bien, una filosofía en que falta un Dios personal, no podrá ser clasificada entre las filosofías cristianas. Más aun: en sus últimos escritos ha difuminado Jaspers tanto en trascendencia, que más bien empezamos a pensar en un agnosticismo como última posición jaspersiana.

Tampoco es más exacto incluir a Heidegger entre los existencialistas ateos. Quizás fuera posible interpretarle así en su primer

estadio; la crítica tendrá mucho que hacer en concordar las interpretaciones que antes ella diera con las que ahora da Heidegger, y declarar si en éste ha habido evolución o no. Sea de esto lo que fuere, los últimos escritos heideggerianos no amparan esta clasificación hecha por Sartre. Heidegger mismo ha dicho que su filosofía no es atea, sin con ello decir tampoco si es o no teísta; hoy por hoy, no se ha decidido en su filosofía este problema, queda abierto hacia ambas soluciones.

Teniendo esto en cuenta, sería más exata una clasificación confesional del Existencialismo en esta forma: Cristiano, Gabriel Marcel (claro que no está solo, pongamos junto a él otro de los más renombrados, Nicolás Berdiaeff, éste de confesión ortodoxa); ateo, J. P. Sartre (tampoco solo, sino con su grupo de Simone Beauvoir, Merlau-Ponty, Camus, etc.); en una zona de teísmo vago o posible estaría Jaspers y, por hoy, también M. Heidegger. Continuemos con la lectura de Sartre:

«Lo que todos ellos tienen de común, es el hecho simple de estimar que la existencia precede a la esencia o, si lo queréis, que es menester partir de la subjetividad.»

Interesa escuchar de labios de uno de los más distinguidos existencialistas esta explícita traducción del principio fundamental del Existencialismo. Común a todos los existencialistas, es como un resumen mínimo del contenido existencialista. Sólo que tampoco todos están de acuerdo. Heidegger, en su carta sobre el Humanismo, donde precisó tantas cosas dichas en esta conferencia por Sartre, también comentó la frase que acabamos de leer. Dice Heidegger: «Sartre, por el contrario, enuncia así el principio fundamental del Existencialismo: la existencia precede a la esencia. El ahí toma existencia y esencia en el sentido de la Metafísica, la cual desde Platón viene diciendo: la esencia precede a la existencia. Sartre convierte la frase. Pero la conversión de una frase metafísica continúa siendo metafísica.» Comentando luego los orígenes posibles de la discusión medieval sobre la distinción entre esencia y existencia, continúa diciendo que la frase de Sartre nada tiene que ver con lo que él hubiera dicho en *Sein und Zeit*, donde propiamente

no se llegó a fijar ninguna relación entre esencia y existencia. Heidegger prefería decir que la *ex-sistencia* del hombre es su «substancia», admitiendo así un poco la terminología tradicional, y en conformidad con lo que varias veces se había dicho en *Sein und Zeit*, que la «substancia» del hombre era su Existencia. No vamos a continuar precisando apreciaciones de Heidegger en este punto porque nos haría falta entrar un poco más a fondo en sus términos y ello nos llevaría demasiado lejos.

Quedemos con la frase sartriana, aun en medio de su posible imprecisión, como con una fórmula que señala en la subjetividad el punto fundamental del Existencialismo. Cabrán divergencias en la interpretación de tal subjetividad, pero en lo sustancial de ella todos están de acuerdo. Sigamos con Sartre:

«¿Qué debe entenderse justamente con ello? Cuando se considera un objeto fabricado, por ejemplo, un libro o un cortapapeles, tal objeto ha sido fabricado por un artesano que se inspiró en una idea; se refirió al concepto de cortapapel como también a una técnica de producción previa que forma parte también del concepto, y que en el fondo es como una receta. Así, el cortapapeles es un objeto que se fabrica de cierta manera, y que, por otra parte, tiene una utilidad definida; no puede suponerse un hombre que fabrique un cortapapeles sin saber para qué iba a servir el objeto. Así, diremos que para el cortapapeles la sencia —esto es, el conjunto de fórmulas y cualidades que permiten producirlo y definirlo— precede a la existencia; y así es determinada la presencia ante mí de tal cortapapeles o de tal libro. Así, tenemos una visión técnica del mundo, en que puede decirse que la producción precede a la existencia.»

El ejemplo es claro y preciso. Sartre sabe exactamente lo que quiere decir, y perfila su pensamiento hasta el último detalle. Sabemos con este ejemplo cómo debe entenderse el principio de la objetividad, a saber: que la esencia precede a la existencia. Sartre va a hacer ahora una aplicación del principio de la objetividad al caso del hombre. Va a apoyarse en un ateísmo absoluto:

«Cuando concebimos un Dios creador, Dios es asemejado, la

mayor parte de las veces, a un artesano superior; sea cual fuere la doctrina que consideramos, trátase de la de Descartes o de la de Leibniz, admitimos siempre que la voluntad sigue más o menos al entendimiento, o siquiera lo acompaña; y que Dios cuando crea, sabe exactamente qué es lo que crea. Así, el concepto de hombre, en el espíritu de Dios, es asimilable al concepto del cortapapeles en el espíritu del industrial; y Dios produce al hombre siguiendo ciertas técnicas y cierta concepción, exactamente como fabrica el artesano un cortapapeles según una técnica y una definición. Así, el hombre individual realiza cierto principio que está en el entendimiento divino.»

El paralelismo parecería terminante si no encontráramos una inexactitud antropomórfica profunda al tratar de la obra creadora de Dios. Ciertamente es que nosotros, señores, en nuestra imperfección, concebimos a un Dios Creador que, a la manera nuestra, opera en el tiempo, porque no nos es posible eliminar de nuestras concepciones la categoría de tiempo; y cierto de nuevo que aplicamos a Dios nuestra psicología, poniendo en Él una sucesión de actos a los que aplicamos los principios de nuestra función espiritual, donde la concepción intelectual debe preceder al acto volitivo. Pero eso no es así. Porque en Dios no hay tiempo, ni hay una concepción previa para luego realizar un acto volitivo, y, finalmente, realizar la creación misma. Por ello, toda la explicación sartriana falla totalmente en este aspecto. Todavía vale, en su punto, para hacernos comprender cómo son nuestras concepciones objetivas a base de una filosofía esencialista. Sartre, que es ateo con todo su ser, y propagandista de su ateísmo radical, aplica su ejemplo al caso de Dios para que aparezca la concepción teísta como base fundamental de las filosofías esencialistas. Entonces el Existencialismo estaría en radical oposición con toda concepción teísta. Pero, por de pronto, en esto se ha equivocado.

«En el siglo XVIII, por el ateísmo de los filósofos ha sido suprimida la noción de Dios, pero no del mismo modo la idea de que la esencia precede a la existencia. Esta idea la encontramos difundida casi por todas partes: la encontramos en Diderot, en



Voltaire, en Kant mismo. El hombre es poseedor de una naturaleza humana; esta naturaleza humana, que es el concepto humano, se encuentra en todos los hombres, lo cual significa que cada hombre es un ejemplo particular de un concepto universal, el hombre; en Kant resulta de tal universalidad que el hombre de los bosques, el hombre de la naturaleza, como el hombre burgués, están sometidos a la misma definición y poseen las mismas cualidades básicas. Así, aun en este caso, la esencia del hombre precede a esta existencia histórica que encontramos en la naturaleza.»

Es decir, aun suprimida la idea de Dios por la filosofía del siglo XVIII, ha persistido la idea de la objetividad del hombre, de una naturaleza humana común a todos, en virtud de la cual seamos todos poseedores de cierto bloque de cualidades esenciales que podremos descubrir en todos. Sería de interés examinar un poco de cerca la posición de Sartre respecto a esa interpretación. ¿Es exacta? ¿Responde a una concepción *real* de la filosofía? ¿Admiten las filosofías una naturaleza común, pero realmente común, que en su universalidad fuese fuente *real* de las condiciones humanas de cada uno de los individuos? ¿Los individuos *reproducen* en *realidad* una idea del hombre? Pueden ustedes ver, señores, que la sencilla explicación sartriana implica cuestiones un poco más complicadas de lo que pudiera parecer; teóricamente han sido muy discutidas, pero importaría no poco averiguar lo que *realmente* han pensado los filósofos no existencialistas sobre estos extremos, sea o no verdadero en sí, para confrontarlo con la explicación sartriana y deducir si en verdad Sartre ha propuesto un verdadero estado de opinión, o se ha dejado conducir con exceso de las palabras con que tal opinión es enunciada.

«El Existencialismo ateo, que yo represento, es más coherente. Declara que si Dios no existe, hay al menos un ser en que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por concepto alguno, y que tal ser es el hombre, o, como dice Heidegger, la realidad humana.»

La contraposición de esta concepción de la realidad humana con la anterior es fuerte y definitiva. De Dios se había dicho en la

filosofía tomista que es acto puro de existencia. Eso no es verdad de Dios, dice Sartre, puesto que no existe Dios, pero sí hay otro ser del que puede ello ser verdad, a saber: el hombre, en que la existencia precede a la esencia.

«¿Qué significa aquí la existencia precede a la esencia? Esto significa que el hombre existe primero, se encuentra, surge en el mundo, y que se define después.»

Aparece el hombre como pura existencia inicial, sin que todavía pueda ser definido en su esencia, puesto que no la tiene. Todo el ser inicial de la realidad humana es puro existir, encontrarse consigo, surgir y aparecer en el mundo. Lo que el hombre es se definirá más tarde; y se definirá no sólo en cuanto a un concepto, sino sobre todo en cuanto a su realidad misma.

«El hombre, tal como lo concibe el existencialista, si no es definible, ello se debe a que al principio nada es. No lo será sino después, y será tal cual él se hará. Por consiguiente, no hay naturaleza humana, pues no hay un Dios que la conciba. Solo el hombre es, y no solo tal como él se concibe, sino tal como él se quiere, y como él se concibe después de la existencia, como él se quiere después de este impulso hacia la existencia: nada más es el hombre que lo que él se hace. Tal es el primer principio del Existencialismo. Esto es lo que se llama subjetividad, y lo que con tal nombre se nos echa en cara. Pero, ¿qué otra cosa queremos decir con ello, sino que el hombre tiene una dignidad mayor que la piedra o que la mesa? Nosotros queremos decir que el hombre existe primero, esto es, que el hombre al principio es lo que se lanza al porvenir. El hombre al principio es un proyecto vivido subjetivamente, en vez de ser una planta, o una putrefacción o coliflor; nada existe antecedentemente a tal proyecto; nada hay en el cielo inteligible, y el hombre será ante todo lo que él haya proyectado ser. No lo que él querrá ser.» (*L'existentialisme est un humanisme*, págs. 16-23.)

Sartre ha sido todo lo explícito que podíamos desear y esperar. Sabemos ya lo que exactamente quiere decir con la subjetividad

existencialista, con esa fórmula enigmática y paradójica de que la existencia precede a la esencia. La fórmula se encontraba, aunque en sentido inverso, en la obra *L'Être et le Néant*: «La esencia es posterior a la existencia» (pág. 547). La había repetido como punto central del Existencialismo en su famoso estudio publicado en *Action*, 27 de diciembre de 1944, un estudio que venía a ser, según ya su título, un como reajuste del Existencialismo en vista de las objeciones suscitadas: «El Existencialismo sostiene, por el contrario, que en el hombre, y solo en el hombre, la existencia precede a la esencia.» Así se explica la enorme importancia y significación que la libertad tiene en esta concepción existencialista:

«El hombre es libre, el hombre es libertad. Si, por otra parte, Dios no existe, no encontramos ante nosotros valores u órdenes que legitimen nuestra conducta. Así, ni ante nosotros, ni a nuestras espaldas tenemos en el dominio lúcido de los valores justificación o excusa. Estamos solos, sin excusa. Esto expresaría yo diciendo que el hombre está condenado a ser libre. Condenado, porque no se ha creado él a sí mismo; pero, con todo, libre, porque una vez arrojado a este mundo es él responsable de todo cuanto haga... El Existencialismo piensa que el hombre sin apoyo ni socorro alguno, está condenado a inventar cada instante al hombre.» (*L'existentialisme est un Humanisme*, págs. 36-8.)

Resulta, por lo tanto, en el Existencialismo sartriano un hombre sin esencial. El hombre originariamente es existencia, no tiene esencia alguna que fije su horizonte, su futuro; él mismo tiene que inventarse el hombre que él será, escoger su propio ser, y lanzarse luego él solo a realizarlo.

Con mayor o menor radicalidad, con mayor o menor apoyo en la trascendencia y en la divinidad, podemos decir que esta interpretación subjetiva, total y radicalmente subjetiva del ser del hombre, es principio fundamental del Existencialismo. Heidegger, aun en medio de sus reajustes, coincide; Marcel, con mitigaciones, coincide; Jaspers, coincide, y, antes que todos, lo había enunciado de una u otra forma el mismo Kierkegaard.

El hombre sin esencia libre por fuerza, solo sin excusas, pero con responsabilidad, es la última palabra del Existencialismo para el formidable problema del hombre.



3. EXISTENCIA-HISTORIA

El Existencialismo dedica un capítulo a la historia y a la historicidad del hombre. Casi puede percibirse una franca tendencia a fundir en una sola filosofía la existencialista y la historicista.

Conociendo los orígenes hegelianos de la filosofía historicista, aunque fusionados con el vitalismo, a partir sobre todo de Dilthey, hácese un poco extraño que pueda encontrar modo de combinarse con el Existencialismo de orígenes rabiosamente antihegelianos. Si la historia hace al hombre, entonces el hombre viene a ser un objeto, algo hecho desde fuera, y, por lo tanto, el principio de la subjetividad queda radical e inicialmente anulado. ¿Cómo puede ser esto?

Puede ello ser tan fácilmente, señores, como que dentro del historicismo rige con plenitud el principio de la subjetividad.

Ya desde Dilthey la historia es un fenómeno del hombre, donde éste vive su propia vida, manifestándola en la realidad a través de la historia. De Dilthey es el dicho de que la historia dice qué sea el hombre. Y también que lo que de posibilidades hay en la naturaleza humana, lo pone de manifiesto la historia. Dilthey, al separar netamente las ciencias del espíritu de las reales, apuntaba a lo mismo que nos acaba de decir Sartre en su conferencia sobre el Humanismo. Sartre quiere defender con su doctrina la dignidad humana, sacándola del orden de las cosas y poniéndola en un nivel exclusivamente humano. Historicismo y Existencialismo vienen a coincidir en decir que el hombre no es cosa, no es objeto, e incluso, en que el hombre no tiene naturaleza humana. Así, vemos concordes a ambas filosofías, al menos en lo negativo, en liberar al hombre de la objetividad.

¿Cómo se hace el hombre? ¿Cómo se sabe lo que es el hombre?

Examinemos las expresiones de uno de los historicistas más próximos a nosotros: Ortega y Gasset.

«La vida, nos dice, es un quehacer, es problemática tarea. Ante el hombre se abren diversas posibilidades, y lo más grave que tiene que hacer es determinar *lo que* va a ser. Ante ellas el hombre es *por fuerza* libre, es decir, puede ser otro del que se era y no puede instalarse de una vez y para siempre en ningún ser determinado. Pero a la espalda del hombre está lo que ha sido, y ello actúa negativamente sobre lo que puede ser. En la ilimitación principal de las posibilidades del hombre, sólo hay una línea fija, preestablecida y dada, que pueda orientarnos, sólo hay un límite: el pasado. Las experiencias de vida hechas limitan el futuro del hombre. Se vive en vista del pasado. Es decir, el hombre tiene historia. Lo que la naturaleza es a las cosas, eso es la historia a los hombres. El individuo humano no estrena la humanidad, sino que acumula a su humanidad un modo de ser hombre ya forjado, que no tiene él que inventar, sino instalarse en él, partir de él para su individual desarrollo. Así, el hombre no es cosa ninguna, sino drama; su vida, un puro y universal acontecimiento, que acontece a cada cual y en cada cual no es, a su vez, sino acontecimiento: Ahí está el hecho previo de todos los hechos, en que todos los demás flotan y de que todos emanan: la vida humana según es vivida por cada cual. El hombre va tesaurizando su pasado: el pasado es el momento de identidad en el hombre, lo que tiene de cosa, lo inexorable y fatal. Mas, por lo mismo, quiere decirse que su auténtico ser, el que en efecto es, es distinto del pasado. El hombre no es, sino que va siendo. Para comprender algo humano, personal o colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre o esta nación hace tal cosa, y es así porque antes hizo tal otra y fué de tal otro modo. La vida sólo se vuelve un poco transparente ante la razón histórica.»

Este zurcido de frases orteguianas, con ser de cuño auténticamente historicista, tiene resonancias que indudablemente nos recuerda la subjetividad existencial. Eso de que cada cual tiene que determinar lo que va a ser; que el hombre es por fuerza libre;

que el hombre no es cosa, sino drama y vida, y la vida, quehacer; que el hombre tiene historia como las cosas tienen naturaleza... son pensamientos que cuadran sin nuevos reajustes dentro de la mentalidad existencialista.

Claro es que hay diferencias entre Historicismo y Existencialismo, pero no tan irreductibles quizás como a primera vista pudieran parecer. Recordemos que la subjetividad existencialista vive con miras al futuro; precisamente por eso, mientras todo es futuro en el hombre, no tiene éste esencia todavía en el primer momento de la existencia: la esencia se la da el hombre a sí con su propia acción, según que realiza sus propios proyectos. El conjunto de la acción libremente ejecutada por el ser humano es lo que, al fin, determina el ser de ese hombre. Pero, ¿qué otra cosa quiere el Historicismo cuando nos dice que la historia es lo que hace al hombre, y que cuando queremos saber qué es un hombre contamos una historia...?

Observemos, con todo, en ellos, matices hasta cierto punto divergentes. El Existencialismo mira al hombre antes de ser, y pregunta por él antes de que el porvenir haya venido a ser presente y pasado. El Historicismo, en cambio, mira al hombre desde el término del tiempo, cuando ya no queda futuro, porque todo entero se fué por el presente al pasado. Para el Existencialismo el hombre todavía es un poder ser; para el Historicismo, un haber sido; para aquél, el hombre todavía no ha sido, está por ser; para éste, ha sido ya y ha llegado a lo que tenía que ser. Pero, aun en estas diferencias de expresión y de puntos de mira hay un presupuesto inicial, básico y fundamental, en que ambas filosofías coinciden del todo: el hombre no aparece en el mundo hecho ya, terminado, es decir, la negación de la objetividad. Por otra parte, el hombre tiene que darse a sí mismo su ser, que antes de llegar a ser es libertad, después de haber sido es historia; libertad e historia son así una misma realidad, pero vista desde extremos opuestos. En el fondo de esa libertad y de esa historia está el principio de la subjetividad, a saber: que el hombre, no teniendo

ya naturaleza, se da a sí mismo su ser con su propia determinación libre.

Por ello, el tono en que ambas filosofías se pronuncian tienen también acentos distintos. El Existencialismo insiste mucho más en la libertad que el Historicismo. En el Historicismo aparece mucho más la forzosidad de la libertad del ser humano, y con ello su facticidad. Estas divergencias se reflejan todavía en la responsabilidad. El Historicismo la atenúa, el Existencialismo la acentúa. El Historicismo tiende a objetivar al hombre desde fuera; el Existencialismo a subjetivarle en exceso desde dentro.

Si nos animamos a admitir el Historicismo y el Existencialismo como expresiones las más vivas y aristadas de la actual modalidad del pensamiento filosófico, tendremos que decir que el pensamiento moderno tiende a la subjetividad del hombre. Y ¿qué decir de la subjetividad?

4. ¿SUBJETIVIDAD?

Una vez llegados aquí puede afirmarse que, en lo fundamental, el problema cumbre que plantea el Existencialismo es el de la subjetividad.

En parte tenía que ser así. Situada esta filosofía en la fase final de lo que llamamos *filosofía moderna*, de la que tuvo comienzo con el *Cogito* cartesiano, nada tenía de particular que también el Existencialismo insistiera en la interioridad. Solo que la ha extremado, llevándola hasta la plena y radical subjetividad.

Por ello pudiera decirse que el Existencialismo representa un extremo avanzado de la filosofía moderna. A partir de Descartes, pero sobre todo desde Kant, la filosofía tradicional ha tenido que irse enfrentando con el problema del interior humano; no solamente para buscar una salida al exterior, sino también, y no menos, para buscar una base a la conciencia, cuyos datos la filosofía moderna dejaba en suspenso, sin apoyarlos en un sujeto que diese unidad a la sucesión fluída de la experiencia consciente. Se había reducido el ser del hombre a simple sucesión, a un conjunto de actos que no radicarán en un sujeto permanente, fuente, soporte

y término de la conciencia. Tendríamos iniciado así el movimiento hacia la subjetividad, una vez que a las acciones subjetivas de la conciencia privábamos de una realidad permanente, hecha y terminada en lo sustancial. La filosofía tradicional respondió aceptando los hechos —no podía hacer otra cosa—; admitió los actos de la conciencia y les dió todo el valor que se merecían. Pero, a la vez, insistió en que tales actos tenían una fuente, que era la esencia humana. Con esto salvaba una vez más la sustancia, comprobando su existencia desde una base experimental, aunque coronada con una reflexión racional.

Ahora se ha ido mucho más adelante. El Existencialismo reduce a la realidad humana a mucho menos. Inicialmente el hombre no es ni siquiera un conjunto de actos conscientes: sólo es un conjunto de posibilidades; con las escogidas libremente de entre ellas, se hace el ser del hombre. La filosofía tradicional admite de nuevo esa realidad, a saber: que el hombre inicialmente está en posesión de posibilidades que debe ir realizando a lo largo de su vida en cumplimiento de un quehacer, de una misión. Pero de nuevo, ahondando hasta las raíces de las posibilidades, encuentra allí, no pura la subjetividad existencialista, sino una esencia humana, una sustancia de que dependen las posibilidades y su realización vital.

Con esto, sin más, habríamos llegado a una radical antítesis entre el Existencialismo y la filosofía tradicional, antítesis a primera vista irreductible. Concluiríamos que, si no es imposible un Existencialismo cristiano, sí es imposible, por de pronto, una filosofía escolástica existencialista; en esto podríamos estar todos de acuerdo sin más. Pero, ¿habría que rechazar como imposible toda conciliación, siquiera mínima, entre la filosofía tradicional y la existencialista?

Este punto debemos examinarlo con un poco más de atención.

Que la existencia precede a la esencia. Descubramos cuanto en esto puede encerrarse. ¿A qué debo llamar mi *yo*? Voy a permitirme tomar como base una definición que se emplea en la Escolástica. Decimos que esencia de un ser es aquello con lo que se

constituye en sí y se distingue de todo lo demás. Si quiero saber qué es aquello que constituye mi *yo*, he de preguntar qué es aquello por lo que mi *yo* se distingue de todos los demás. Entonces no puedo recurrir a lo que comúnmente llamamos esencia humana, humanidad, o sea animalidad con racionalidad, mi *yo* no se distingue de todos los demás; al contrario, ese es precisamente el punto común donde todos los hombres coincidimos, aunque a la vez es el punto desde el que todos los hombres nos distinguimos de cuantos seres no pertenecen al reino humano.

El punto de diferenciación de los hombres entre sí está justamente ahí donde termina de constituirse la esencia humana: de ahí en adelante comienzo a ser *yo*. Con solo tener lo que llamamos naturaleza humana, mi *yo*, eso que es tan absolutamente mío que jamás puede coincidir con nada ajeno, ese *yo*, aun no ha comenzado a formarse. Se habrá formado una individualidad evaluable como tal bajo el prisma metafísico; estará constituida una personalidad que se ajustará a alguna definición de la Escuela. Y, con todo, *yo* no he comenzado a ser *yo*. Aun en mi ser no hay nada mío. Lo que tengo puede ser de cualquiera, es lo común a todos los hombres. Es decir, inicialmente mi *yo* está aún sin empezar, es puro programa, es todavía conjunto de posibilidades de un *yo* que seré más tarde.

No creo que resulte excesivamente sutil el esfuerzo hecho hasta ahora para comprender que, en el momento en que aparecemos en el ser, lo iniciamos todavía con la hoja personal del todo limpia, toda blanca, para en ella redactar el curso histórico de nuestro ser propio, del que formamos nosotros mismos, de ese ser nuestro, tan exclusivamente nuestro, que ningún otro le tiene igual, y tan hecho por nosotros mismos que ni Dios mismo nos lo puede hacer. Si al principio de la vida me diere Dios todo el ser que al fin de ella voy a tener, ya no sería *yo*, por la sencilla razón de que eso no sería *yo*, no sería el resultado de la gestión vital de una persona que se hace cargo de su responsabilidad de la propia decisión.

En el punto en que aparezo en el mundo, cuando me encuentro conmigo mismo, cargo con mi existencia; y me encargo de

desarrollarla con mi acción lanzada hacia el porvenir de la vida con más o menos conciencia responsable; en ese punto, puedo afirmar, la esencia del *yo* está todavía por hacer. Sería, en ese sentido, pura existencia, y no estaría constituida todavía *mi* esencia.

Podemos ya francamente reconocer que el hombre no comienza siendo él propiamente, entendida así *su* personalidad: en el primer instante su persona es todavía un poder ser, un poder de conducir su propia realidad a través de la vida hacia el cumplimiento de una misión. Las sucesivas determinaciones de la libertad irán decidiendo en cada momento cuál de las posibilidades va a ser efectuada: la acción decretada por la libertad personal ejecutará cada uno de los proyectos.

El Existencialismo nos dice que inicialmente el hombre está abierto *a toda posibilidad*. Cabe exageración al abrir tanto el horizonte, que se lo haga infinito, un horizonte de absoluta libertad del ser para cuanto proyecte ser. Esto es exagerado. Es claro que el haber inicial de posibilidades tiene una limitación interna. El hombre no puede escoger nada que esté fuera del cauce determinado de posibilidades que están a su disposición: que haya un cauce, pronto lo echamos de ver, dado que el hombre no puede escoger en su proyecto realizarse en cualquiera de los órdenes del ser o con cualquiera de sus modalidades, por ejemplo, como elefante. Desde un principio la existencia tiene un límite en sus posibilidades. ¿Por qué en lenguaje existencialista no podríamos llamar a este cauce determinado, limitado de posibilidades, «esencia humana»? No habríamos caído en la objetividad, pues que tal esencia no sería una cosa hecha y terminada; por otra parte, indicaríamos que el ser del hombre de por sí limita ya las posibilidades que en el ámbito general del ser pueden dársele y por las posibilidades de cada ser llegaríamos a fijar su modo, orden y grado en el ámbito del ser. Nosotros, con nuestra filosofía, más cargada de sentido común, buscaríamos en profundidades más hondas la razón de ser tal el conjunto de posibilidades, y allí, en aquel fondo hallaríamos propiamente el verdadero cauce de las posibilidades, la esencia humana y la de cada hombre. Pero, en absoluto, no

hace falta. El Existencialismo cae en la cuenta de esta interna e inicial limitación de posibilidades que debe ponerse en las raíces del hombre y de cada hombre: a eso llama *condición humana*.

Pero el posible humano tiene también otra limitación. Esta vendría de las circunstancias extrínsecas. Es decir, las circunstancias históricas en que cada hombre se desarrolla, aparte de las circunstancias de carácter, temperamento, etc., que irían juntamente con la condición humana, ponen un límite a las posibilidades que en absoluto pudiera tener un hombre cualquiera. Es claro que el hombre del siglo XX cuenta con posibilidades que no estaban a la disposición del hombre del siglo XIII. Y, viceversa, el del siglo XIII podía tomar determinaciones que nosotros hoy ya no podemos tomar. La historia pone límites a lo posible, que será a las inmediatas, uno u otro, según el conjunto de circunstancias en que cada hombre se encuentre. Esta realidad tampoco ha pasado desapercibida al Existencialismo. Con mayor o menor precisión, a ella se ha referido cuando ha hablado de la *situación humana*.

Libertad del hombre, pero dentro de los límites de la condición humana y de la situación, esa sería la interpretación de la subjetividad existencialista.

Ni en la suposición de Dios creador y pródigo podemos decir que el hombre venga al mundo del todo hecho y terminado. La Providencia divina tiene sus fines, pero nunca son ellos tales que anulen la libertad humana. Por eso es el hombre responsable, porque él con su acción se hace su vida y su quehacer; entonces entregará su propio ser, respondiendo entonces de lo que su libertad hizo de él.

El hombre libre. El hombre dueño de sí y decidiendo de su ser. El hombre realizándose con su acción. El hombre responsable. El hombre ser para morir, un ser cargado con una misión que llegará a su fin. Todo tiene sentido coherente.

Se ha definido el Existencialismo como filosofía de la libertad. No podemos negar que esta filosofía, aunque envuelta en una horrible hojarasca de presuposiciones, exigencias metódicas, y aun

absurdidades, y hasta de repugnantes obscenidades, ha llegado a tocar uno de los misterios más hondos de la creación: la libertad. El hombre es libre: sólo este hecho envuelve toda una filosofía. Nunca quizá acabaremos de sondear el tremendo —en todo el rigor de la palabra—, el tremendo misterio de la libertad, que nos carga con la responsabilidad de nuestro propio ser. No es sólo que tengamos una facultad libre, y menos ciertos actos libres. El misterio es más hondo: el ser mismo humano es libre, por eso es persona. La historia de la Teología católica sabe mucho de las implicaciones gravísimas entrañadas en la libertad humana, en que se pone en juego la misma soberanía divina, con su Sabiduría y Omnipotencia. Hay en esa historia un capítulo de controversias que no se ha cerrado todavía y posiblemente nunca se cierre. En la libertad juega el destino humano, y con el destino, su ser todo entero. Muchos en el Existencialismo se han perdido en el abismo de la libertad humana, no sabiéndola interpretar ni enderezar. Pero es posible un Existencialismo que salve debidamente al hombre libre.

Si, finalmente, acudimos a la metafísica para que acabe de iluminarnos todo el misterio humano que el Existencialismo ha palpado y vitalizado, habremos de decir que, en definitiva, el hombre es una participación de la perfección infinita de Dios, pero una participación que inicialmente no está del todo lograda. El hombre participa del Ser de Dios, pero también de su Libertad, Omnipotencia, Sabiduría... Por eso el hombre es persona. Participe en su persona del supremo dominio de Dios, el hombre dueño de sí, con su propia acción va colmando su ser participado, participando más de Dios, siendo más, hasta lograr la plenitud de su ser, según que su propio querer libre y soberano, en las circunstancias en que se encuentre, decida y realice. El hombre es quehacer, programa, misión. Cuando el progreso de la participación de Dios a lo largo de la vida por la acción libre haya llegado a su término, su quehacer habrá terminado, entregará la misión recibida, y será examinada la ejecución del programa.

Eso es el hombre. Esa su vida.

EL ESTILO DE SANTA TERESA, EN SU «CAMINO DE PERFECCION»

Por JUAN DOMINGUEZ BERRUETA

ACCEDIO a escribir Santa Teresa su *Camino de perfección*, a ruego de sus monjas, siendo priora de San José de Avila (1564-67).

Libro práctico, sencillo, sobre las virtudes en el claustro, y el ejercicio de oración mental y vocal. Expone de modo original y admirable la significación del *Padrenuestro*.

Libro al alcance de todos. Magnífico ejemplar de ascética española. Su estilo es característico. No es el narrativo de su *Vida*; su «alma» lo llama ella.

No es el «histórico» de las *Fundaciones*. No es el «místico» de las *Moradas*, obra cumbre de la contemplación teológica.

Ni el «epistolar» de las admirables *Cartas* teresianas, íntimas, familiares, de comunidad, inspiradas todas en el don de consejo.

El estilo típico del *Camino de perfección* nos permitimos calificarlo de «estilo de ermitaño».

En el *Modo de visitar los conventos* dice así Santa Teresa: «... mirar en la manera de hablar, que vaya con simplicidad y llaneza y religión, que lleve más estilo de ermitaños... que no ir

tomando vocablos de novedades y melindres, creo los llaman, que se usan en el mundo».

En el ensayo escrito por Menéndez Pidal, *El estilo de Santa Teresa*, expone que Juan de Valdés y otros escritores del siglo XVI toman por lema estilístico: «Escribo como hablo». Pero Santa Teresa —añade el maestro de la filología española— «ya no escribe, sino que habla por escrito».

Y aunque sabía cómo se decían los vocablos, pues era harta recreación para ella leer buenos libros (*Vida*, IV, 7), escribía *nai-de*, *cuantimás*, etc., apartándose del lenguaje correcto, por humildad, por mortificación ascética. Ella fué la que definió genialmente que «humildad es andar en verdad».

Buscaba solamente, aun apareciendo ignorante, la expresión clara, sencilla. Cuando le quitaron muchos libros de romance «que no se leyesen» dice (*Vida*, XXVI, 5)—, y lo sintió mucho, la dijo el Señor: «No tengas pena, que yo te daré libro vivo.» Y «muy poca o ninguna necesidad he tenido de libros —añade ella—. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto la verdad.»

* * *

Fray Luis de León dijo la frase definitiva del habla de Santa Teresa: «Es la misma elegancia.»

«Tiene el lenguaje teresiano —ha dicho Menéndez Pidal— un atractivo fuera, o en oposición, de todo lo que se puede llamar *literatura*.» Es un estilo antípoda del de Santillana, Juan de Mena y demás «doctos retóricos» del siglo XV. Es una «elegancia desafeitada» dijo Fr. Luis de León. «Siempre yo he sido aficionada —dice la Santa escritora— y me han recogido más las palabras de los Evangelios que libros muy concertados» (*Camino*, XXI, 4).

El afeite, *fucosus*, que llamó Cicerón; lo fingido, lo que tenga tinte de mentira, es ajeno al «andar en verdad» de la escritora castellana.

La literatura afeitada es la de los doctos retóricos, como Fernando de Herrera.



Es la «sintaxis» admirable de la Santa escritora, que camina desembarazadamente entre «anacolutos», como los del griego peculiar de San Pablo.

* * *

De todo ello se deduce la originalidad del estilo del *Camino de perfección*.

Si, como afirmó Menéndez y Pelayo, «el mejor estilo es el que menos lo parece», no habrá otro ejemplo con menor apariencia de estilo que el de Santa Teresa.

Lenguaje el más difícil de pasar a otra lengua, con sus modismos típicos, con su sintaxis espontánea y libre. Y nótese que, a diferencia de autores que parece prefieren ser incomprendidos, todo su afán es «que sepa entender y decir las mercedes que Su Majestad me hace» (*Vida*, XXX, 4).

Hablar y escribir tal y como lisa y llanamente se hablaba y escribía en la vieja Castilla del siglo XVI.

Suprimió las consonantes juntas: *súdita*, *solene*, *asolver*. Y así perdió el castellano toda dureza —dice Sánchez Moguel—. Y eso mismo lo aprueba Juan de Valdés, como *acetar*, *sinificar*. Santa Teresa «liberó el lenguaje castellano —añade con gracia Sánchez Moguel— de la tiranía de los eruditos.» Y escribía todos los sonidos débiles con *ge* y los fuertes con *jota*. En vez de las infinitas reglas ortográficas para el uso de estas letras.

Anotemos un caso de errónea interpretación del lenguaje de Santa Teresa. Se le atribuye que llame a la imaginación la *loca de la casa*. Es notable que el error ha venido del francés: la *folle du logis*, que se atribuye, inexactamente también, a Malebranche (1). Como llama Santa Teresa a la imaginación es *taravilla de molino* (*Moradas cuartas*, I, 3). De la imaginación dice que «no se haga caso de ella más que de un loco» (*Vida*, XVII). Pero esto lo dice también del pensamiento cuando es desatinado (*Camino*, XXXI).

(1) Véase Menéndez Pidal: *El lenguaje del siglo XVI*.

«Ríase de él y déjelo para necio.» «Déjele para simple» (*Camino*, XXII). Nótese el uso que hace de la preposición *para*.

Comentemos otras frases características del estilo teresiano siguiendo paso a paso el *Camino de perfección*.

Hasta la palabra *Camino*, como símbolo de la vida moral, es frecuente en la Sagrada Escritura. Análogo al *sicut in die, honeste ambulemos*, de San Pablo (*Romanos*, XIII). El andar en verdad de Santa Teresa.

2. «*Grandes muros son los de la pobreza*» (*Camino*, II). Así decía Santa Clara. Y Santa Teresa añade: «de estos muros y de humildad» quería cercar sus conventos.

3. «*Gran cosa son letras para dar en todo luz*» (V, 2).

Expone lo que importa sean letrados los confesores. «Tener verdadera luz para guardar la ley de Dios.» «Sin este cimiento—añade— fuerte, todo el edificio va falso.» Esto es, que se está edificando «en falso».

4 «... *pues nos hizo de nonada*» (VII,8). Queremos señalar aquí la fuerza de expresión de esta palabra «nonada». Dios nos hizo de la nada. Pero esta palabra es una abstracción que no está al alcance de todo entendimiento. En cambio, «nonada» es algo concreto, que vale menos que nada, con doble negación.

«Más vale algo que no nada» (*Quijote*, I, 21).

5. «... *queda desasirnos de nosotros mismos*». «Esto es recio apartar, porque estamos muy juntos y nos queremos mucho» (*Camino*, X, 2).

La renuncia de sí mismo, la abnegación de la propia voluntad, lo expone Santa Teresa con esta imagen gráfica: «desasirse» de sí mismos, porque estamos muy juntos a nosotros mismos y nos queremos mucho.

Que «es recio apartar».

6. «... *créanme esto a mí*». «Más que disparate he dicho, que me crean a mí, diciéndolo la verdadera Sabiduría» (XIII, 3).

Lo señalamos como muestra inequívoca de que «habla por escrito».

Estaba tratando de la necesidad de humillarse cuando se recibe algún agravio o deshonra, «que no le faltará honra en esta vida ni en la otra».

Y se le ocurrió: «Créanme esto a mí.»

7. «¿Y pensáis que aunque vos, hija, no os disculpéis, ha de faltar quien torne de vos?» (XV, 7).

En la edición de don Vicente Lafuente (1881), que la hizo conforme al autógrafo de El Escorial, aparece la preposición *por*.

Santa Teresa escribió su segundo autógrafo del *Camino de perfección*, mejorado por la Santa. Debió, pues, en su estilo, parecerle mejor *de* en vez de *por*. *Tornar de vos* es como volver la cara en vuestro favor, no la espalda. En cambio, dice Santa Teresa: «Mirad cómo respondió el Señor por la Magdalena en casa del Fariseo.» Y añade: «... que ya (el Señor), al tiempo que tuvo un ladrón que tornase por El, estaba en la Cruz...» «Así que Su Majestad moverá a quien torne por vosotras.»

En estos últimos casos, en el sentido de «responder» dice «tornar por».

El buen ladrón, ante las negaciones e injurias al Señor de los que lo crucificaron, *responde por El*: «Acuérdate de mí cuando estuvieras en tu reino.»

8. «... *daremos mate a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá*» (XVI, 1).

Es de lo más admirable, en estilo, este capítulo, que termina así: «Mucho me he divertido (distruido, se diría hoy); quiero tornar en lo que os decía, que es declarar qué es oración mental y contemplación...; podrá ser lo entendáis mejor por mi grosero estilo que por otros elegantes.»

«... que no se nos podrá ir de las manos». Este modo adver-

bial, tan típico de Santa Teresa, es de lo más valiente en el lenguaje de los místicos, cuyas piadosas osadías llaman la atención de los profanos.

Santa Teresa lo razona siguiendo el símil del ajedrez. «No hay dama —dice— que le haga rendir (al Señor) como la humildad; ésta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas.»

Nótese este otro modo adverbial: «... le traeremos nosotras de un cabello», tan osado, piadosamente, como el anterior.

Esos modos adverbiales caracterizan el estilo de la gran escritora, no menos que el uso peculiar de una preposición por otra.

Como aquella del *para* en vez de *por*: «... enviaros han para simple» (XXII, 1), que García de Diego, en su documentada obra sobre *Gramática histórica castellana* (1914), consigna como ejemplo de lengua clásica.

9. «... *huyen del bien para librarse del mal*» (XXI, 8).

«Nunca tan mala invención he visto —añade—; bien parece del demonio.» Se refiere a los que dicen que hay peligro en la oración: «Tenedle a él por el mismo peligro» (Ibid., 7).

«Tornad por Vos. Mirad que entienden al revés vuestras palabras.»

He ahí, en breve espacio de unas líneas, cuatro modismos característicos, con una fuerza de expresión insuperable: «Tornad por Vos»; «huir del bien»; «entender al revés»; «tenedle por el mismo peligro».

10. «... *tomándole, como dicen, la palabra de la boca*» (XXV, 1). Trata en el capítulo anterior de cómo «Dios habla al corazón cuando le pedimos de corazón». Y de cómo se ha de procurar que sea a solas, en el retiro del mundo.

Y llega Santa Teresa a afirmar «que es muy posible que estando rezando el *Pater Noster*, os ponga el Señor en contemplación perfecta». Que por estas vías muestra Dios que «oye al que le habla», «y le habla su grandeza, suspendiéndole el entendimiento

y atajándole el pensamiento, y tomándole, como dicen, la palabra de la boca, que aunque quiere no puede hablar...»

No sabemos de ningún escritor ascético, ni místico, que haya dicho en expresión más exacta el tránsito de la oración vocal en oración mental.

11. «*Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá*» (XXVIII, 2). «Por paso», por quedo, por en voz baja que hable, está tan cerca Dios, que nos oirá. «Mirad que San Agustín —dice Santa Teresa— le buscaba en muchas partes, y que le vino a hallar dentro de sí mismo.» Que «no ha menester alas» para ir a buscarlo, sino ponerse en soledad y «mirarle dentro de sí».

En este mismo capítulo (XXVIII, 9), «que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos tenemos tal huésped dentro de nosotras, nos diésemos tanto a las cosas del mundo». Un «corrector», corrigió al margen: «no nos diésemos». Sin duda, sabía menos castellano que Santa Teresa, del uso del adverbio *no*. Pues con su corrección venía a significar todo lo contrario.

12. «*...hácese a nuestra medida*» (Ibid, 11).

¡Qué cosa de tanta admiración!—exclama Santa Teresa—. «Quien hinchiera mil mundos, y muchos más con su grandeza, encerrarse en una cosa tan pequeña como nuestra alma.» Y lo explica, en esta frase: «hácese a nuestra medida». «Pues si el palacio (nuestra alma) henchimos de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de caber el Señor con su Corte? (Ibid, 12).

«A osadas» —adañe—, «a fe» que a tal «Rey» no le dejan solo los cortesanos» (Ibid, 13).

13. «*...ganarse a sí, para sí*» (XXIX, 7).

«Señorearse poco a poco de sí mismo, no perdiéndose en balde.» En este estilo teresiano, está condensada toda la fraseología que pudiera exponer un filósofo profesional, sobre el tema clásico del dominio de sí mismo. Antes (§ 6) ha insistido en la presencia de Dios, y añade con frase gráfica, que el Señor: «no es amigo

de que nos quebrems las cabezas hablándole mucho». Que estamos tan cerca de El, que «nos entenderá por señas».

14. Veamos el *Padre Nuestro* de Santa Teresa, en su inimitable estilo.

«En comenzando, nos henchís las manos»—llamando nuestro Padre a Dios—«y sería harto bien henchirse el entendimiento, para ocupar de manera la voluntad, que no pudiese hablar palabra.»

Que el Hijo de Dios se humilla a tal extremo en juntarse con nosotros al pedir, y hacerse hermano «de cosa tan baja y miserable», al enseñarnos a orar: *Padre nuestro*.

Ya que Vos, con el amor que nos tenéis, y con vuestra humildad, «no se os ponga nada delante».

«Habéis andado rodeando —añade en frase admirable— encubriendo al demonio que sois Hijo de Dios», y con el gran deseo que tenéis de nuestro bien, «no se os pone cosa delante» —vuelve a repetir— «por hacernos tan grandísima merced.»

15. «*Santificado sea tu nombre, venga en nosotros tu reino*» (XXX, 4).

Es más clásico y más castellano «venga en nosotros», que «venga a nosotros».

«Vaya uno en tierra de cristianos» (*Quijote*).

Las formas gramaticales, «sea el tu nombre», y «venga a nos el tu reino», son anticuadas, aunque se conserven entre el pueblo, en Castilla la Vieja.

En el capítulo siguiente (XXXI, 12), dice de personas que son tan amigas de hablar, y de rezar muchas oraciones vocales muy apriesa, como quien quiere acabar su tarea, «que aunque, como digo, les ponga el Señor su reino en las manos, no lo admitan».

16. «*Sea hecha tu voluntad, y como es hecha en el Cielo, así se haga en la tierra*» (XXXII, 2).

Nótese la diferencia del modo usual de decir, «hágase tu volun-

tad, así en la tierra como en el cielo». *Así, como*. Estas palabras están como conjunciones solamente. En cambio, en la forma tere- siana: «*como* es hecha..., *así* se haga», indica, en adverbios, del modo de hacer la voluntad de Dios, en el cielo, como en la tierra. Y lo aclara más Santa Teresa, cuando añade: «porque he- cha la tierra cielo, será posible hacerse en mí vuestra voluntad».

17. «*El pan nuestro de cada día dánoslo hoy*» (XXXII, 1).

La Academia Española (edición de 1895), dice que para el acusativo, en género masculino, se admite indistintamente *le* y *lo*. Sin embargo, parece más correcto decir, con Santa Teresa, *dá- noslo*, que *dánosle*. *Dalo* a nosotros, el pan, no es, indistintamente, lo mismo que: *Dale* a nosotros...

Alude después la gran mística al pan eucarístico.

Llama al pan eucarístico «maná de la humanidad» (XXXIV, 2).

«De otro pan —dice (Ibid, 4)— no tengáis cuidado..., no curéis gastar el pensamiento en ningún tiempo; sino trabaje el cuerpo, que es bien procuréis sustentaros, y descanse el alma.» «Pidan también su pan —dice en el cap. XXXVII— «conforme a sus ne- cesidades», los que aun viven en la tierra.»

Aun del provecho temporal de recibir el pan de la Eucaristía, dice la Santa en su estilo: «Y no suele Su Majestad pagar mal la posada, si le hacemos buen hospedaje» (Ibid, 8).

18. «*Y perdónanos, Señor, nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos a nuestros deudores*» (XXXVI, 1).

Es mucho más exacta esta fórmula que la usual de «así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Las ofensas, «las deu- das», son las que tenemos que perdonar a nuestros deudores.

19. «*E no nos traigas, Señor, en tentación, mas líbranos de mal*» (XXXVII, 5).

Habla la santa de unos enemigos traidores, que se transfiguran en ángel de paz. Y dice que pidamos al Señor «no consienta ande- mos en tentación, que nos traigan engañadas» (XXXVIII, 2).

Notemos cómo es más correcta esta fórmula teresiana: «no nos traigas en tentación», que no la de: «no nos dejes caer en la tentación». Pues aquí parece que nos atrevemos, como los niños, a andar en pasos de peligro, contando con el cuidado de quien no nos deje caer. Que «no andemos» en tentación. No nos «traigas», puesto que nos movemos «en Dios».

20. «*Mas líbranos del mal. Amén.*» (Camino XLII.)

«Amén» —dice aquí Santa Teresa—, «entiendo yo que pues con él se acaban todas las cosas, que así pide el Señor seamos librados de todo mal para siempre.»

Y en este capítulo termina su *Camino de Perfección*, con estas palabras, «que yo me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que he dicho».

Hermosa manera de reafirmar su humildad, y de dejar adivinar lo inspirado de sus escritos.

* * *

Hemos terminado de examinar las características de estilo del *Camino de Perfección*.

Lenguaje rico en metáforas del mundo de los sentidos, para acertar a decir algo de las cosas sobrenaturales. Lisa y llanamente «como en plática familiar de vieja castellana junto al fuego».

Y en esa lengua vulgar escribió de materia tan profunda como la teología mística, que hasta entonces sólo se expresaba en latín, porque se consideraba el romance como impropio e inadecuado, para exponer la ciencia de los teólogos.

A la lengua de Santa Teresa se pueden aplicar los versos de Prouza del *Cancionero general* (1511), que decían:

«*Aquí se demuestran, la pluma en la mano,
los grandes primores del alto decir,
las lindas maneras del bien escribir,
la cumbre del nuestro vulgar castellano.*»

Se puede recordar, por último, la obra del Arcipreste de Talavera, *El Corbacho* (1548), del que dice Menéndez y Pelayo: «La lengua desarticulada y familiar, la lengua elíptica, expresiva y donairoso, la lengua de las conversaciones, la de la plaza y el mercado, entró por primera vez en el arte, con una bizarría, con un desgarro, con una libertad de giros y movimientos, que anuncian la proximidad del gran arte realista español.»

Santa Teresa, sin preocupación alguna de «literatura» y aparte de la inspiración divina, que movía su mano, en su lenguaje encierra todas las buenas cualidades del saber popular, con modismos de refranero.

El realismo clásico halló su expresión en el estilo de Santa Teresa.



HECHOS



XI REUNION PLENARIA DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS



La Fundación Pro-Helvetia, de Suiza, donó al Consejo
valiosos volúmenes

S. E. el Jefe del Estado presidió la sesión de clausura,
en la que pronunció un importante discurso el Ministro
de Educación

DEL 30 de enero al 3 de febrero celebró este año el Consejo Superior de Investigaciones Científicas su undécima reunión plenaria, con su solemnidad característica. Iniciáronse los actos con la Misa del Espíritu Santo, oficiada por el obispo de Túy, monseñor López Ortiz, vicepresidente segundo del Consejo, y con la asistencia del Ministro de Educación Nacional y consejeros.

El señor Ibáñez Martín presidió la sesión inaugural, que cerró con unas breves palabras de gratitud para cuantos vinieron a compartir las tareas de la undécima reunión anual del pleno y para subrayar el sentido de responsabilidad que preside sus actos. Porque estas Reuniones anuales —dijo— son una especie de examen colectivo de conciencia, en el que, con un criterio de serena y moderada prudencia, hemos de preguntarnos si a lo largo de los

doce meses anteriores hemos cumplido con nuestro deber y hemos rendido a la Patria los frutos que exige la naturaleza del Consejo, la política del Gobierno y la voluntad del Caudillo de España.

Terminó diciendo que el prestigio del Consejo Superior de Investigaciones Científicas se deriva de su propio trabajo y animando a todos para que, en el ámbito de la especialización de cada uno, sigan prestando su máximo esfuerzo y su máxima capacidad al servicio de los altos intereses de la Patria y de la cultura.

Exposición de libros suizos.

En el día de la apertura de los trabajos inauguróse también la Exposición de libros de Suiza, patrocinada por la Legación de dicho país en España. Ha sido instalada en el primer piso del edificio central del Consejo, y en ella figuran todos los libros donados por la organización cultural suiza Pro Helvetia.

El director de la biblioteca del Consejo, señor Tortajada, saludó al ministro suizo, puso de relieve la importancia del donativo de la entidad cultural Pro Helvetia al Consejo Superior de Investigaciones Científicas y señaló las activas relaciones que este último mantiene con todas las entidades científicas del país amigo, y muy especialmente con la entidad mencionada y con las siete Universidades suizas.

A continuación el ministro de Suiza pronunció el siguiente discurso :

«Excelencia; señoras, señores :

Como ministro de Suiza en España, a la que estoy vinculado por una larga actuación en diferentes etapas de mi carrera y de su gloriosa Historia, tengo especial satisfacción en entregar al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en la persona de su ilustre presidente, excelentísimo señor don José Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional, esta modesta contribución para su biblioteca.

Con este obsequio, la Fundación Pro Helvetia de Suiza, interpretando el pensamiento de los escritores y del pueblo suizos, se

propone atestiguar su admiración y su solidaridad con el magnífico esfuerzo desarrollado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en beneficio de la cultura llamada a acercar a los pueblos y a contribuir eficazmente a su elevación moral y material. He tenido el privilegio de asistir al nacimiento y al poderoso desarrollo, en tiempos particularmente difíciles, de esta Institución española que hoy se impone a la atención del mundo entero.

Suiza considera la cultura como el lazo más poderoso y fecundo entre los individuos y los pueblos más diversos, y como el instrumento más eficaz para la realización de su destino de pacífica convivencia y de común elevación.

Situada por designio de la Providencia en la confluencia de varias grandes civilizaciones, Suiza participa de todas y a la vez las alimenta con su aportación autónoma, que gracias al fervor de su pueblo sobrepasa en mucho la estrechez de sus fronteras. Como en la antigua Toledo convivieron diferentes pueblos y razas, y esta pluralidad fué fecunda para la elaboración de una cultura superior, en el angosto territorio de la Confederación suiza conviven pueblos de diferentes raíces etnográficas y de diferentes civilizaciones originarias. En la literatura de los varios idiomas los escritores suizos ocupan posiciones elevadas, demostrando cómo la síntesis ha enriquecido las culturas originarias y abierto el camino a aquella inteligencia y comprensión recíproca que es la aspiración más noble y la esperanza más firme de la humanidad.

Suiza, enfrentada con una naturaleza hermosa pero áspera, tuvo que dedicar sus esfuerzos a ciencias que permiten aprovechar y acrecentar los recursos naturales; su aportación cultural en este campo ha sido muy conspicua, como lo demuestran el número de sabios que han merecido los más altos reconocimientos mundiales. Testigos de la aportación suiza al progreso y al bienestar de la humanidad se pueden encontrar en todas partes en el campo de la mecánica, de la electricidad, de la química, poniéndose al servicio del hombre con los frutos de la investigación de sus sabios.

Suiza se complace del magnífico desarrollo de este Consejo

Superior, que tiene tan vasto campo de actividad y de posibilidades, y en el que numerosos investigadores suizos de los más destacados se honran en colaborar acudiendo con fervor a sus reuniones, especialmente como lo fué el caso con motivo del décimo aniversario de esta docta corporación, que constituyó una demostración grandiosa de la actual expansión cultural de España, digna de sus más altas tradiciones y conquistas en el dominio del pensamiento humano y cristiano.

Al hacer entrega de esta aportación suiza a la biblioteca del Consejo en manos de vuestra excelencia, me felicito por la oportunidad de reafirmar una vez más la secular amistad que une a nuestros dos países y de expresar mi personal satisfacción al cumplir el encargo de la Fundación Pro Helvetia cerca de vuestra excelencia.»

A continuación el ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, pronunció unas palabras finales, en las que señaló la esplendidez del magnífico donativo de libros que Suiza, país geográficamente pequeño, pero de una extraordinaria importancia por su unidad moral y por su gran cultura, que hace de él uno de los más serios baluartes de la paz, acaba de hacer a España; hizo un paralelo entre ambos países de parecida geografía, de la misma recia voluntad y el mismo amor por la libertad y la dignidad humana, y dijo que España no olvidará nunca a aquellas naciones que durante los momentos más graves de una persecución internacional sin precedentes, tuvieron para con nosotros una actitud de respeto y simpatía.

Finalmente, el señor Ibáñez Martín, acompañado del representante de Suiza, recorrió detenidamente la Exposición, en la que figuran gran cantidad de obras de diversas materias.

En los días sucesivos celebraron reuniones los distintos Patronatos del Consejo, en las que se dieron cuenta de la labor realizada durante el año por los diversos Institutos dependientes de cada Patronato.

Sesión de clausura.

En la mañana del día 3 de febrero clausuró el Consejo sus tareas plenarias. Honró el acto con su presencia S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, que tomó asiento en la presidencia. Tomaron asiento a su derecho, el cardenal primado, doctor Plá y Deniel; el vicepresidente primero del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, señor García Siñeriz, y el obispo de Tuy, doctor López Ortiz, y a la izquierda, el ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín; el rector de la Universidad Central, don Pío Zabala, y el secretario general del Consejo, señor Albareda.

En los estrados, y frente a la presidencia, se situaron el resto de los ministros que asistían a la sesión, y detrás los subsecretarios de Educación Nacional y de Industria y Comercio; vicesecretario del Movimiento, señor Téllez; teniente general Muñoz Grandes, almirante jefe de la jurisdicción de la Armada, vicesecretario general de Secciones, fiscal general del Supremo, presidentes de las Reales Academias, directores generales de Enseñanza Universitaria, Prensa, Enseñanza Primaria, Relaciones Culturales, Propaganda, Seguridad, Archivos, Enseñanza Profesional Montes; subdirector de Radiodifusión; directores de los Institutos dependientes del Consejo, gobernadores civil y militar, presidente del Consejo Nacional de Educación, delegado nacional de Sindicatos, jefe superior de Policía, el director del Instituto de Cultura Hispánica, los doctores Marañón y Rey Pastor, decanos de las diversas Facultades y numerosos académicos.

También se encontraba una nutrida representación del Cuerpo diplomático, presidida por el decano del mismo, nuncio de Su Santidad, monseñor Cicognani, e integrada por los embajadores de Portugal, Brasil, Egipto, El Salvador, Irlanda, Colombia, Nicaragua y Venezuela, y los ministros de Francia, Suiza, Grecia, Haití, Países Bajos, Honduras y Afganistán, Chile, Uruguay, Ecuador, Cuba, Holanda, Líbano, Costa Rica, Estados Unidos y Dinamarca.

Discurso del Sr. Lora Tamayo

Abierta la sesión por el Jefe del Estado, concedió la palabra al vicedirector del Instituto Alonso Barba, de Química, y secretario general del Patronato Juan de la Cierva, don Manuel Lora Tamayo, quien disertó sobre «La investigación en química orgánica».

En su discurso, el señor Lora Tamayo expuso las grandes direcciones que marcan un nuevo rumbo a la investigación en esta especialidad química. Destacó la corriente actual en la teoría general de las reacciones orgánicas en relación con el modelo eléctrico de las moléculas y con el establecimiento de los diagramas moleculares, que dan una imagen numérica de la reactividad; subrayó las prometedoras derivaciones que los nuevos resultados en genética química han de llevar a los diversos problemas de la herencia biológica; sentó los principios de la investigación orgánica en el descubrimiento de nuevos agentes quimioterápicos, y dió especial realce al amplio campo de aplicaciones técnicas que las nuevas síntesis, derivadas de la reaccionabilidad del acetileno, han creado en el dominio de la química orgánica preparativa, en sus aspectos de laboratorio y en los problemas de ingeniería química que con carácter general se plantean. Terminó con unas consideraciones sobre el momento de la química orgánica en España y situó sus realidades presentes y posibilidades futuras en relación con el movimiento científico de la especialidad.

Discurso del Ministro de Educación Nacional.

A continuación, el ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, pronunció el siguiente discurso:

«Señor:

La intensidad honda y alegre y el feliz esfuerzo con que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas vivió los días de su X Reunión Plenaria hacen que aun hoy, después de un año, me sea difícil esquivar su recuerdo. Bajo este mismo techo, en pacífica y laboriosa asamblea, se reunió, convocado por España, el

Primer Congreso Internacional de entidades y organismos constituidos para la investigación científica.

Las antiguas Universidades de Europa, las jóvenes y poderosas sedes universitarias de América y las nuevas corporaciones investigadoras surgidas en la coyuntura histórica de nuestro tiempo tuvieron con nosotros un noble y fervoroso convivio de colaboración, y, haciendo honor a la primaveral y fragante paz de España, vinieron a sellar, en especulativos y amistosos coloquios, la unidad permanente y universal de la ciencia, a cuyas apasionadas y constructivas tareas repugna la circunstancial discriminación histórica de vencedores y vencidos. ¡Qué de sabias y corteses lecciones oímos y qué de gratas relaciones personales se establecieron y anudaron en aquella ocasión! Porque si es verdad que el conocimiento puro, objetivo e impersonal, es fin propio de la ciencia humana, no es menos cierto que las ideas nacen y viven en el hombre, nutridas con el calor vital de su alma y arraigadas en el campo vario y cambiante de su personalidad. La ciencia deshumanizada —estéril fruto de tiempos materialistas—, aunque sea exacta y noticiosa, es fría y desapacible como una estrellada noche de invierno.

Permítidme, Señor, que en estos momentos tenga para todos los sabios varones que nos acompañaron en la X Reunión Plenaria una cordial y agradecida recordación por las autorizadas palabras con que ya entonces estimaron el esfuerzo científico de España y por la sostenida amistad con que nos ofrecen medios de colaboración y de trabajo.

Lo que en el mes de abril fueron amistosos parabienes, son hoy fructíferos intercambios. La Universidad de Lovaina, ha dispuesto con el Consejo, a raíz del X Pleno, un cambio permanente de becarios, y un convenio igual hemos establecido con la Universidad de Pisa y con la Escuela Politécnica de Zurich. En Estados Unidos nuestros pensionados han visto aumentadas las facilidades de trabajo en los grandes centros de investigación; para Inglaterra, hemos organizado intercambio de becas con el British Council, y en Alemania, carente hoy día de un alto organismo coordi-

nador, nuestra relación científica ha sido convenida durante los últimos meses, individual y afectuosamente, con todas y cada una de las Universidades.

Modos de la investigación española

Si a tan altos y generosos testimonios como de la obra del Consejo dieron insignes mentes extranjeras, quisiéramos, Señor, unir hoy el testimonio desnudo y fiel de nuestra propia conciencia, podríamos afirmar resueltamente que también para nosotros ofrecen enseñanza sabrosa los diez años de vida y tarea del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En el moderno desarrollo de la investigación científica española pueden señalarse, sin violentar la imagen de su curso histórico y real, tres fundamentales etapas: hay un primer período de aportación individual y espontánea, en que campea el genio investigador libre y solitario, inquisidor personal de problemas y de horizontes científicos. Los resultados de esta actividad investigadora son con frecuencia decisivos y brillantes, costosos otros; pero la trascendencia social de los hallazgos científicos se debilita y se apaga en los anárquicos años del siglo XIX, en que el hombre español, perdidos los caminos de su tradición nacional, vive una existencia individualista y rebelde, insolidaria y triste, en que se había perdido hasta la memoria de la esforzada y férrea continuidad que informó una Reconquista de ocho siglos y en que se había olvidado la abnegada tenacidad, audaz y solidaria, con que sacerdotes, guerreros y magistrados llenaron de altos valores históricos la colonización de América. Y es, Señor, que no ha de tenerse la rebeldía ibérica como fruto exacto de la recia y cristiana personalidad de los españoles, sino como amargo síntoma de sus tiempos de decadencia.

Dentro ya de nuestro siglo, aunque con indudables antecedentes que se malograron entre las vaguedades progresistas del XIX, comienza una segunda etapa de los trabajos científicos en España. Bajo el mecenazgo estatal nace una organización para estimular

el cultivo de la ciencia; pero más que organizar con sentido completo de las tareas investigadoras, su misión pareció ser solamente la de coordinar el esfuerzo de personalidades aisladas. No es el juzgar mi propósito de este instante; trato tan sólo de ordenar la exposición de unos hechos; pero es innegable que la organización científica oficial, concebida como mera suma de individualidades sueltas, ofreció un desarrollo fragmentario y poco equilibrado, aunque estos defectos fueran en alguna manera explicables.

Aportación del Consejo.

Con todo, era urgente entrar con paso determinado en una tercera fase de la investigación española, en que el servicio a la ciencia, como valor ecuménico y como valor nacional, se ofreciese dentro de normas y de cauces corporativos y sistemáticos, en que la genialidad infrecuente y personal se asociase —con la noble jerarquía del magisterio sabio— al esfuerzo numeroso, continuo y eficaz del investigador medio. Había que planear una sistematización amplia y concreta del trabajo científico, para que la especulación pura viniese a redundar en adelanto de técnicas económicas industriales y agrícolas, y al mismo tiempo era necesario abrir al estudio científico vías paralelas y comunicaciones para que la investigación histórica no perdiese agudeza por falta de contacto con la filosofía, y el derecho, el arte y la sociología pudieran nutrir sus formas modernas y depuradas en la corriente viva del saber teológico.

Este tercer período en la actividad investigadora de España es el que ha venido a servir el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Procedió inicialmente, como era propio de su función nacional, a una movilización científica de amplia conyocatoria, de la que nadie fué excluído, y tras de esta llamada general, el Consejo ha venido trabajando durante diez años para que la sedimentación libre y suave de las iniciativas de todos fuera dando a cada uno el sitio real que su actividad le haya ganado. La constancia acrisoló la aportación de muchos y sin duda que la atención de

otros nobles quehaceres fué apagando la contribución científica de algunos; pero, entre las naturales vicisitudes de todo lo que vive, en la obra del Consejo se ha ido perfilando la creciente exigencia de la calidad, la reforzada disciplina en los trabajos y la generosa magnitud de los objetivos de la investigación.

A la sistematización ideal y armoniosa de los campos de la especulación científica ha venido, calladamente y sin lesiva violencia, uniéndose la ordenación de las actividades, lejos ya la caprichosa y pintoresca espontaneidad. Ni la viril urgencia de los tiempos ni el creciente esfuerzo patrimonial de nuestro país para mantener una investigación eficaz nos habrían perdonado la frívola distracción de nuestro esfuerzo. El Consejo Superior de Investigaciones, con la experiencia de sus años de apretada labor, hará cada día más firmes y sistemáticos sus planes, más densas y orientadas las aportaciones personales y más corporativas y nacionales sus empresas. Con desnudo, aunque sano rigor, bien pudiéramos afirmar que sólo la aportación investigadora colectiva es fin específico y propio del Consejo, si bien no pocas veces ha cabido, dentro de sus publicaciones y de su estímulo, la obra estrictamente individual, y aunque sin duda alguna deba seguirse dando ayuda a los estudiosos esfuerzos privados. Ni los ideales que señalasteis, Señor, al instituir este Consejo, ni los medios con que lo dotáis, han de quemarse como blando halago de menudos narcisismos intelectuales.

La adopción de grandes temas de trabajo es para el Consejo fuente de sencillez y de eficiencia en su actividad. Una vez señaladas las investigaciones fundamentales, la elección de la materia estudiada determina con segura claridad el anual llamamiento de los especialistas, que no deben venir al Consejo de Investigaciones a trabajar en lo que quieran, con quien quieran y en donde quieran, sino a servir planes científicos concretos, que si están dotados de generosa amplitud, han de trascender forzosamente a la vida y a la civilización de nuestro país. El mismo eje de actividades dictará el acopio de medios instrumentales y de material bibliográfico, y más tarde la activa labor editorial del Consejo nacerá también marcada con el signo unitario y profundo de algunos gran-

des empeños culturales. Estos nobles planes colectivos proporcionados a la potencia en medios y a la continuidad del trabajo corporativo ofrecerán también orientación continuada para la salida y la tarea de los españoles que hayan de investigar en el extranjero y deban inexcusablemente buscar la contrapartida de una aportación de interés nacional que restituya a nuestro pueblo del sacrificado valor que para la economía española entrañan en muchos momentos las bolsas y pensiones de estudio; justo es decir que en este aspecto de nuestra actividad cultural exterior siempre hemos encontrado el fervoroso apoyo y colaboración de mi ilustre compañero de Gobierno, el ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo.

Trabajo de los Patronatos.

Instrumento de esta vertebral ordenación en las investigaciones mantenidas por el Consejo lo han venido siendo los Patronatos, cuya vigilante tarea de coordinación y estímulo se afina y perfecciona con los años, aunque no alcance a tener manifestaciones directas y ostensibles. Los Institutos siguen siendo la unidad funcional que realiza la investigación y prepara las publicaciones; pero la coordinación de iniciativas y temas en los Patronatos ha traído a la vida del Consejo todos los ventajosos dones de la unidad, el sistema y la colaboración.

En el Patronato «Raimundo Lulio», como trabajos más importantes, por su interés actual y su trascendencia científica, son de destacar los que se realizan en torno a la vital problemática propuesta y juzgada por el Romano Pontífice, en su última y fundamental Encíclica «*Humani generis*», y especialmente sobre la llamada «teología nueva»: constante instrumento de tan sólidas tareas vienen siendo las Semanas de Teología y de Estudios Bíblicos, que con pausada continuidad y clara orientación han sabido unir en fecundo magisterio la firmeza de la tradición antigua y la novedad constructiva de la ciencia moderna.

Siguen los trabajos para la edición del «*Corpus theologorum*

hispanorum», que con aportación y estudio colectivo reunirá, por primera vez, la obra de los teólogos españoles, y en el mismo ámbito de las ciencias sagradas, la publicación sistemática de «Dictámenes». Ofrecerá material de investigación a cuantos dedican su atención a la varia y profunda jurisprudencia canónica.

Entre nosotros, la especulación filosófica lleva adelante, además de estudios monográficos menores, dos iniciativas capitales: la de publicar un Vocabulario filosófico, que proyecte claridad sobre la terminología filosófica, enturbiada por el aluvión de inorgánicas y contradictorias novedades, nacidas de la multitud de sistemas y de filósofos que han escrito en los tiempos modernos. Es preciso restaurar la precisión terminológica que tuvo su cumbre en la Escolástica, y a su luz, organizar cuanto de legítimo avance aporta el pensamiento moderno. Una historia general de la Etica, ya comenzada, es igualmente empresa que desborda la pura acción de un solo hombre.

Como dato inicial y primero para el conocimiento de la psicología individual y de la social, y como fondo de todo proceso pedagógico, se hallan los problemas lingüísticos: el estudio del «vocabulario usual» es, dentro de este Patronato, tarea cercana ya a su culminación y fruto de muchos años de trabajo, en que multiplicó la eficacia una disciplinada contribución colectiva. Este tema general ha derivado una serie de investigaciones monográficas relativas a los factores que intervienen en el aprendizaje de la expresión lingüística.

La complejidad y vibración del mundo actual tiene un reflejo normal y deseable en aquellas ciencias que buscan conocer las acciones humanas y su motivación y norma. Así, nuevas actividades de especulación jurídica recogen el derecho marítimo y el derecho aeronáutico, y la sociología analiza los hechos y las teorías que estudien la fundamental y decisiva vicisitud actual de las clases medias. El Instituto Nacional de Estudios Jurídicos ha dado testimonio de su continuidad en la investigación con los tres anuarios: de Historia del Derecho, Derecho civil y Derecho penal. Y dió albergue en su sede el Congreso Internacional del Notariado

Latino, brillante asamblea que con sus reuniones ha venido a ratificar el noble ideal de colaboración mutua entre los científicos de los distintos países.

Esta contribución internacional la ha servido frecuentemente este Patronato mediante la participación de España en los Congresos internacionales celebrados para tratar de ciencias filosóficas, jurídicas o económicas que han tenido lugar en Maguncia, Brema, Florencia, París y Roma, siendo de mencionar que en uno de ellos se constituyó la Sociedad Internacional de Estudios e Investigaciones Pedagógicas, que eligió a Madrid como sede, por total unanimidad de sus miembros.

Investigaciones filológicas.

El Patronato «Menéndez y Pelayo» ha tenido honrosa y eficaz participación en el común y progresivo esfuerzo del Consejo para dar unidad y trascendencia a las investigaciones de aportación colectiva. Sin desatender las legítimas novedades monográficas, eslabón de toda labor científica, este Patronato, que dirige y coordina la investigación en Filología, Historia y Arte, ha concentrado su más despierta atención en algunas empresas fundamentales.

En el año último ha organizado sus aun nacientes, pero ya eficaces servicios, el Seminario Filológico de la Biblia Poliglota. Un esforzado núcleo de lingüistas especializados en lenguas clásicas y semíticas, ha tomado sobre sus hombros esta obra digna de la tradición humanista de España: una nueva edición del texto bíblico, en siete idiomas, que incorpore cuanto de fruto maduro han dado los estudios filológicos de los últimos ciento cincuenta años. Es digna de alabarse la activa determinación con que han superado la diferenciación funcional de los Institutos «Antonio de Nebrija» y «Arias Montano», y la abierta solicitud con que han ido asociando a su tarea a todos aquellos especialistas españoles, que, aun no perteneciendo al Consejo, podían mejorar los términos de la nueva resección bíblica. Ni puedo callar un merecido aplauso para su generosa decisión de no ahorrar estudio, consulta o viaje algu-

no preciso para que la que proyectamos, en colaboración con la Biblioteca de Autores Cristianos, como III Biblia Poliglota Española, reúna las condiciones aconsejadas por una legítima, rigurosa y moderna crítica textual. Como bien cotizable añadidura, esta magna empresa remozará, para durante muchos años, nuestros métodos filológicos y nuestra bibliografía.

Desde que comenzaron las tareas del Consejo hemos vivido con la preocupación de preparar una aportación considerable y definitiva a los estudios de latín medieval. Nuestra cultura y los valores históricos de España, hijos tempranos de una ilustre latinidad, han dado un sin fin de formas y giros al acervo lingüístico latino que fué durante la Edad Media lazo de civilización y de unidad en la Europa cristiana. Y no fueron pocos los escritores medievales europeos que ensayaron su latín sobre la falsilla hispana de los textos isidorianos. Sin embargo, nuestro filología en lo que va de siglo, ha estado ausente de los grandes trabajos de lingüística latina, y parece llegada la hora de acabar con esa ausencia difícilmente justificable. Para ello se ha constituido en el Patronato «Menéndez y Pelayo» una Comisión del Latín Medieval Español, que reúne el esfuerzo y la capacidad técnica de nuestros filólogos y de nuestros historiadores medievales. Su tarea es ardua, y su trabajo será largo; pero su empeño es digno de la tarea y del esfuerzo.

Una tercera empresa filológica de aportación colectiva se lleva a cabo en este Patronato: terminado en estos años el acopio de materiales, que fué planeado y se realizó en su mayor parte en el Centro de Estudios Históricos, ha llegado el momento de redactar y publicar el Atlas Lingüístico de España. El conocimiento de nuestro noble idioma tendrá en esta obra un inapreciable instrumento de investigación y de exégesis.

También los estudios históricos han sabido encontrar dentro del Patronato «Menéndez y Pelayo» cauces hondos y anchos donde recoger las contribuciones investigadoras colectivas, convocadas en torno a grandes temas de la existencia pasada y presente de nuestro país. La fundamentación científica de nuestra historia medieval



exige todavía la publicación de una grande y sistemática colección de fuentes documentales, en donde la materia atestiguada se muestre con auténtica veracidad. Paso cardinal en el logro de este propósito es la publicación de todos los documentos españoles anteriores al año 1100. Para conseguirlo, trabaja ya un equipo de especialistas en la Escuela de Estudios Medievales, y dentro del año actual editarán los fondos completos que se custodian en los importantes archivos de la catedral de León. A esta serie seguirán otras de documentación navarra, gallega y catalana, hasta rematar el ambicioso plan concebido.

La certera y numerosa actividad de los investigadores que dentro del Consejo cultivan la Historia Moderna ha permitido ya emprender las investigaciones y trabajos previos a la edición de una obra en varios volúmenes que trate la Historia del Mundo Hispanoamericano. La aportación de España a la cultura universal en los últimos cuatro siglos, ha sido con frecuencia menospreciada y oscurecida, y se hacía preciso que un estudio activo y objetivo, tratase de restablecer los fueros de la verdad histórica y de tonificar con testimonio auténtico la conciencia histórica de los españoles. Esta tarea es la que han emprendido en estrecha colaboración la recién organizada Escuela de Historia Moderna y la pujante y bien orientada Escuela de Estudios Hispanoamericanos, de Sevilla.

También los historiadores que dentro del Patronato estudian la vida y acción de la Iglesia en España han trazado planes de laudable anchura para su dedicación investigadora. Un necesario y documentado Episcopologio hispánico será tarea común durante varios años de quienes colaboran en el Instituto «Enrique Flórez»; en el Instituto «Santo Toribio de Mogrovejo» el trabajo colectivo tiene hace meses por objetivo la redacción de un Martirologio Misionero Español.

Delicada y benemérita labor de años es también la emprendida corporativamente por el Instituto Español de Musicología para recoger, valorar y transcribir las variadas letras y las riquísimas melodías de la canción popular española, inestimable tesoro de

nuestra cultura, que con fina y rigurosa técnica está nutriendo ya los primeros volúmenes impresos.

Los especialistas, miembros del Patronato «Menéndez y Pelayo», han llevado la aportación de sus trabajos filológicos, numismáticos, históricos, musicales y prehistóricos a reuniones de estudio celebradas en París, Maguncia, Roma, Montecarlo, Génova y Barcelona.

Investigaciones biológicas.

La sólida y reconocida tradición española en el campo de los estudios biológicos mantuvo, dentro del Patronato «Santiago Ramón y Cajal», una ejemplar continuidad en los antiguos temas de investigación, y ha encontrado fáciles y armónicas inserciones para asociar al trabajo colectivo las nuevas cuestiones de la biología.

La Amazonía peruana ha sido durante varios cursos objeto de estudio antropológico, como asimismo se ha estudiado con técnica sistemática acerca de los pueblos indígenas de Colombia. Los trabajos antropológicos sostenidos por el Patronato «Cajal», han versado también sobre los restos humanos de una necrópolis judaica de Montjuich, acerca de los indígenas de Guinea, y en torno al crecimiento diferencial del hombre, según la función alométrica.

En el ancho campo de las investigaciones médicas se han desenvuelto con pareja intensidad los estudios teóricos y los trabajos experimentales. Dentro de la Patología interna se han estudiado las funciones renales con referencia a los humores orgánicos y se ha construído un nuevo aparato seriador para angiocardigrafía. La estructura del simpático y las alteraciones hepáticas en relación con el metabolismo del hierro han sido objeto de investigación morfológica.

Las experiencias médicas realizadas se refieren a Patología digestiva, Metabolismo y Fisiopatología cerebral y circulatoria. Los estudios de Endocrinología experimental han tomado un gran desarrollo, y es fundamental su aportación en aplicaciones clínicas,

especialmente en yodemia, enanismo hipofisario y fisiopatología del crecimiento. La medicina colonial ha continuado con asiduidad sus investigaciones sobre anquilostomiasis, inmunoterapia y paludismo.

Trabajos anatómicos sistemáticos y de gran amplitud se siguen acerca de las conexiones aferentes de las fibras apicales del gato, y sobre comprobaciones de un sistema topográfico en el cerebro humano. La estructura del sistema vegetativo periférico y la formación de ganglios simpáticos craneales están siendo tema de morosos análisis histológicos, y la especulación sobre virus se concentra y continúa en torno al estudio experimental de la poliometitis.

En Fisiología se ha estudiado la absorción intestinal, la circulación pulmonal y el mecanismo de acción de la morfina y sus derivados sobre la presión arterial; y las investigaciones bioquímicas han centrado su atención en el metabolismo de los oligoelementos, producción experimental de las proteidasas específicas y estudio sistemático de los alimentos españoles. La Farmacología experimental ha continuado originales estudios sobre antihistámicos bacterianos y acción farmacológica del betaglicerofosfato; y en Farmacia Galénica se han hecho estudios sobre el poder absorbente de los carbones medicinales. La valoración histórica de la Patología psicosomática y de la historia clínica, son temas investigados en el campo de la historia de la Medicina.

Trabajos zoológicos se han realizado acerca de genética y morfología; la parasitología ha clasificado algunas especies nuevas; en la sistemática entomológica han seguido los estudios sobre el «Phylum» artrópodo y han continuado las tareas hace años emprendidas para combatir los insectos que dañan los viveros forestales españoles. Estudios sobre vertebrados, en varios lugares de la Península, han dado material para varias monografías sobre peces de agua dulce y aves de España.

Nuestros biólogos terciaron en los Congresos de Copenhague, Estocolmo, Oxford, Londres y Amsterdam, para deliberar sobre temas fisiológicos y anatómicos y cuestiones de oftalmología y poliometitis.

Investigaciones agrícolas.

Las investigaciones de biología vegetal y sus aplicaciones a las ciencias agrícolas han tenido dentro del Patronato «Alonso de Herrera» un amplio y sistemático desarrollo. Ninguna rama del saber humano puede tenerse por independiente y radicalmente aislada de todo otro conocimiento; pero la coordinación de estudios y experiencias es más estrecha en las ciencias biológicas, donde la dinámica, continua y compleja realidad de la vida, es materia de estudio. Por ello, un flexible pero mantenido concepto de unidad en la investigación, compatible con la diversidad de centros, ha presidido estas tareas dentro del Patronato. Este saludable criterio unitario mantiene en equilibrado paralelismo los estudios teóricos, llevados a fina especialización, y las realizaciones prácticas.

Así, en el orden agrícola se ha conseguido obtener semillas selectas de trigo y de maíz, que se han difundido profusamente en los ambientes campesinos. La Estación Experimental de Aula Dei, activa promotora de estos trabajos, ha dedicado también inteligente y esmerada atención a la mejora de algunas especies forestales y a la selección de árboles frutales, de cardinal interés dentro de la economía aragonesa. Y no se descuida tampoco la composición del mapa de suelos de Aragón, sobre todo en las zonas llamadas a nuevo regadío o repoblación forestal. En los mismos temas trabajan la veterana Misión Biológica de Galicia y el bisoño Instituto de Aclimatación de Almería.

La investigación de los oligoelementos, de tan señalada influencia en el estado de las plantas y rendimiento de las cosechas, se comienza con moderna técnica en el Instituto de Edafología, centro que ha dado asimismo principio a estudios sistemáticos sobre la fertilidad de suelos cultivados en zonas próximas a Madrid, con la cuenca del Henares. Todo ello sin menoscabo de la investigación puramente naturalista acerca de la formación de los suelos, que tuvo gran actividad y desarrollo en el año pasado. Prosigue con ritmo constante el Instituto «Celestino Mutis» los trabajos so-

bre la rica flora medicinal española, encaminados al conocimiento de sus principios activos y a la invención de nuevas técnicas de valoración farmacéutica industrial. Con paralela dedicación progresan las investigaciones sobre Fisiología vegetal y Citogenética, en que destaca el estudio de las condiciones para el cultivo de los tejidos vegetales.

Trabajos sistemáticos sobre plantas criptogámicas y fanerogámicas se han continuado en el Instituto «Cavanilles», al mismo tiempo que se estudia el aislamiento de mohos de actividad antibiótica y la identificación de las royas y tizones que afectan a los cereales españoles.

El Instituto de Biología Aplicada se esfuerza en el descubrimiento de productos capaces de impedir la fijación de organismos marinos en el casco de los buques, y trata de hallar los agentes con que combatir radicalmente las plagas de insectos que destroran los pinos, los algodoueros y los fresnos. Las investigaciones sobre el olivo han dado origen a varias comunicaciones presentadas en el Congreso Internacional de Oleicultura.

El Instituto de Microbiología, que ha recibido el nombre ilustre de «Jaime Ferrán», como homenaje a su memoria, ha seguido la ejecución de sus previos planes de trabajo sobre etiología del tracoma y ha estudiado la simbiosis de levaduras y bacterias. Tarea de vivo y fecundo empeño la constituye el aislamiento de levaduras idóneas para la fermentación industrial de productos naturales y los estudios para aprovechamiento de las grasas originadas en las industrias de fermentación.

La creciente actividad investigadora del Patronato «Alonso de Herrera» pide de año en año cauces más anchos y medios proporcionados al desenvolvimiento nacional de sus investigaciones agrícolas. Su relación con las corporaciones locales ha cristalizado en colaboraciones como la establecida con la Diputación de Asturias para promover con técnicos especializados extranjeros la mejora de prados y los trabajos pomológicos, y una serie de construcciones instrumentales están en curso para ampliar los trabajos



de la Estación de Aula Dei, la Misión Biológica de Galicia y el Instituto de Aclimatación de Almería.

Simultánea de la labor realizada en el ámbito nacional es la intensa y autorizada actuación de los centros de este Patronato en los medios científicos internacionales, llevando una lucida aportación española a Congresos y reuniones de estudio. Entre ellos merecen citarse el IV Congreso Internacional de Ciencia del Suelo, celebrado en Amsterdam; el de Botánica, en Estocolmo; el de Genética, en Rieti, y el de Oleicultura que ha tenido lugar en Madrid.

Investigaciones Matemáticas y Físicas.

En el último año, la actividad del Patronato «Alfonso el Sabio» acusa, en conjunto, un avance claro y cierto sobre la labor desarrollada en años anteriores: ha sido mayor la altura en los objetivos, superior la organización en los planes, mejores las realizaciones y creciente el reconocimiento y aprecio internacional para lo ya logrado y para lo que se proyecta en el porvenir.

En la Matemática es considerable el aumento de volumen de publicaciones, con aparición de colecciones nuevas, como la titulada «Conferencias de matemáticas», promovida por el Instituto «Jorge Juan», y asimismo es de anotar la publicación de nuevas revistas, como la que, con el título de «Trabajos de estadística», ha comenzado a editar el departamento de Estadística, cuya labor de organización y desarrollo ha sido verdaderamente ejemplar.

La investigación en Física, Química y Química-Física ha sido muy variada y fecunda. Aparte la feliz continuación de direcciones de trabajo ya habituales, ha surgido un conjunto de nuevas e interesantes tareas. Así, el recientemente creado departamento de Electricidad ha comenzado a funcionar superando las dificultades iniciales, y cuenta ya con sus primeras publicaciones propias, simultáneas de sus primeros contactos internacionales. El Instituto «Daza de Valdés» ha completado con sorprendente prontitud la organización de su nueva y magnífica sede, que inaugurasteis, Se-

ñor, en abril último, y sin perder por ello el ritmo de su intensa actividad científica, siempre atenta a nuevos aspectos de interés científico actual.

Entre las nuevas facetas de la actividad investigadora de este Patronato destaca la atención que sus centros especializados dedican a los problemas de la moderna ciencia nuclear; esta atención comienza ahora a dar fruto en realizaciones tales como el curso de Física nuclear aplicada, organizado por el Instituto «Daza de Valdés», o las instalaciones iniciales de Radioquímica, dispuestas por el Instituto «Rocadolano». También el cultivo de la espectroscopia molecular sienta sus jalones previos en este Patronato para una labor de empeño. La preocupación por los problemas de cálculo electrónico arraiga en los Institutos «Alonso de Santa Cruz» y «Jorge Juan» y figura con interés propio en los planes iniciales trazados por el Departamento de Electricidad, augurando así para la novísima ciencia de la Cibernética un creciente desarrollo en el Consejo.

Nuevas investigaciones sobre Química orgánica teórica y materias orgánicas naturales, se inician, con sus necesarios instrumentos teóricos y experimentales, en el Instituto «Alonso Barba», que al mismo tiempo prosigue una eficaz labor colectiva con el trabajo de su extensa red de secciones provinciales, modelo de expansión nacional de un Instituto. Fruto y exponente de toda esta labor, en lo que tiene de sostenida continuidad y de adelantadas novedades, ha sido la III Reunión Nacional de los Institutos de Física y Química, que, fusionada con la VI Reunión de la Real Sociedad Española de Física y Química, se celebró en Zaragoza durante el pasado mes de octubre con éxito digno de la vitalidad allí manifestada.

También los estudios de Geología y Geofísica y las áreas de los Observatorios astronómicos del Patronato han seguido su marcha ascendente. Así, la Sección de Cristalografía y Mineralografía del Instituto «Lucas Mallada», al rebasar en su crecimiento los límites funcionales como tal sección, ha pasado a constituir un departamento de Cristalografía y Roentgenología, a la vez que na-

cía, bajo inmejorables auspicios, la Asociación Española de Cristalografía, entidad relacionada principalmente con el nuevo departamento y con las secciones de Rayos X del Instituto «Alonso de Santa Cruz». El Instituto Nacional de Geofísica está realizando un amplio plan de reorganización para nuevas empresas investigadoras que añadir a los trabajos ejecutados hasta ahora con regularidad admirable. Los Observatorios astronómicos se aprestan con eficaz entusiasmo a estudiar el eclipse de sol que durante este año podrá registrarse en Guinea, y a cuya observación, por primera vez desde 1914, ha sido oficialmente convocada España.

El creciente sentido orgánico en la labor del Patronato «Alfonso el Sabio» no se ha limitado a intensificar la colaboración entre sus centros, sino que se ha proyectado hacia otros Patronatos del Consejo. Además de las íntimas relaciones ya tradicionales con el Patronato «Juan de la Cierva», ha surgido, como hecho interesantísimo, la participación de destacados miembros del Patronato en las tareas del Instituto «Luis Vives», de Filosofía, a través de la Sección, recientemente constituida, de Filosofía e Historia de la Ciencia.

Al mismo criterio amplísimo de colaboración y fecunda ósmosis responde el intercambio de los Institutos del Patronato con organismos extranjeros análogos, relación que en 1950 ha llegado a términos de plenitud. La incorporación al Patronato «Alfonso el Sabio», como consejeros de honor, de varias primeras figuras de la ciencia física y matemática, constituyó un primero y sazonado fruto de las inolvidables jornadas del X Pleno del Consejo, y si se vuelve la vista a los numerosos cursos y conferencias desarrollados aquí por profesores de otros países, a la ininterrumpida participación de sus miembros en Congresos y reuniones internacionales y al constante envío de pensionados a centros extranjeros de investigación, puede afirmarse con orgullosa certeza que el Patronato «Alfonso el Sabio» goza actualmente de apoyo, amistad y prestigio entre las instituciones científicas más autorizadas de Europa y América. Muestra de ello, digna de consignarse, es el recibimiento hecho a los representantes de este Patronato en el

gran Congreso Internacional de Matemáticas celebrado en Cambridge, de Estados Unidos, durante el pasado mes de septiembre, y la acogida dispensada en la Comisión Internacional de Óptica, dependiente de la Unión Internacional de Física Pura y Aplicada, reunida en Londres durante el mes de julio, que tomó por unanimidad el acuerdo de nombrar vicepresidente de tal Comisión al director de nuestro Instituto «Daza de Valdés».

Investigaciones técnicas.

Bajo la sabia y diligente dirección de mi compañero de Gobierno el ilustre ingeniero don Juan Antonio Suanzes, el Patronato «Juan de la Cierva», de Investigación Técnica, ha orientado los trabajos de ciencia aplicada en tres direcciones fundamentales: búsqueda de nuevas materias primas españolas para la industria, y estudio de las características tecnológicas de las ya conocidas; investigación de procesos técnicos de interés nacional, y colaboración con la industria privada y con otros centros en problemas concretos.

Este año se ha ultimado el programa de sondeo para el reconocimiento de criaderos de hierro en Vizcaya y se han comenzado idénticas investigaciones en Asturias. Se realiza un estudio sistemático de los carbones asturianos para llegar a la entera clasificación de nuestros factores de producción y de sus reservas, y en Aragón se ha completado la ficha analítica de los carbones, mientras se ensaya el comportamiento de los lignitos aragoneses por destilación a baja temperatura, puesta la mira en obtener informes acerca de su composición y posible aplicación industrial.

También en el estudio de los yacimientos arcillosos españoles se ha registrado un notable avance y se ha proseguido con palpable resultado la investigación de las características tecnológicas de estos materiales para su empleo como decolorantes, catalizadores y materia prima de la industria cerámica. Importantes han sido también las investigaciones sobre el coeficiente de seguridad en las distintas obras, las correspondientes a vigas o elementos de hor-

migones presentados al estudio experimental de las diversas fábricas de ladrillos. Gracias a la generosa actitud de mi insigne amigo, compañero de Gobierno, el Ministro de Obras Públicas, don José María Fernández Ladreda, el Instituto de la Construcción y el Cemento contará con una organización que le permitirá dar un mejor impulso a sus realizaciones. Hay que consignar, en honor del «Torres Quevedo», la perfección técnica y el primor artístico logrados en la construcción del micrófono que el Presidente de las Cortes, en nombre del Caudillo, hizo llegar al Padre Común con motivo de la Definición Dogmática de la Asunción de Nuestra Señora. En los estudios encaminados a la obtención de gutapercha, son de señalar los trabajos sobre el cultivo de la «Evonymus Japonica», en donde se ha llegado a precisar las condiciones más adecuadas para la multiplicación del arbusto y al conocimiento de sus formas de mayor rendimiento. Dentro de este amplio sector de problemas científicos en torno a las materias primas de naturaleza vegetal, se han proseguido tareas experimentales sobre el cultivo de la «Asclepia Siriaca» y los estudios químicos sobre su rendimiento en caucho y resina, que permite ya obtener, por hectárea, 407 kilogramos de caucho resinoso y un rendimiento medio de las hojas de caucho de 6,61 por 100 en el tercer año, y 175 kilos de aceite. También los trabajos para el aprovechamiento de las cañas de maíz y de la paja y cascarilla del arroz; han conducido a resultados prácticos industriales en la fabricación de levaduras-pienso y en la obtención de xilosa, así como la preparación y estudio de las melazas procedentes del líquido de prensado de los subproductos de la naranja, de la toronja y del limón.

Nuestra considerable riqueza pesquera está siendo objeto de especial atención investigadora: en los laboratorios costeros de Blanes, Castellón y Vinaroz se han realizado biometrías de las especies económicas fundamentales en cada zona, con el fin de conocer exactamente su ecología y sus condiciones biológicas de desarrollo, puesta y poblaciones. Se prepara también el desenvolvimiento de estas investigaciones en las costas de Galicia.

Entre los temas de realización técnica que han sido objeto de

preferente atención en el pasado año están las investigaciones sobre sinterización y fundición gris, obtención de semicok para el aprovechamiento de ciertos carbones nacionales, soldaduras, productos cerámicos de interés industrial, materias plásticas y resinas. Los trabajos realizados en física electrónica han conducido a la obtención y registro de siete patentes de invención, y los estudios sobre la aceituna y el aceite de oliva han dado también origen a nuevas patentes industriales, que vienen a ser contraste objetivo y cierto de la eficiencia investigadora.

En el pasado año ha terminado el establecimiento de la estación-piloto de sinterización y han comenzado los primeros ensayos. Se trabaja en el estudio de la soldabilidad de los aceros inoxidable austeníticos, en los aspectos físicoquímicos de la soldadura del cobre, y se han realizado experiencias sobre la corrosión de soldaduras y las características mecánicas de las uniones soldadas. El trabajo de investigación sobre dieléctricos de esteatitas ha permitido obtener materiales de características mecánicas, térmicas y eléctricas de idóneo empleo industrial.

Actualmente se ensayan también métodos económicos para lograr el empleo de resinas combinadoras de iones de propiedades adecuadas en el desendurecimiento de aguas, y las investigaciones sobre obtención de resinas acrílicas han tenido un importante impulso con el uso de ácidos sulfínicos como catalizadores de polimerización.

En la colaboración establecida con la industria privada y otros centros de trabajo, hay que destacar la cooperación con la Sociedad Metalúrgica Duro Felguera para los estudios sobre coquización y la relación mantenida con el centro de investigaciones de la Empresa Nacional «Calvo Sotelo» de combustibles líquidos y lubricantes, cuyos modernos y eficientes laboratorios inaugurasteis, Señor, no hace todavía mucho tiempo, en cuyas instalaciones semiindustriales se desarrollan principalmente investigaciones sobre destilación de combustibles y obtención de carburantes, lubricantes, fertilizantes y aprovechamiento de residuos agrícolas, lográndose con ello las primeras instalaciones de este tipo y magnitud

realizadas en España, y que, en sus comienzos, son honor y gala de nuestro renacer industrial y científico.

La creciente y resuelta actividad del Patronato «Juan de la Cierva» —exponente de su poderoso y maduro crecimiento— no agotó sus energías en el copioso caudal de tareas que acabo de enumerar en rápida revista: hay además en el haber de este Patronato directrices generales de trabajo que pueden cifrarse en el constante cuidado de procurar la máxima vinculación con la industria nacional, en el certero afán de mejorar la formación de los técnicos investigadores y en la generosa y eficaz disposición para ayudar el fomento de la investigación pura, escalón necesario y previo en el desarrollo de toda técnica aplicada.

Investigaciones locales y estudios geográficos.

Cuando en 1939 fundasteis, Señor, este Consejo de Investigaciones, sólo se componía de los seis Patronatos cuya actividad he reseñado someramente; pero el aumento vivo y real de los trabajos científicos hizo necesaria la organización de los Patronatos «José María Quadrado» y «Diego de Saavedra Fajardo», y obligó a preparar el establecimiento de centros investigadores que fuera del solar español tuviesen Delegación del Consejo. La tarea de estos nuevos organismos es más corta en el tiempo, pero no en la energía laboriosa ni en la madurez doctrinal de su obra.

Las investigaciones locales han seguido su normal desenvolvimiento, sumando al estudio de la cultura española un cuantioso caudal de noticias geográficas, históricas y literarias. A estas tareas del Patronato «Quadrado» se han incorporado el año último el Instituto de Estudios Manchegos, el Museo de Pontevedra y el Instituto de Estudios Ibicencos. Es digna de señalarse la aparición de los primeros libros y revistas editados por la Institución «Alfonso el Magnánimo», de Valencia, que mantienen un relevante decoro técnico; y ha de anotarse asimismo la publicación de la revista «Murgetana», de la Academia Alfonso X el Sabio, de Mur-

cia, y de la revista «Argensola», del Instituto de Estudios Oscenses, nuevos instrumentos ofrecidos a la investigación local.

En el Patronato «Saavedra Fajardo» destaca la sostenida actividad del Instituto de Estudios Africanos, que, mediante una copiosa serie de monografías, prosigue su labor de estudio acerca del continente africano. San Sebastián acogió la reunión del I Congreso Internacional de Pireneístas, numeroso en la concurrencia y denso en los trabajos. Esta asamblea, de verdadera trascendencia científica y cultural, es fruto brillante y normal de una oscura y eficaz labor, desarrollada desde hace varios años por el Instituto de Estudios Pirenaicos. La Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, en Santander, y la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, han añadido un curso más a su tarea científica y de relación con los investigadores de otros países, misión a la que se asocia con ejemplar vitalidad el Patronato de Cursos para Extranjeros, que en el año 1950 ha recibido una matrícula superior a los dos millares de alumnos.

También he de traer aquí, Señor, la jubilosa noticia de los primeros pasos sabiamente recorridos, por la Delegación del Consejo en Roma. La gran urbe eterna, es firme luz de la Cristiandad y guarda aún en el tesoro de su arte y de su historia noble rastro del generoso influjo de España: no podíamos estar ausentes de este grande y activo foco de cultura, y hace algunos meses que el Consejo de Investigaciones tiene sede abierta en la ciudad romana. De la necesidad de esta fundación certifican los hallazgos logrados en tan corto tiempo, entre los que destaca la identificación del Códice Lucense de los Concilios toledanos, que data del siglo IX: a ellos han de añadirse, el renovador y documentado estudio, ya terminado, sobre los jardines reales y palacios de Felipe II; la catalogación de los papeles y libros españoles existentes en las bibliotecas de Roma; y las investigaciones sobre el origen estilístico de las iglesias de Jesuitas, que fueron cabeza de un largo y original linaje arquitectónico.»

Los consejeros fallecidos.

A continuación, el señor ministro dedicó un emocionado recuerdo a los consejeros excelentísimos señores don Juan Marcilla, don Arturo Caballero Segares, don Victoriano Colomo Amarillas, don Esteban Terradas, don Carlos Mendoza y Sáez de Argandoña, profesores A. Eücken y G. W. Robinson, don Juan Francisco Yela Utrilla, don Julio de Urquijo e Ibarra, don Armando Cotarelo Valledor y don Blas Taracena Aguirre, fallecidos después de la celebración del pasado pleno.

Ambición Nacional.

«Dos grandes ideales, Señor, presidieron la fundación del Consejo: dar a la ciencia española un entrañado valor nacional, y dotarla de dimensión y vigencia universales. Valía entonces nuestra esperanza mucho más que nuestra realidad, y hoy, desde la cima laboriosa de diez años vividos en la investigación, vemos ya que las realidades son muchas, y que dichosamente no sabemos renunciar a nuestra esperanzada ambición. Porque si el Consejo Superior de Investigaciones Científicas significa algo en la vida española, no es por los ciento quince Institutos que mantiene abiertos, ni por sus ochenta revistas, ni por los mil doscientos títulos editados. El valor del Consejo, más que en el hecho pasado y muerto, y en la idea seca y lejana, estriba en la operante vida interna, que le hace crecer y desarrollarse cada día, con el tenaz y teresiano «poco a poco». La labor ya rendida nos alienta, pero no nos satisface, porque nuestro trabajo no fluye para llenar la medida de ninguna vanidad personal, sino para fundirse en la poderosa corriente de la vida histórica de España.

La valoración de nuestra cultura y el rendimiento de nuestros recursos naturales piden un incansable estudio, que renueve sin descanso en nuestros ojos la transparencia y hondura del conocimiento teórico, y en nuestras manos, la caliente eficacia de las técnicas aplicadas. No espera el Consejo Superior de Investigacio-



nes ser el factor único de tan cardinales trabajos, y por ello, desde sus orígenes, asoció su labor a la tarea de la Universidad y de las Escuelas de Ingeniería. Los planes universitarios mantenían la docencia doctrinal, disociadas del estudio de sus aplicaciones, y la enseñanza técnica superior no tenía preceptuada relación alguna con la investigación teórica y creadora: el Consejo, desde entonces, en colaboración con todos, ha procurado remachar el enlace de la teoría y la técnica, eslabones fundamentales de toda plenitud histórica. Nuestra obra corporativa está abierta todavía, y lo estará siempre, a toda mejora, y sedienta de toda perfección; pero los resultados de un decenio de trabajo científico atestiguan que nuestro esfuerzo no ha quedado baldío.

Valor del hombre español.

La frecuente y autorizada contribución del Consejo a las tareas científicas internacionales, a través de Congresos y Asambleas, nos ha mostrado la considerada estimación que el mundo culto tiene para la Ciencia española, pero sobre todo nos asegura del valor alto y decisivo que con su contribución científica ha manifestado el hombre español.

Los hechos que expuse al comienzo de esta disertación nos dicen con inapelable afirmación que nuestro siglo XIX había enturbiado la tradición espiritual de España y roto y malbaratado los instrumentos de su formación intelectual. Sólo en los albores de nuestro siglo se remozan nuestros métodos de investigación, y se renuevan nuestros medios instrumentales. Pero el trabajo científico exige algo más que la breve llamarada del genio: pide hábitos mentales y experiencia técnica remansada en el magisterio de varias generaciones.

Parecía preciso que el paso fortalecedor del tiempo actualizase la capacidad investigadora del hombre español, y, sin embargo, los cincuenta años transcurridos en el siglo XX son, entre nosotros, mucho más que un compás de espera: bastantes de los grandes nombres que titulan nuestros Institutos son de investigadores que

han triunfado en la Ciencia, con tradición y medios escasos. Ved, Señor, cuál será la anchura de nuestra esperanza en estos años, en que nuestros laboratorios comienzan a estar a la altura de los establecidos por cualquier país de Europa o América y en que nuestras Bibliotecas se nutren con la información de las revistas recientes y de los últimos libros escritos.

El hombre español de nuestros días, seguro de su providencial destinación en el agrario, pero grandioso, tiempo que le toca vivir, y dotado de medios y sistemas de investigación, no dejará, Señor, pasar ante su puerta la iluminada y cierta ocasión de llevar, una vez más, al campo vivo de la cultura universal y humana, los dones de su cristiana personalidad indomable y libre, de su militante celo por la Verdad y de su manera sobria, trascendente y religiosa de entender la vida.»

Concesión de premios.

A continuación, el secretario del Consejo dió lectura, seguidamente, al acta de concesión de premios, que son los siguientes:

Disciplinas de Letras.—Premio Francisco Franco, de 50.000 pesetas, a don Angel Fábrega Gráu, de Barcelona, por su trabajo «El Pasionario Hispánico».

Premio Raimundo Lulio, de 20.000 pesetas, al trabajo «Episcopología de las sedes del reino de León durante el siglo X», de don Antonio Palomeque, de Barcelona.

Premio Antonio Nebrija, de 20.000 pesetas, al trabajo «Las industrias del sílex tarraconenses», de don Salvador Vilaseca Anquera, de Reus.

Premio Luis Vives, de 20.000 pesetas, al trabajo «La lucha por el Mediterráneo y la diplomacia de Jaime II en torno a Cerdeña», de don Vicente Salavert Roca, de Barcelona.

Premios Menéndez y Pelayo, de 5.000 pesetas cada uno, a los trabajos siguientes: «Concepto y estructura de la historia universal en la obra de Shakespeare», de don Rafael Ballester Escalas, de Barcelona; «La ribera tudelana de Navarra», de don Alfredo

Floristán Sámanes, de Zaragoza; «Gandía y su huerta», de don Vicente Porfirio Fontavella González, de Zaragoza, y «Contribución al estudio del escritor hispanojudío Bahya Ibn Paquda», de don Carlos Ramos Gil, de Granada.

Disciplinas de Ciencias.—Premio Francisco Franco, de 50.000 pesetas, desierto.

Premio Alfonso el Sabio, de 20.000 pesetas, al trabajo «Investigaciones sobre elasticidad bidimensional», de don Federico Goded Echevarría, de Oviedo.

Premio Ramón y Cajal, de 20.000 pesetas, al trabajo «Estudio de la angioarquitectónica de los tumores encefálicos», de don Wenceslao Calvo Garra, de Requena (Valencia).

Premio Alonso de Herrera, de 20.000 pesetas, al trabajo «Fauna lepidopterológica almeriense», de don Ramón Agenjo Cecilia, de Madrid.

Premios Leonardo Torres Quevedo, de 5.000 pesetas cada uno, a los trabajos siguientes: «Productos metabólicos de varias especies del género penicillium», de don Juan Antonio Galarraga Ituarte, de Madrid; «Asociación molecular en vapores de alcoholes», de don Andrés Pérez Masía, de Madrid; «Espacio proyectivo con base dada por una infinidad numerable», de don Antonio Plans Sanz, de Bremon, y «Estudio del poder antidiurético en los humores de los enfermos con edemas», de don José Campistol Vila, de Gerona.

Premios del Patronato Juan de la Cierva: Primero, individual o colectivo, de 40.000 pesetas, desierto; segundo premio, individual o colectivo, de 20.000 pesetas, al trabajo «Cilindros excéntricos y arcos biarticulados», de don Federico Goded Echevarría. El primero y el segundo premios de equipo, de 40.000 y 20.000 pesetas, respectivamente, se declaran desiertos.

Las publicaciones del Consejo.

A continuación, como en años anteriores, S. E. el Jefe del Estado, recibió las obras publicadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el curso precedente, que le fueron

entregadas por los directores de los respectivos Institutos y organismos generales. Dichas obras representan una estimable labor científica y corresponden a 89 autores de distintas especialidades. Los libros están cuidadosamente encuadernados.

* * *

Acto seguido Su Excelencia declaró clausurada la XI Reunión anual del Pleno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y levantó la sesión. Después, en unión de los ministros y autoridades, se trasladó a los Institutos de Física, Química y Física-Química «Alonso Barba», «Alonso de Santa Cruz» y «Antonio de Gregorio Rocasolano», respectivamente, donde fué recibido por los directores de estos Centros, señores Casares Gil, Lora Tamayo y Foz Gazuya. La visita duró cerca de una hora, y a la salida, Su Excelencia fué despedido con los mismos honores que a su llegada, entre las aclamaciones del público, que se hallaba congregado ante el edificio.

EXPOSICIÓN DE ARTE BURGALÉS EN MADRID

Burgos ha enviado los objetos más representativos
y valiosos de su rico acervo artístico e histórico

EN LA INAUGURACIÓN DEL CERTAMEN PRONUNCIÓ UN MAGNÍFICO
DISCURSO DON PEDRO ROCAMORA

La Academia de Bellas Artes de San Fernando ofrendó
al Ayuntamiento castellano la Medalla de Honor

A requerimientos de la Dirección General de Propaganda, la ciudad de Burgos, cabeza de Castilla, envió a Madrid los objetos más representativos y valiosos de su rico acervo artístico e histórico para que puedan ser admirados por los madrileños. Quería Burgos, con su aportación espiritual, mostrar su gratitud a la capital española por el homenaje de que había sido objeto al recibir de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando la Medalla de Honor del año 1949, premio que se otorga anualmente a la entidad oficial y particular que más se haya distinguido en el enaltecimiento de los valores históricos y artísticos de nuestra nación.

La Exposición instalada en los salones de la Sociedad Española de Amigos del Arte, se divide en dos grandes secciones: arte

retrospectivo y arte contemporáneo. Una perfecta reproducción de la Puerta de los Romeros del Hospital del Rey, de Burgos, da paso al certamen. En el patio del edificio, numerosos mástiles lucen los estandartes de los caballeros burgaleses de los siglos XIV, XV y XVI, tomados del Libro de Caballeros de Santiago.

Entre las incalculables bellezas y tesoros que figuran en la Exposición, valorada en 300 millones de pesetas, figuran el famoso cofre del Cid; la Biblia de Maguncia, incunable de 1500; la Cruz de las Navas, regalo de Alfonso VII a las Huelgas; un pendón conquistado a los moros en aquella batalla, y otros cuatro de la de Lepanto; esculturas prodigiosas de Gil y Diedo de Siloe; el magistral frontal de Silos, pieza casi única por su calidad en el mundo; incunables bellísimos, como una edición de Venecia del 31 de diciembre de 1500, que puede ser considerado como el último de los incunables conocidos; el bellísimo «Libro de los Caballeros de Santiago», con retratos miniados de los cofrades de los siglos XIV, XV y XVI; arquetas, altares, cuadros y trípticos castellanos de Berruguete, de escuela de Memling, de maestros castellanos en riquísima muestra de nuestro arte primitivo.

Capas del Concilio de Basilea, cálices, cruces, ornamentos... La religión, la Historia y el Arte de mil años resumidas en la muestra difícilmente igualable que duerme en las tierras del Burgos multiseccular, raíz de Castilla.

Discurso de don Pedro Rocamora

En la tarde del lunes 22 de enero de 1951 fué inaugurada la Exposición por el ministro de Educación Nacional, que, acompañado del capitán general de Burgos, alcalde, presidente de la Diputación, arzobispo y demás autoridades y personalidades de aquella ciudad llegadas a Madrid, recorrió las salas, admirando y haciendo grandes elogios de la Exposición.

Al acto asistieron también el presidente de la Academia Española, don Ramón Menéndez Pidal; el de la Academia de Bellas

Artes, don Aniceto Marinas; el alcalde y el presidente de la Diputación de Madrid y otras muchas destacadas personalidades y representación de la colonia burgalesa.

En la sala del cofre del Cid, el director general de Propaganda, don Pedro Rocamora, pronunció un importante discurso.

«Como los antiguos trujimanes que en las plazas públicas de España relataban, exhibiendo un cartel adornado de dibujos ingenuos, legendarias historias de amor o de guerras, así yo me adelanto a la sombra de esta Exposición para ser a la vez pregonero y trovador de ese trozo de la Historia de España que hoy está aquí, vivo y palpitante, cuyas glorias deberían ser hoy cantadas a los acordes y al ritmo de las mejores canciones de nuestro Romancero.

Sólo así, con ese sencillo acento de pregón popular, quisiera yo que fueran interpretadas mis palabras de hoy, en las que la elocuencia no serán ciertamente el pórtico de este acto, pues tratándose de una conmemoración en la que se presenta, monumental y rediviva, el alma de Castilla, sería torpe profanar aquel viejo principio castellano según el cual los hombres de esta tierra son largos para hacer sus hazañas y breves para contarlas.

Una cortesía de Burgos

El motivo de esta Exposición es un acto de cortesía, una delicada retribución con que Burgos quiere agradecer a Madrid el homenaje que hace apenas unas horas la capital de España le ha brindado, a través de esa simbólica Medalla de oro que la Academia de Bellas Artes ha ofrecido a Burgos, como el más dulce requiebro de la amistad y de la admiración.

Para responder a este piropo de Madrid, Burgos ha quebrantado la clausura de sus viejos Monasterios, donde se guardaban las banderas heroicas de la Reconquista; ha trasplantado de paisaje los retablos de sus conventos, las imágenes de sus iglesias, los tesoros de su Catedral. Y aquí ha traído, junto con ellos, las reli-

quias de los mejores orfebres de Castilla, las joyas de sus imagineros, los lienzos de sus pintores antiguos y modernos, como dándonos a entender que esa Medalla que, como una flor de oro, la Academia ha lanzado a sus pies, es algo más que una Medalla: una palma de triunfo bien merecido, con que Madrid, capital y corazón de España, ha tiempo que debía haber rendido el tributo de su mejor homenaje al espíritu, al arte y a la Historia de Burgos, Cabeza de Castilla, ciudad de vanguardia fronteriza y adelantada en la defensa tenaz del honor de la Patria.

Orgullo y salvaguardia de la Patria

Tal es la significación de este acto. Pero sería lamentable perder la oportunidad de subrayar en estos momentos esa dimensión simbólica que está aquí, flotando como un aire impalpable más allá y por encima del espacio físico que ocupan estas joyas históricas que aquí se exhiben. Para mí, todas ellas son no cuerpos aislados que pudieran considerarse independientes, sino como elementos del gran friso épico donde la Historia de Castilla graba, siglo a siglo, con letras de oro, las fechas y los nombres de nuestras más felices jornadas de gloria.

Así, un estandarte recuerda una batalla; una espada, una victoria; una lanza rota en el fragor del combate, el dolor de la muerte; el guante de un caballero, la gracia lírica de un desafío de amor; el tenebrario, la angustia teológica de un monje; un manto de púrpura, acusa la soledad y las lágrimas de una reina.

Todo esto es así porque es el recuerdo de la vida lo que da valor a la presencia muda que acusa que un día tuvieron cerca de sí el calor que infundieran la pasión, el heroísmo, el sacrificio o el dolor de los seres que junto a ellos supieron vivir y morir.

Y es que cada objeto que prevalece contra el transcurso de los años sobre la tierra, nos brinda siempre una emocionada referen-

cia a un trozo palpitante de la vida que le fué contemporánea. Las cosas no son nada por sí mismas, sino por lo que significaron para el hombre que de ellas hicieron el estímulo de sus empresas y que unas veces fueron sojuzgadas por la mano del hombre como botín, otras aireadas a los cuatro vientos como trofeo y otras una fe conservada en ese recinto íntimo donde el hombre guarda aquellas cosas santas que son las reliquias de su pasado y de su gloria.

Por eso, aquí, detrás de estos Cristos burgaleses, acardenalados y oscuros y como diría don Miguel de Unamuno corneados por la lanza en esta trágica tauromaquia de la tierra, detrás de estos estandartes heroicos que enardecieron el ánimo de aquellos guerreros de Castilla que supieron pelear como leones, más allá de esos países azulados que se descubren a través de los góticos ventanales, en las tablas de Berruguete, por encima de este mundo fabuloso de tapices, cálices, esculturas, frisos, retablos, códices y altares, se alza como desenterrada de su olvido, la presencia ejemplar, admirable y aleccionadora de un pueblo que, al frente del destino heroico de Castilla, ha sido, es y será siempre, por la providencia de Dios, el honor, el orgullo y la salvaguardia de la Patria.

La eterna lección del Cid

Tal es el carácter simbólico de este acto. Pero de aquí se desprende, además, una lección moral que sobrepasa las condiciones de todo certamen de carácter artístico. Porque todas estas huellas de la Historia de España proclaman, en medio de ese mudo silencio que dan los siglos, al calar como una lluvia de ceniza sobre la tristeza de las cosas, su ejemplo vivo, para los que hoy las contemplamos.

Por encima de todo, destaca la perenne lección que nos da la figura burgalesa y españolísima de nuestro Cid. Henos aquí, junto al cofre del Cid, al cofre que el Cid ofreció lleno de monedas de oro para dárselo a los judíos y que luego, al ser entregado y apare-

cer lleno de arena, dió origen a aquel romance que ponía en labios del Campeador estas palabras de dolido acento español, a los mensajeros que habrían de llevárselo :

*Y decidles de mi parte.
que me quieran perdonar
porque cuitado lo fice
de mi gran necesidad.*

*Que si es verdad que de arena
llenas las arcas están
quedó sepultado en ellas
el oro de mi verdad.*

Al Cid le duele su engaño, porque sabe que la verdad de su palabra vale tanto como el oro mejor acuñado de Castilla.

Yo he llegado, incluso, a pensar que el Romancero, glosando popularmente aquella parte del poema en que se habla de este suceso, no ha captado el verdadero sentido lírico de la escena, porque, en fin, yo me inclino a creer que ciertamente el Cid devolvió su oro contante y sonante a los judíos, pero así como, en los designios inexcusables de la Providencia, Dios puede hacer que en las manos de una reina los panes se conviertan en flores, también pudo ser posible el milagro de que el oro destinado a colmar la codicia de los judíos, para ejemplo y castigo de la avaricia universal se convirtiese paradójicamente en un cofre de pobre arena de Castilla.

La eterna lección del Cid es un código de españolismo radical, porque el Cid es, antes que nada, el ejemplo representativo del caballero cristiano español, que si *Don Quitoje* pudo ser el Cid del amor y la justicia, Rodrigo Díaz de Vivar fué el *Don Quijote* de la guerra, del heroísmo y de la lealtad política, realizada hasta el límite supremo de la abnegación: Fué héroe, porque antes supo ser hombre; por eso, su vida humana estuvo llena de profunda ternura y de asombrosa autenticidad. Ninguna escena tan

españolamente cristiana y familiar como la que describe el Poema de la despedida de San Pedro de Cardena :

*«Ya Doña Jimena — mi mujer tan complida
Como a la mi alma — yo tanto vos quería
Ya lo vedes que partir nos hemos en vida
yo iré y vos — fincareis remanida.
¡Plega a Dios — e a Santa María
Que aun con mis manos — case estas mis fijas
e aun quede ventura — y algunos días vida
y vos mujer honrada de mi seais servida!»*

La herencia del Campeador ha movido a España a sus mejores empresas

Ninguna figura legendaria de la Historia ha tenido tanta fuerza de humanidad como la del Cid. Por esto, importa subrayar en este momento difícil de la Historia del mundo, que sólo las grandes empresas militares pueden alcanzarse con caracteres de epopeya nacional en aquellos pueblos donde los hombres, dentro del equilibrio de un hogar cristiano, educan y templan su alma en el ejercicio de aquellas nobilísimas virtudes que dentro de la vida familiar crean en el espíritu de los hombres el clima propicio para que un día, en un duro campo de batalla, puedan poner a prueba el arraigo de los sentimientos del honor, de la fidelidad, de la abnegación y del sacrificio, que son las piedras angulares que sostienen la limpia y secular arquitectura de la familia cristiana.

Y, junto a esta lección moral, una meditación política a la que nos lleva la contemplación de estas joyas monumentales donde si el pensamiento hubiera buscado un concepto que resumiese de manera expresiva el conjunto de virtudes políticas, castrenses, de fidelidad que constituyen el nervio y la raíz del alma española, de ningún modo hubiera podido expresar mejor todo ese repertorio de esencias raciales que nos caracterizan que ese título general de «La herencia del Cid».

La herencia del Cid, señores, es la que ha movido a España a sus mejores empresas a lo largo de los siglos. Un pueblo que se sabe depositario de un caudal tan fecundo de virtudes, no puede sentirse indiferente ante el imperativo de sus destinos, porque lo cierto es que los pueblos nunca se mueven y viven al azar. Hay un sino irremediable y providencial que les impulsa y los conduce. En último término, en esto consiste el sentido de misión que sienten como un mandato de la Historia los pueblos que no quieren profanar la grandeza de su pasado.

La herencia del Cid, es decir, su espíritu caballeresco, su alto sentido de la lealtad y de la disciplina, su vocación a las empresas militares que parecieran más audaces, la austeridad de su vida, su santa y castellana pobreza, todo ello parecía conservarse como una reliquia en aquel sepulcro donde se guardaban los restos mortales del Campeador. Por eso, cuando el extranjerismo de la política española inauguró el período sombrío de nuestra decadencia, los que se olvidaron del sino histórico y de la misión providencial de España, afirmaron que había que cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid. Aquella monstruosidad era sólo propia de los hombres sin linaje, de los que no se sienten continuadores de esa ejecutoria que dan la sangre y la raza, de los que sólo piensan en el futuro, porque teniendo ellos una mala y corrompida progenie les avergüenza volver los ojos al pasado y que para los españoles honrados es el recuerdo de nuestros mayores, la orden y el mandato de honor y dignidad que nos dictan a cada hora nuestros muertos y, por encima de todo, señores, el respeto a la tradición y el santo y españolísimo temor de Dios.

*Franco recibió la antorcha
de fe, justicia y heroísmo que
fué luminaria del Campeador*

El siglo XIX se avergonzó de esta herencia del Cid y España padeció penosamente esta humillación y esta afrenta hasta que un alborar del mes de julio de 1936, cuando el trigo era en Castilla



«Cristo», de Diego de Siloé.—Siglo XVI. (Catedral de Burgos.)



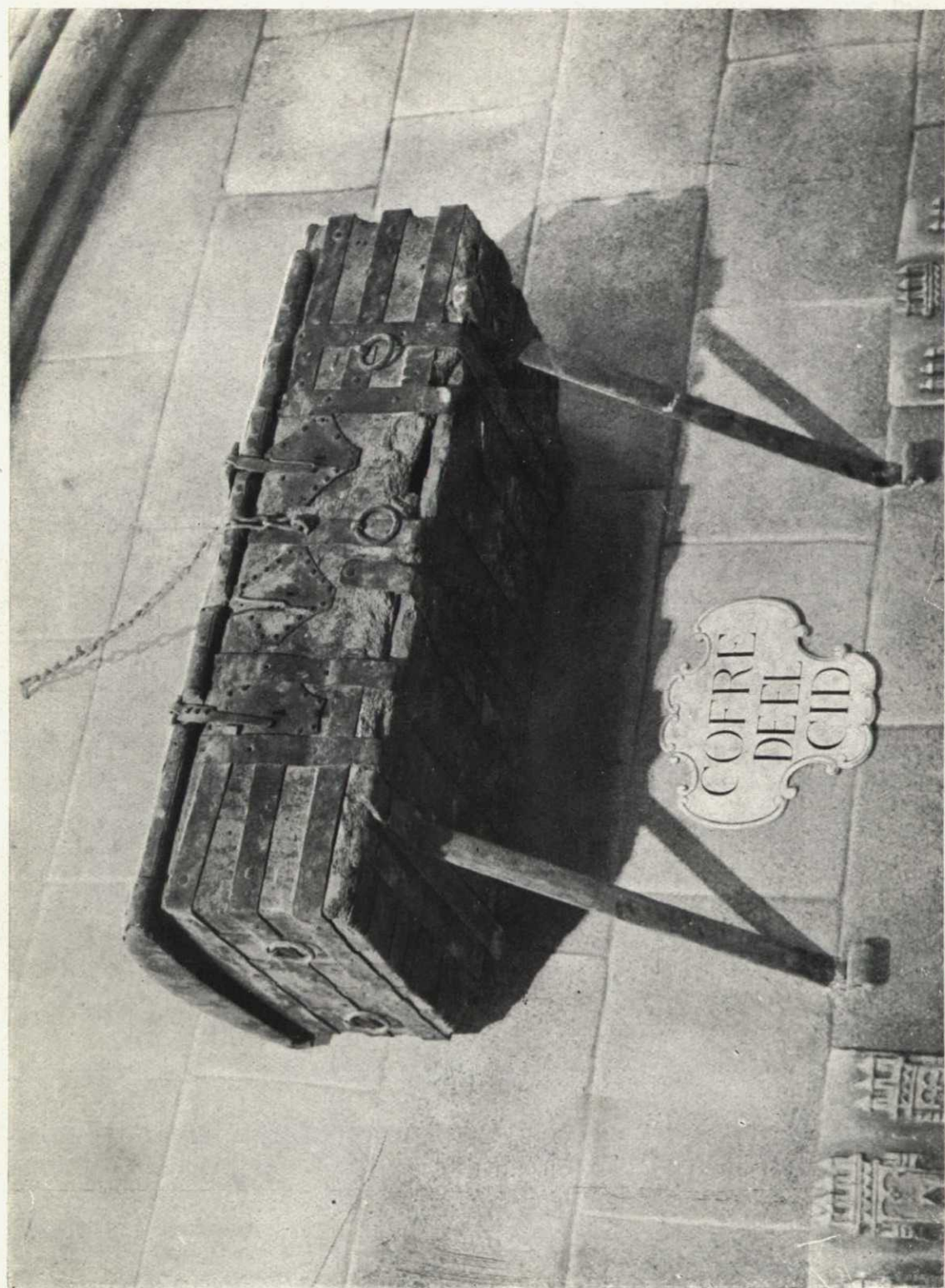
«Piedad».—Talla en madera de autor anónimo.—Siglo XV.—Parroquia de Santa Agueda (Santa Gadea), de Burgos.



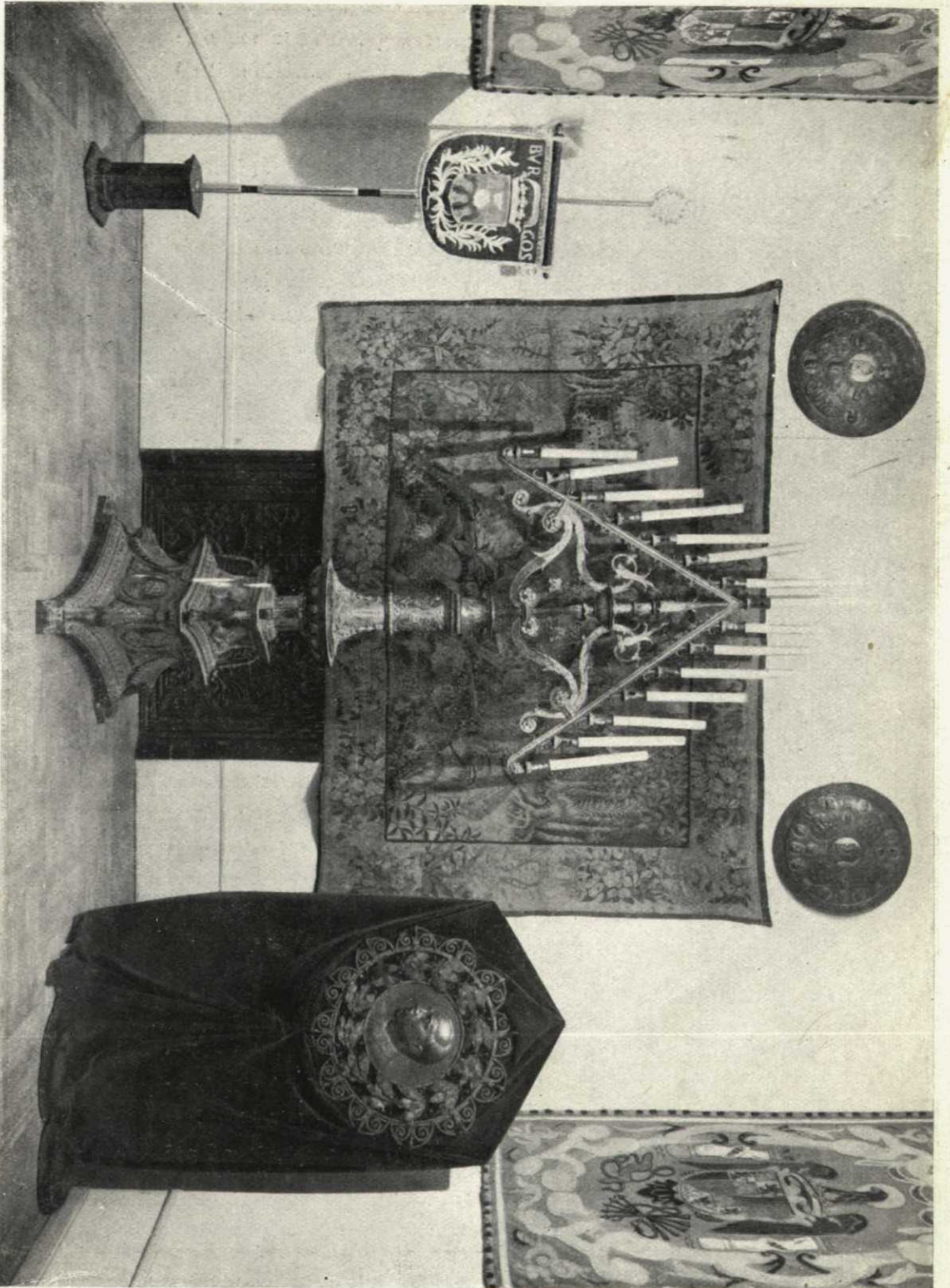
«San Sebastián».—Escultura en mármol de Diego de Siloé.—Siglo XVI (parroquia de Barbadillo de Herreros).



Capa morada de San Miguel de Pedroso, conservada en el Museo de la Catedral de Burgos.—Siglo XV.



El cofre de El Cid.



Tenebrario de hierro del siglo XVI, que se conserva en la Catedral de Burgos.—Obra de Cristóbal de Andino.

el oro más radiante que pudiera jamás soñarse para los hijos del Cid, se produjo un milagro sorprendente. A la voz de alerta del que era el mejor capitán de España se removieron y despertaron en el fondo de nuestro espíritu las virtudes adormecidas de nuestro pueblo, el viejo temple de la raza hispánica. Y cuando sonaron por todos los horizontes de Castilla los clarines de guerra, como las antiguas convocatorias castrenses para aquellas empresas españolas que tenían carácter de cruzada, España volvió a sentirse responsable de su destino y mandataria de un quehacer histórico irrenunciable y nuestro pueblo se convirtió de su extranjerismo decadente en misionero de la virtud y la justicia y en apóstol y mártir de la Cruz.

Y el milagro fué así. Mientras Franco, desde Africa, trazaba a España el camino único de la recuperación de su grandeza, en la catedral de Burgos, antes de la misa del alba, cuando aun aquellas campanas seculares no habían dejado caer sobre Castilla los dulces ecos de su tañido que aquella mañana sonaron con extraño acorde sobrenatural, un ángel abrió el sepulcro del Cid para que las humanas cenizas de aquel ser calcinado sirviesen para calentar de nuevo el corazón, antes yerto, de España, que desde entonces se sentía ya heredera del Campeador y que ese fuego reviviese el entusiasmo, la alegría y el orgullo que supone en el mundo este honor incomparable de sentirse español.

Y como en las olimpiadas de la antigua Grecia, en que los vencedores, cubierta la etapa del estadio entregaban a los que habían de sustituirles en la dura competición del esfuerzo la antorcha encendida de los campeones, así entonces, como en un juego fantástico de la imaginación, a través de los siglos se operó en el mundo el más asombroso y solemne relevo de armas que jamás haya podido existir. Franco recibió en su mano aquella antorcha de la fe, de la justicia y del heroísmo que había sido luminaria del Campeador, y otra vez, como hace siglos, un nuevo caudillo de España avanzaba por los caminos polvorientos en los que Castilla ganara sus mejores victorias y parecía que otra vez habían revivido las escenas de nuestro romancero para aquel nue-

vo paladín que, también como el Cid, no peleaba por gusto sino por necesidad y ante quien, igualmente, se iba ensanchando Castilla delante de su caballo.

España se encuentra a sí misma

Tal es la lección política de este acto. España se encuentra a sí misma cuando vuelve los ojos y el corazón a la entraña de su propia historia. Yo defiendo aquí la tesis tan combatida de la «España ensimismada». La España que vuelve sobre sí misma es la que no defrauda su destino. La que se vierte hacia el exterior copiando modas y estilos, es una España extrañada que nos es ajena y pone a nuestro pueblo en el camino de la desorientación. La España ensimismada es la que tiene la voluntad de ir en contra de la moda del mundo. La que en Loyola despierta el espíritu de San Ignacio, para ofrecerle como bastión frente a la Reforma; la que en Lepanto salva el sentido occidental del pensamiento europeo del orientalismo asiático del turco o la que en Bailén detiene con las picas de los garrochistas jerezanos el avance de un ejército dominador que se estaba enseñoreando de Europa. Esta España es la que aquí está presente en el alma de éstas piedras y de estos retablos que hoy reverdecen en nuestro espíritu como en una florecida Primavera de recuerdos, de gloria, los laureles antiguos y ya reconquistados de nuestra grandeza.»

Al terminar sus elocuentes palabras, el señor Rocamora fué muy aplaudido y felicitado.

Entrega de la Medalla de Honor al Ayuntamiento

Horas antes, el Ayuntamiento de Burgos recibía, en solemne sesión celebrada en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la Medalla de Honor de la Corporación.

Presidió el acto el ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, que ostentaba la representación de S. E. el Jefe del

Estado, y sentáronse a su derecha el director de la Academia, don Aniceto Marinas; el duque de Alba y el alcalde de Burgos, señor Díaz Reig; y a la izquierda, el presidente del Instituto de España, obispo de Madrid-Alcalá y patriarca de las Indias, el pintor burgalés don Marceliano Santa María, el censor de la Academia, señor López Otero, y el secretario perpetuo, don José Francés.

De Burgos vinieron el capitán general, Yagüe; el arzobispo, doctor Platero; el Ayuntamiento en corporación; el presidente de la Diputación, señor Martín Cobo, y los abades de Silos y de San Pedro de Cardaña. También asistieron los académicos de Bellas Artes y representaciones de todas las demás Academias.

Los concejales del Ayuntamiento de Burgos, con el alcalde de Madrid —como concejal de honor de aquel Municipio—, entraron en el salón de actos bajo mazas y con los dulzaineros, danzantes y tetines o bufones típicos burgaleses, con sus atavíos del siglo XVI, y tomaron asiento a un lado del estrado presidencial.

Abierta la sesión por el ministro de Educación Nacional, el secretario de la Corporación, señor Francés, dió lectura de la Memoria del curso anterior y de la concesión de la Medalla —que anualmente se otorga al Ayuntamiento que más haya laborado por el arte— y que fué concedida en sesión de la Academia de 28 de noviembre de 1949. A continuación, el director de la Real Academia de Bellas Artes, señor Marinas, pronunció unas palabras para felicitar al Ayuntamiento de Burgos; hizo historia de la creación y concesión de la referida Medalla de Honor y resaltó la labor llevada a cabo por la ciudad burgalesa en el aspecto artístico y los premios creados para fomentar el desarrollo de las manifestaciones artísticas. Después, el ministro de Educación hizo entrega al alcalde de Burgos de la Medalla, entre grandes aplausos, y, por último, el señor Díaz Reig, alcalde de dicha ciudad castellana, expresó el agradecimiento de Burgos por la concesión de tan preciado galardón, e hizo historia de los monumentos burgaleses, de gran valor artístico e histórico; de los antiguos orfebres, que tienen valiosos continuadores, y de la tutela del Ayuntamiento en ayuda del florecimiento artístico.

LA OBRA
DEL
ESPIRITU



EXPOSICION DE NACIMIEN- TOS EN EL MUSEO DE ARTES DECORATIVAS

Por el suntuoso marco de su emplazamiento
y los valiosísimos conjuntos de figuras, cons-
tituye una obra única en su género

EN las vísperas de Navidad de 1950, el Museo Nacional de Artes Decorativas abrió sus puertas para exhibir una soberbia colección de nacimientos, distribuídos con exquisito gusto en las diversas salas del Museo. Por el suntuoso marco de su emplazamiento y por los valiosísimos conjuntos de figuras, aportación de entidades oficiales y de particulares, la Exposición puede ser calificada en justicia de única en su género y tiende a revalorizar fiesta tan cristiana y tan española.

En la planta baja exhibense tres belenes. Uno de ellos, napolitano, al estilo español del siglo XVIII, presenta casi 200 figuras, todas ellas primorosas y de magnífica expresión en caras y gestos. El paisaje, las perspectivas, los trajes y costumbres impresionan sobremanera.

Entre el paisaje, y bajo la tutela de ángeles voladores, se ve el Niño Jesús Bubi, Dios niño, tal cual lo imaginan los negros. La delicada y expresiva talla, propiedad de las Misiones de la Institución Teresiana de Santa Isabel, en Fernando Poo, fué felizmente lograda por el escultor Víctor de los Ríos. Próxima está la

capilla del Museo, con su riquísimo retablo en cuero repujado del siglo XVI, en una sola pieza, único en su género, de gran dimensión. En la capilla hay otro nacimiento con un niño Dios de la escuela de Salzillo.

De barro español, obra atribuida a José Ginés, son las figuras de otro de los belenes del primer piso. En él aparecen las palabras del Evangelio que anunciaron la buena nueva: «Esta será la señal para vosotros; hallaréis al Niño envuelto en pañales y recluido en un pesebre.» Con el ángel aparece una gran multitud del ejército celeste alabando a Dios: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.»

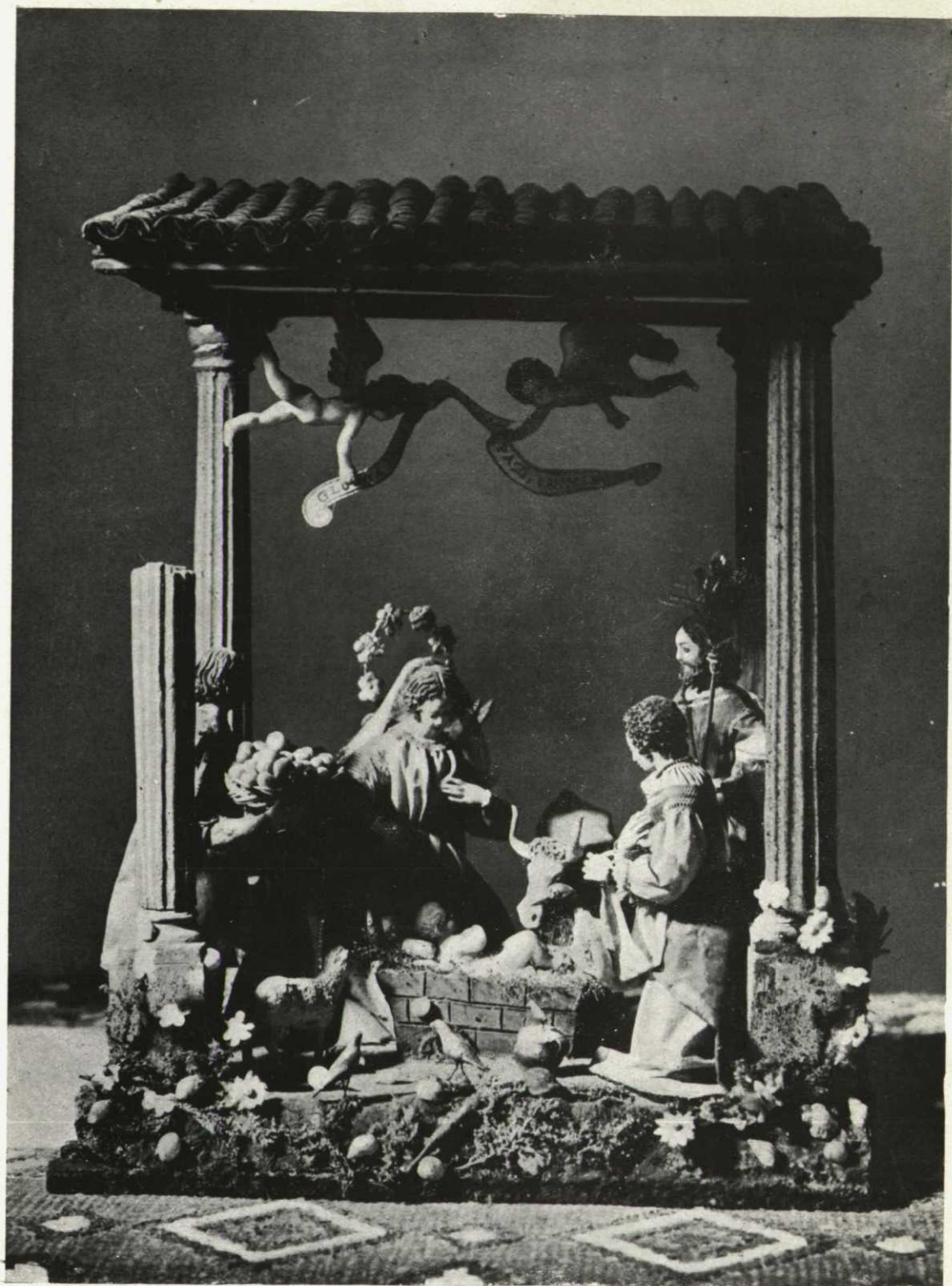
Otra admirable talla gótica representa la Adoración de la Virgen con el Niño Jesús en brazos. Bella reproducción de una *Me-nina velazqueña* y el pino cristianizado, en cuyo tronco descansa la Sagrada Familia, arrullada por los trinos de los pájaros (cada Nacimiento tiene sus melodías especiales con indudable acento ambiental), mientras velan los ángeles. Acierto pleno en la iluminación. Cerca está la cabalgata de los Reyes Magos, procedente del Nacimiento de la Casa Real y seguramente mandada realizar por Carlos III. Las tres figuras ecuestres y sus servidores son piezas de un valor extraordinario. En tonos predominantes de oro y verde, se expone un retablo en cabalgata de caballeros vestidos a la usanza del siglo XVII. Las figuras caminan en forma ascendente, por escarpadas que conducen al Portal de Belén, simbólicamente frente al Cielo. También en esta planta hay otra Adoración de los Pastores, en madera, con marco de roble, riquísima de talla.

En el rellano de la escalera principal se muestran los pastores, figuras del Museo de Bellas Artes de Segovia, de fines del siglo XVI. Presididos por el alcalde, músicos y danzantes, exteriorizan su júbilo por el nacimiento del Niño Jesús. Otro Nacimiento está hecho en su integridad por figuras de trapo. El centenar de que consta —todas admirables de expresión y armonía cromática— han sido confeccionadas por las alumnas del Instituto de Enseñanzas Profesionales de la Mujer. Hay un ensayo de Nacimiento po-



«Nacimiento».—Obra napolitana del siglo XVIII.—Propiedad de D. Genaro
Xavier Vallejos.





«Nacimiento».—Realizado en cera en el siglo XVII.—Autor desconocido.—Propiedad del Museo de Artes Decorativas.



«Adoración de los pastores».—Obra realizada en cera, por Torices, en el siglo XVII.—Propiedad de D. Gregorio de Diego.
Depositada en el Museo de Artes Decorativas.



«Adoración de los pastores».—Tabla del siglo XVII.—Propiedad de D. Rafael Lafora.—
Autor desconocido.

pular demostrativo de cómo cualquier madre española puede construir, con las figuras en venta, un nacimiento para sus hijos.

En el piso cuarto se exhiben una Adoración, en talla española, muy fina, estofada y un Nacimiento estilo japonés, que semeja una estampa del Oriente misterioso y romántico, con tan sólo dos figuras.

En el piso quinto, ante un fondo de ruinas, se muestra una serie de figuras napolitanas del gran Nacimiento de la Casa Holenlohe, mecenas principal de la Exposición. Cerca, en un fanal, hay una Sagrada Familia, también con figuras napolitanas y con el gusto amazotado y retorcido del siglo XIX. Hay, por fin, otros dos nacimientos con figuras de cera. Uno de ellos, del siglo XVII, donde, como detalle curioso, puede verse una figura tocada con sombrero a lo Felipe IV y una niña que tiene todo el sabor de una menina. El otro, de traza familiar, exhibe el típico tejadillo español encarnado.

Millares de personas han desfilado por la soberbia Exposición, que fué admirada en la mañana de su apertura por la esposa de su excelencia el Jefe del Estado, a quien acompañaron el Ministro de Educación y señora y altas jerarquías del Departamento docente.



LA COLECCION LAZARO GALDIANO, NUEVO MUSEO DE ESPAÑA

Por CECILIO BARBERAN

Lázaro Galdiano, primer coleccionista de Europa. Su personalidad. Causas que dieron origen a la formación de su tesoro de obras de arte únicas.

LA inauguración del Museo Lázaro Galdiano, legado de excepcional valor y mérito artístico que dejó a España al morir su ilustre propietario don José Lázaro Galdiano, comienza por dar a su ejemplar donante un relieve de singular interés. Luego, como hemos de ver, conoceremos algunos de los aspectos de su Museo, meditaremos ante algunas de sus obras y procuraremos, en fin, que nuestras palabras sean unas, si bien de las más modestas, de las más fervorosas que contribuyan al homenaje de gratitud nacional que este «Parque Florido» madrileño merece por parte de todos los que hoy pasan a ser propietarios de este impar tesoro.

Pero es lo cierto que antes de entrar en dicho Museo se nos adelanta la figura de don José Lázaro Galdiano, y ante su presencia seguidamente sentimos la necesidad de conocer su personalidad, su manera de sentir y de obrar. Esta tiene un historial hartamente conocido hoy gracias a la actualidad que adquirió su nombre en la prensa. Don José Lázaro Galdiano nace como hijo de prestigiosa familia en Beire (Navarra) en 1862. Se licenció en De-

recho y en Filosofía y Letras, y a la hora de opositar lo hace al Banco de España, plaza que obtiene y abandona pronto para dedicarse a las aficiones de arte que tan fervorosamente sentía.

Pronto encauza éstas por el camino del coleccionismo. D. José Lázaro Galdiano diríase que nace con la intuición de poseer, de acariciar las obras que como joyas únicas dejaron los siglos a lo largo de su paso; las de los artistas y artesanos más famosos, las de los orfebres y tejedores más perfectos.

Pero, ¿qué puede ser un coleccionista durante este último medio siglo, en el cual actuó activamente don José Lázaro Galdiano? Creemos que una de las cosas más importantes y trascendentales que se puede ser en época alguna. En este último medio siglo la transformación económica y social que han experimentado todos los pueblos ha sido tan arrolladora que no sería aventurado afirmar que durante dicho período se han liquidado muchos ciclos históricos. Los imperativos económicos han cerrado castillos, palacios y grandes casas en todos los pueblos. La extensión de las familias principales ha obligado a munifundizar sus colecciones de arte, que en tantas ocasiones se han vendido en el más triste comercio.

Sin una causalidad como la antes expuesta no hubiera sido posible ese comercio tan extenso de compra-venta de antigüedades, hoy extendido por todo el mundo, y, sobre todo, en los pueblos históricos, en los pueblos viejos como son los europeos.

Este momento de liquidación de grandes fortunas, de grandes casas, lo aprovecha excepcionalmente Lázaro Galdiano. A ello se debe su gran obra coleccionista. Pero, ¿es ésta fruto sólo de la actividad de un hombre? Sí. El gran coleccionista español no admitió nunca consejo ajeno para colaborar en su tesoro. Esto, como es natural, tenía que depender de una excepcional facultad; en este caso fué la intuición prodigiosa la guía imantada que le hizo a Lázaro Galdiano descubrir, seleccionar intelectivamente la gran obra que buscaba. De otra forma no hubiera sido posible tan excepcional colección. ¿Qué ayudó al ilustre navarro a formar-la también? Sin duda, una bien cimentada y amplia cultura. Ya

nos la demostró sosteniendo a sus expensas aquella revista titulada «España Moderna», páginas que abordaron los más interesantes temas de los múltiples aspectos del arte. Una intuición como la suya y una cultura como la que poseía dieron origen a esta obra.

¿Fué, pues, un museo lo que Lázaro Galdiano formó? No. Una colección de obras ricas, como era tradicional en las grandes casas del mundo desde siglos anteriores, sí. El museo nace como obra oficial cuando aquellas grandes casas desaparecieron en todos los pueblos. Imposible es encontrar en el Louvre, de París, o en el Museo del Prado, de Madrid, obra que no proceda de una casa real o de un ilustre linaje.

La colección Lázaro Galdiano se forma bajo aquella inspiración. Se comprende su extensión cuando se piensa en lo aptos que fueron los tiempos actuales para que la misma pudiera ser formada. Ello da lugar, pues, a lo que este «Parque Florido» es en realidad hoy: el Museo-Colección, nueva denominación de conjuntos de riqueza de esta naturaleza. Denominación que, en verdad, parece nueva, pero que, en parte, no lo es tanto cuando estudiamos museos similares, de gran valor hoy en la cultura europea; el francés de Cluny, tan rayano en tantas ocasiones con el gran coleccionismo, pero del que se evade pronto ante la sincronización de obras de una época determinada que recoge.

Pudiéramos, por tanto, afirmar que España cuenta desde hoy con el primer Museo-Colección del mundo, debido al primer coleccionista europeo que fué don José Lázaro Galdiano. El hecho obedece a una alta razón histórica y cultural también. Ninguna lo justifica mejor también que las milenarias culturas que se dan cita en el suelo peninsular ibérico. Pocos, pues, como el hombre español podía haber nacido mejor intuído, con una más alta exigencia estética, para atesorar estas obras y para vincularlas al tesoro espiritual de todos los españoles.

La visita al Museo. Varios siglos de pintura a través de obras joyas.

El cuadro, primer halago para la vista, suele ser el primer actor artístico que solicita nuestra atención tan pronto entramos en el Museo Lázaro Galdiano, y nos situamos en su planta entre-suelo. Y por orden prelativo son, pues, los primitivos los que primero se muestran a nuestra admiración. A cerca de cuatrocientos cuadros se elevan los que posee la colección. En tres salas se recogen los primitivos españoles, los que comienzan por impresionar como obras del vehículo de la cultura de aquellos tiempos. «Tríptico», del Maestro de Avila; el «Autorretrato», de Pedro Berruguete; las composiciones sobre la Pasión del Señor, de los Maestros de Burgo de Osma y del Maestro Perea; y aquellas tablas que pintaron los artistas de las escuelas de Palencia, Valladolid, Segovia, entre las que se destacan como obras de personalidad «La Anunciación» y «La Adoración», de Juan de Castro. Joya impar entre ellas es la «Virgen de Cristóbal Colón», donde se pinta el retrato más autorizado del Almirante.

Junto a obras de maestros tan conocidos figuran las anónimas de escuela valenciana, castellana y burgalesa, con tablas que en tantas ocasiones se confunden con las de aquéllos y que hablan de los talleres gremiales que dieron origen a esta pintura. Obras que nos ponen en antecedentes del fervor jacobeo que reina en Castilla a la sazón son las dos tablas que representan «La Traslación del Apóstol Santiago» y «Desembarco de su cadáver», del Maestro de Astorga, obras que bien pudiéramos decir que son las precursoras de los cuadros de historia.

Valioso conjunto de pintura es este que nos viene a decir cuál fué la influencia que ejercieron los pintores primitivos flamencos, ya alemanes de la época en el medio español y cuán incorporados se hallaban los artistas hispanos a la cultura plástica de aquel tiempo.

Los maestros que dictan la gran lección que representa este arte están recogidos en dos salas de la misma planta; en ellas nos

es dado admirar obras maestras de Gerad David, Isebrants, Van Dyck, Van Ouot, Cleve, y de las escuelas regionales que éstos fomentaron en sus países. Junto a ellos, podemos admirar las obras de los primitivos holandeses y alemanes, entre los que destacan las obras de Durero, El Bosco y un genial «Descendimiento», de Quintín Metsys.

Esta espléndida obra es el mejor atrio para entrar en la mejor pintura europea del siglo XVII, representada en esta colección con obras de valor incomparable. En las salas dedicadas a ella, que se decoran con muebles y telas de la época, podemos admirar como joya mayor un retrato de Saskia, de Rembrandt y otros bellísimos paisajes de Berghem, Hobbena y Guyp.

A partir de este instante se generaliza la sincronización museal que preside en la colección. Ella comienza por hacerse presente en la gran pintura española de dicho período, que nos viene a decir cuán armónica estuvo, dentro de la concepción hispana, con el vuelo de las obras de muchos de los grandes maestros extranjeros. La sala XIII reúne un valioso conjunto de dicha pintura. En ella podemos ver cuatro obras del Greco, una de ellas pintada durante su estancia en Italia, y dos retrados magistrales de Velázquez, uno de su mujer, profundamente humanizado y pintado en grises, y otro, vital, del poeta don Luis de Góngora. De Zurbarán figuran dos vírgenes y un «Religioso», de sobria y profunda factura; también podemos ver obras de los dos pintores que se dejan influir más por el Grego: de Jorge Manuel, el hijo de dicho artista, y de Luis Tristán, su discípulo, amén de otras de su taller.

La sala XIV impresiona como la mejor sedimentación de la pintura española del siglo XVII. Bellísimo cuadro y magistral lección de pintura el «San José», de Antolinez; excelente retrato el de «Carlos II», por Carreño; de Valdés Leal figuran dos lienzos con imágenes de vírgenes, obras maestras de la gran pintura barroca andaluza; espléndido superlativamente el cuadro de matrona, de Alonso Cano, y muy lleno de profunda unción la Virgen que pinta Murillo.

Herrera el Viejo, el sevillano, da la nota recia y característica

de su temperamento en un cuadro con figura de Apóstol, y del madrileño Mateo Cerezo podemos admirar un lienzo con asunto mariano, que es todo un tratado de magístral pintura. Juan Bautista del Mazo pinta un retrato de traza velazqueña, y también se destaca una Virgen de la escuela sevillana.

Ahora es otra colección de cuadros joyas la que se intercala en este conjunto. Nos referimos a la sala XXVII, dedicada a la pintura inglesa. Un mobiliario tan sencillo como señorial da ambiente de hogar a esta rica pieza, en la que podemos admirar magistrales retratos de Cainsborough, Reynolds, Cotes, Gil Stuar, Legi, amén de unos paisajes Constable.

Igual sucede, en cuanto a lo español, con la sala XXX, dedicada principalmente a obras de Goya, entre las que figuran una finísima de Esteve. Del gran artista aragonés hay en esta sala veinticuatro cuadros, que recogen todos los aspectos de su pintura. La estancia se decora con ricos muebles Carlos III, plenos de la claridad y opulencia barroca francesa de la época. Otro tanto pudiéramos decir de la sala de arte francés, en cuyas paredes cuelgan cuadros de Tenier, Guyp, Van Ostade y Breughel.

Inútil sería dar en esta impresión un reflejo siquiera del que irradia tan gran tesoro de pintura. Sirva, pues, lo tan ligeramente enumerado para dar una idea de cuánto puede admirar en dicho museo el estudioso y el selecto que disponga de horas para visitarlo.

Obras que acreditan el rango único de esta colección.

Ya dijimos que el Museo Lázaro Galdiano es, ante todo, una colección de piezas únicas en su género. Por esto que todo él esté salpicado de piezas singulares, constelaciones en el mundo de la historia, el arte y la artesanía de hace más de veinte siglos.

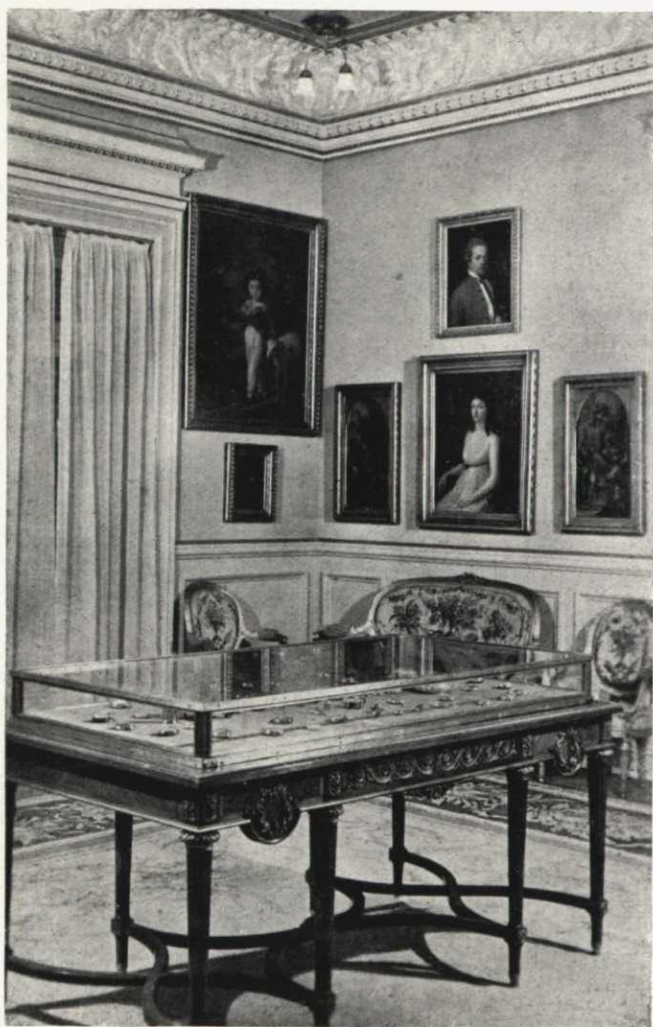
Vamos a enumerar algunas de estas obras; imposible sería hacerlo con cerca de las nueve mil que constituyen el Museo actualmente, cada una de las cuales tiene una larga página. Entre

los muebles españoles —ese mueble de tan borrosa historia hasta hoy— se destacan una serie de bargueños de distintas épocas, y como pieza mayor el famoso banco de Cuenca, obra única del siglo xv.

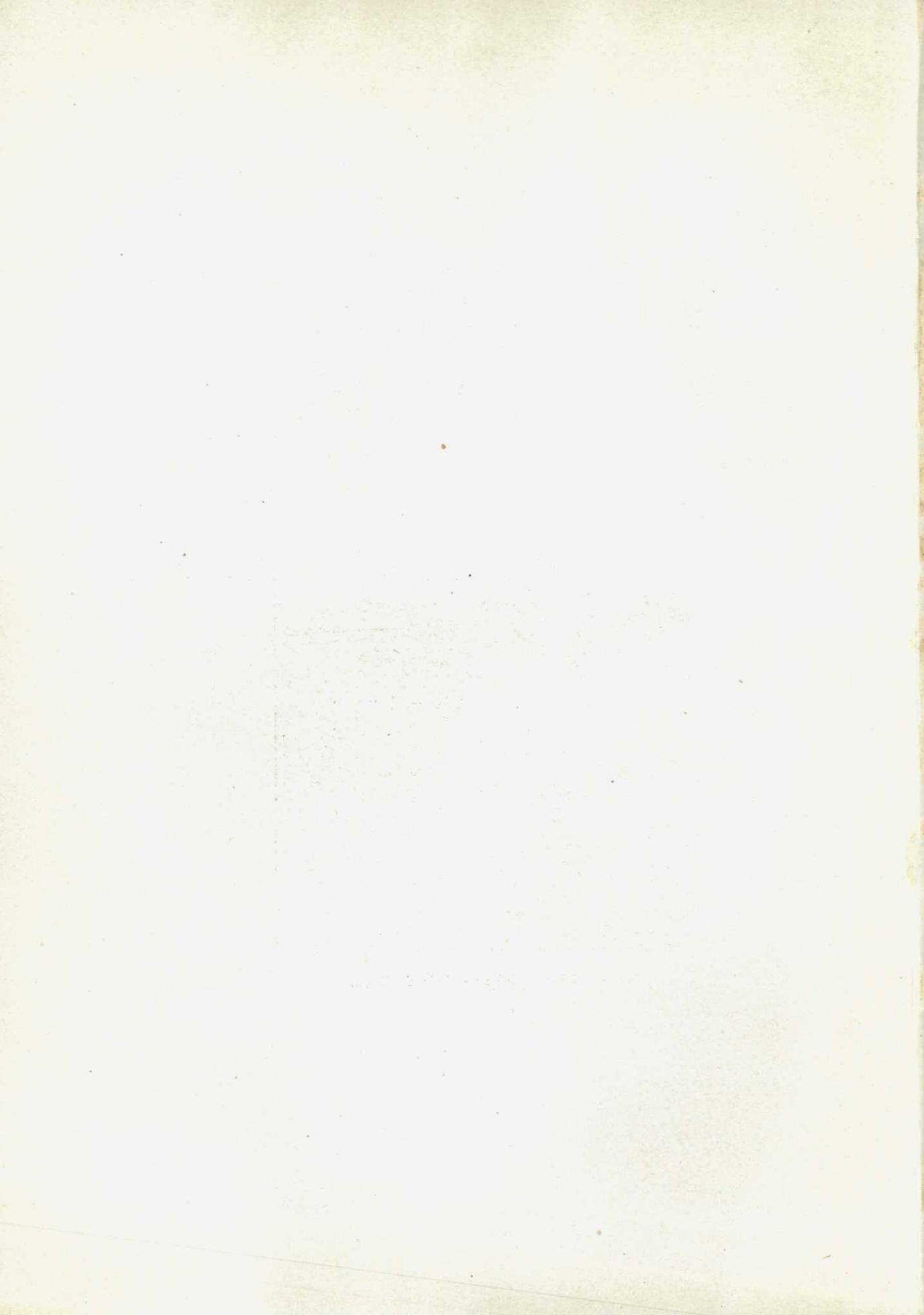
En una de las vitrinas se expone el estoque que, bendecido por el Papa Inocencio VIII, regaló dicho Pontífice al segundo conde de Tendilla en 1468, obra cuya filigrana se debe al orfebre Filarete. Piezas primorosas son también las polveras que pertenecieron al Emperador Maximiliano y a los reyes de Polonia. La jarra de marfil en la que, según la tradición, bebió Carlos V cuando entró en Asgburgo, y el dado que perteneció al Emperador, cuya autenticidad prueban las armas de dicho monarca grabadas en él. Pieza única es también la arqueta hispanoárabe del siglo xiv, obra de alta artesanía española. Lugar aparte ocupa, por su singular valor, la gran copa del Emperador Rodolfo, bella naveta de cristal de roca que figura un ave.

Únicas, asimismo, la serie de copas de los doce Césares, labor de gran primor artesano del siglo xvi. Digna de figurar a su lado es la copa que regalaron las provincias flamencas a Antonio Spínola. Los relojes joyas tienen su presencia en la colección. Entre ellos figuran seis de bolsillo del siglo xvi; el reloj de caza de Carlos V y el reloj regalado por Napoleón a Carlos IV.

Entre la colección de armas famosas destacamos la pistola que perteneció al zar de Rusia, una igual a la que poseía Rotschild. De singular valor son también la colección de medallas; piezas debidas a Mateo Patti, Parmesano y Durero figuran junto a veinte ejemplares de Pisanello, entre las que hay una medalla de Alfonso V de Aragón. Medallas de Martín Lutero, Cranach, Pattuir y Nicolás Florentino. La colección de medallas italianas del siglo xv se considera la más completa del mundo. Y piezas como éstas, ¡cuántas más! Son joyas de la historia y del arte de varios siglos lo que aquí se reúne. La imposibilidad de estudiarlas todas tiene una justificación: la de sintetizar en unas líneas la obra de más de medio siglo de coleccionista, que a la vez resume la historia de veinte siglos, el espigo durante este tiempo en lo más selecto que alumbró la obra de estas culturas artísticas.



Museo Lázaro Galdiano.—Sala de Goya.



El tesoro, superado.

¿Cabe superación en tesoro de esta naturaleza? Sí. Y se debe en el caso presente a la sincronización que se ha impuesto en esta colección últimamente. Las obras y piezas antes enumeradas se dispersan por las salas de dicho museo. Ahora, los rectores del mismo —el profesor don José Camón Aznar, director; el profesor don Antonio Rodríguez-Moñino, bibliotecario, y el profesor don Emilio Camp Cazorla, conservador, en unión del arquitecto señor Chueca— en un plazo brevísimo de tiempo —desde septiembre pasado hasta el día de la apertura— han instalado éste con las últimas exigencias de la museología moderna. Las vitrinas que se abren en el espesor de la pared de las salas iluminan con luz fluorescente los tesoros de marfiles, esmaltes, orfebrería y alhajas que forman lo que, sin hipérbole, acabamos de calificar de tesoro superado. Una pequeña cartela, redactada con máxima autoridad, nos hace historia con brevísimas palabras de la obra correspondiente.

Comienza por la sala II, contigua al amplio y señorial vestíbulo. Esta se nos abre como un cofre de proporciones museales, en cuyas paredes hay hasta catorce vitrinas, que, merced a su iluminación, nos dejan admirar con toda exigencia los mínimos detalles de las joyas que en ellas se exponen. En una de las vitrinas figuran una colección de imágenes, en marfil y cobre, del arte francés de hacia el 1100; esmaltes ingleses de los siglos XII y XIII, entre los que destacan cruces de esmaltes españolas del XIV. Excepcional es la serie de esmaltes de Limoges en todas sus épocas, entre las que destacan por su inigualada riqueza y magnificencia la serie que representa la historia del género humano. De singular valor también son los marfiles de París del siglo XIV.

Como piezas únicas se destacan, asimismo, los incensarios en bronce, de los siglos XII y XIII, y una colección de esmaltes renanos; obra muy rara es un pequeño dístico en boj, francés, del siglo XIV. Y como obra de remota orfebrería sacra española figura en dicha sala un nudo de cruz procesional, de Levante, del si-

glo XIV, y una colección de esmaltes hispanos del mismo período. Piezas de valor excepcional son las que constituyen los esmaltes lemosinos; una preciosa arqueta veneciana nos descubre el más bello arte primitivo itálico. A este primor responde un políptico y una colección de portapaces en metal. Otra de las joyas únicas de la colección la constituyen las grisallas de Limoges, del siglo XVI, colección que se considera la primera del mundo.

La sala III impresiona como el mejor cobre que puede atesorar la mejor orfebrería sacra. Relicarios góticos, cálices, estatuillas, ostensorios, bustos relicarios, cruces de cristal de roca, repujados de arte renano y de la escuela de Becerril forman el más inimaginado camafeo de riquezas cinceladas. En un lugar de esta sala figura la gran copa de Matías Corvino. Ejemplares son también la serie de jarras bautismales, cada una de ellas trazada con una primorosa factura.

La sala IV se nos abre de par en par como la más espléndida vitrina repleta de las más espléndidas joyas de ayer y de hoy. En ella podemos admirar piezas medievales, cinturones góticos, preseas bizantinas, esmaltes sobre oro, un precioso marfil helénico, y entre las obras más destacadas por su prestigiosa historia figura el collar del duque de Alba, cincelado por Caradoso y un medallón de Benvenuto Cellini.

En vitrina aparte, y como correspondiendo a su singular valor estético e histórico, se muestra el gran jarrón y plato del rey de Sajonia, piezas construídas con las piedras más ricas, el oro, el bronce y el cristal de roca, maravillosamente tallados. Termina la visita a la sala con una colección de joyas barrocas y en otra vitrina podemos ver valiosas joyas modernas.

A continuación, entramos en tres salas que recogen un importante ciclo de arte italiano del Renacimiento. La joya mayor de ellas es la cabeza de San Juan, de Leonardo de Vinci, joya pictórica que seduce por su profunda espiritualidad.

Obra admirable es también la imagen de «Jesús a la columna», en mármol, de Miguel Angel Naccherino, y las pequeñas réplicas



de Donatello, de las que dicho artista hiciera para el templo de San Antonio de Padua.

De singular valor, asimismo, la colección de estatuillas, en bronce, italianas, del Renacimiento, y la escultura de dicho período está representada con un bajorrelieve en mármol, finísimo, de Jacobo della Querci, y otro, en alabastro, de Ferruccio de Fiesole. De singular valor es, asimismo, la placa de cerámica con la imagen de una Madona, de Sansovino, y los bronce venecianos que se pueden admirar junto a las magistrales plaquetas de Modena. Hay varios muebles del ajuar suntuario de dicho pueblo y, entre ellos, destaca una silla que perteneció a los Médicis.

La sala VIII, instalada en la rotonda del edificio, está iluminada por una potente claridad natural, que nos descubre con la mayor precisión cuanto la misma atesora. Antes de entrar en ella podemos admirar un fragmento de alicatado granadino y otro de taracea en ágata.

A continuación, una vitrina nos muestra una rica colección de loza dorada de Manises, del siglo xv. Las joyas mayores de esta sala son una lámpara de cristal del siglo XIII, que perteneció a la Mezquita de El Cairo, y otra lámpara de un templo persa. Hacen honor a estas piezas como vecinos unos bellísimos botes de marfil árabes, una arqueta de arte hispanosiciliano y una colección de vidrios romanos del siglo iv. Piezas de singular valor histórico que figuran en esta vitrina son los platos de vidrio que pertenecieron a los Fúcares, los banqueros de Carlos V.

La escultura está representada con dos imágenes de la escuela de Alonso de Berruguete y una bella imagen de María, francesa, de finales del XIII. Las vitrinas de esta sala nos ofrecen obras tan interesantes como una colección de bronce medievales, esculturas del arte borgoñón del xv, otra de primitivos bronce romanos, entre los que destaca una mascarilla del arte griego o arcaico.

Esto es, a ligeros rasgos, lo que calificamos de tesoro superado. Ya adquirió el mismo una instalación museal; sin tener un método, una sincronización bien pudiéramos decir que las obras que

en esta sala se reúnen, se unifican, en virtud de su intrínseca riqueza.

¿Es esto todo el Museo Lázaro Galdiano? No. Infinitas obras más quedan por enumerar. Está aun sin instalar la biblioteca, la que atesora documentos matrices de la historia de España y de muchas de sus figuras más gloriosas. Pero esto, que bien merecerá visita independiente, lo dejaremos para otra ocasión. Por ahora, la que realizamos, se ha limitado a dar esta ligera impresión de cuanto quedó impreso con el mayor relieve en nuestra memoria.

La gran obra ante el juicio ajeno.

¿Tuvo esta gran obra coleccionista la atención admirativa que por parte de todos merecía? Parece que no. Los días, al aventar con las cenizas del olvido cuantas rivalidades despiertan mientras viven la presencia de ciertos hombres, parece que nos dicen que no. D. José Lázaro Galdiano, enquistado en el señorío de su independencia y de su carácter no fué propicio a fomentar ninguna popularidad. Misión más alta, más trascendental era la suya en la vida. Por esto que nos justifiquemos que en alguna ocasión dijera: «Uno nunca es profeta en su tierra. Parece que mi destino es el de ser pisoteado por los perros y respetado por los leones.»

Pero esta íntima amargura bien estuvo compensada por el juicio y el aplauso que a la colección tributaron figuras ilustres del mundo del arte y de la historia europeas. Luis Rean escribe acerca de ella:

«El experto coleccionista ha recogido en cuarenta años de búsquedas pacientes y frecuentemente afortunadas un prodigioso botín que completa y sobre pasa en ciertos conceptos las series correspondientes del Museo del Prado.»

Y Salomón Reinach, dice: «No hay un arqueólogo que no encuentre en ella algo que aprender y numerosas ocasiones de confesar su ignorancia, pues entre tantas obras inéditas de épocas diversas, muchas continúan misteriosas.»

Ahora el juicio máximo, a modo de síntesis y apólogo de esta riqueza, lo escribe Willian Ruck: «Todas las épocas de la Historia —dice— están representadas, siendo de mayor interés las que se refieren a la influencia árabe en España —o sea el llamado arte mudéjar—, por lo raro y selecto de sus ejemplares.

»Las telas de este período, de las que cuando más, se encuentran en los mejores museos pedazos exigüos de centímetros, se encuentran aquí en trozos de metros.

»Del período romano hay piezas excepcionales: un Lucio Vero y una urna funeraria, en mármol, con inscripción latina, estudiada por Mommsen.

»Del gótico, esculturas, esmaltes de Limoges en toda su variedad, palomas eucarísticas, gemellones, cajas, báculos, dípticos de marfil, etc.

»Tallas, hierros, joyas de oro, cristal de roca, esmaltes de esos que ya sólo se encuentran pintados en los retratos reales del Museo del Prado.

»El mobiliario español carece de historia; y, sin embargo, los ejemplares que aquí se encuentran —arcones, arcas góticas, renacentistas y mudéjares— son de toda belleza, y el día en que se popularicen, figurarán al lado de los más bellos de Italia.

»Armas, armaduras, cascos, rodela, dagas, mosquetes. Rarísimas espadas incrustadas en plata y oro, tan raras, que en la Armería Real no existe ninguna. Aquí ocupan una vitrina entera, una vitrina deslumbradora.

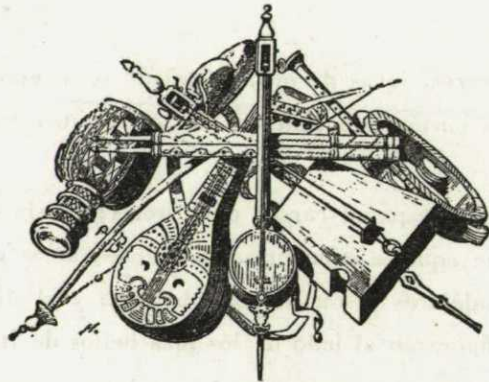
»En cuanto a la ferronería, bastaría ver las series de arquillas, llamadores, llaves y atriles para persuadirnos de la justa eminencia de éste en España.

»Y en cerámica, platos hispanos de reflejos, azulejos mudéjares, piezas selectas italianas, Gubios y Fuenzas extraordinarios.

»Y encuadernaciones preciosas, orfebrería, medallas, pixides, miniaturas, copas, tabernáculos, piedras duras talladas, relojes,

lámparas, bronce, polveras, etc., etc. Todo de épocas casi legendarias y de propietarios cuyo solo nombre fascina.»

Con estas palabras amaneció la justicia hacia la colección Lázaro Galdiano, palabras que hoy hacen suyas todos los españoles que visitan el «Parque Florido», el museo de obras impares del arte.



LOS LIBROS

"EL OLIVO A TRAVÉS DE LAS LETRAS

ESPAÑOLAS".—Ensayo antológico,

por MIGUEL HERRERO GARCÍA.—

Ediciones del Sindicato Nacional del

Olivo.—Madrid, 1950.

Tiene una honda y profunda raíz en las Letras españolas de todos los tiempos el olivo. Una raíz fuerte y dura como la suya, que se agarra de manera honda a la tierra, que, como aquélla, se extiende y ramifica por todos los géneros y corre por todas las edades.

Estas razones de las múltiples presencias del olivo dentro de nuestra literatura representaba un serio, difícil escollo, de llevar a cabo una antología del mismo, de ir recogiendo el fruto granado de las mentes ilustres de todos los tiempos al hablar del dorado aceite, de la verde aceituna, del olivo, donde la belleza y la severidad se unen en los campos.

Esta antología requería por parte del escritor que la llevase a cabo una profunda y extensa cultura; requería una erudición que no por ella desdeñase la belleza literaria, que se acerca hasta el folklore, ya en la variante del antiguo refrán o en la alegre y frívola de la copla. El antólogo buscado por don Antonio Rodríguez Gimeno, editor de este libro en calidad de jefe nacional del Sindicato del Olivo, ha sido don Miguel Herrero García. Aquí ha estado el mejor y máximo acierto de Rodríguez Gimeno, ya que pocas personas tienen una mejor erudición literaria como la que Herrero posee para poder realizar esta obra.

En nueve apartados, que van de la literatura medieval al artículo periodístico, pasando por la lírica—de todos los tiempos, y muy principalmente de la contemporánea—a la novela del Si-

glo de Oro, al teatro, la literatura mística, la pareniología, la literatura agraria y el folklore, ha dividido Herrero su libro, que él subtítulo modestamente ensayo antológico.

Nombres ilustres y humildes, versos que llevamos a flor de labio, artículos que guardábamos con el mejor recuerdo, refranes tantas veces usado, coplas y coplillas con músicas y repiqueteo de palmas, están aquí en las páginas de este *Olivo a través de las Letras españolas*.

Es un bello libro el que ha compuesto con tino y singular conocimiento Miguel Herrero García; pero es a la vez un singular y útil elemento de trabajo, que más de una vez habremos de descabalar de su estante para traer a nuestra mesa de tareas.

J. S.

"MISCELANEAS: HISTORIA-ARTE-ARQUEOLOGIA".

Primera serie «La Antigüedad».—Instituto Diego Velázquez.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

El acopio poligráfico que inunda la obra de Gómez Moreno, con las aguas lustrales de una cultura sorprendente, se brinda en estas páginas exuberantes.

Unos finos juicios de filosófica diafanidad, en torno a la explicación de conceptos y valores, abren con lozanía persuasiva, tan amena como convincente, el rico venero de Ciencia y Documentación que alberga el volumen en rigurosa y metódica exposición.

No irradiarían una sola cualidad del libro amplio, grueso, ilustrado, pretendidos y pretenciosos extractos de lo que no es alusión ni referencia sino transcripción, fiel interpretación, objetivo aprecio y conclusión constatada por el medio directo y autorizado, fruto maduro de un cultivo asiduo y celoso, tras la siembra amorosa y vocacional de muchos años.

¡Cuán ubérrimos se brindan a la consulta de erudición y cuán generosos aportan su vitalidad estos estudios clasificados y estructurados, sobre bases incommovibles de lógica inductiva y deductiva, al acervo constituyente del tesoro cultural patrio!

La Prehistoria, la Numismática, la Filología, otras disciplinas del conocimiento humano se españolizan en un examen de regionalismo territorial y metafísicamente nacional, examinado a la luz de las más elocuentes perduraciones del monumento y del vestigio; culturas y dominaciones, en las cúspides de sus apogeos

creadores o destructores y en las vertientes de sus decadencias, ofrecen en cinemática visión conjunta y detallada, arquetípica o genérica, elementos forjadores de la mejor respuesta al más lejano de los pasados nacionales, y, si con espíritu analítico y coercible se ensamblan las lecturas, puede forjarse la idea absoluta y universal del todo hispánico, ante-histórico y fundacional.

Si del mundo de los hallazgos arqueológicos pasa la obra a la formulación de certeras definiciones estéticas y conceptuales es para rubricar con unificador sentido humanista las seculares tradiciones afirmadoras del ser racial o la inmanente substancialidad ontológica de la realidad peninsular geográfica y psicológicamente colectiva, aunque diferenciada en la rotunda versión de cada una de las investigaciones de carácter regional, comarcal o provincial que este volumen atestigua.

Preferimos a la difícil glosa de aspectos, que sólo la competencia del autor pudiera realizar, en cuanto a la objetividad de tratado que encierra la obra, antigüedad cristiana, las lenguas hispánicas y la concreción a los monumentos arqueológicos de las provincias españolas, arquitectura artésica, proceso histórico del dibujo, cerámica primitiva ibérica, extraer del jugoso «Preámbulo historial» algún párrafo como el que sigue y que constituye, a nuestro entender, la mejor clave para la comprensión del alcance de este enciclopédico libro:

«Histórico —dice don Manuel Gómez Moreno—, es lo «memorable», simplemente; es decir, lo pasado digno de retenerse, de vivir en memoria de hombres por siempre, y en el desarrollo de esta, aparentemente, sencilla definición, avanza, a través de capítulos henchidos de discriminación —nunca divagación—, que llevan los títulos de «Proceso humano», «Sursum corda», «La gracia», «El genio», «El héroe», «El sentido artístico», «Principios del Arte», «Arte espontáneo», «Arte clásico», «Arte barroco», «Arte oriental», y otros, sutilísimos en lo argumental, hasta llegar a unos, en los que se fijan los términos de la unidad y de la diversidad en el seno de la realidad patria de España.

¿Contiene este libro, en definitiva, un sistema de doctrina causal peninsular en sus captaciones morales y naturales? No; pero atisba mucho de ésto en sus límites concretos y experimentales, abonando razones permanentes, por cierto insospechadas en principio para el estudioso lector del volumen.

E. BORRAS VIDAOLA.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

ORDEN de 22 de diciembre de 1950 por la que se resuelve el Concurso Nacional de Arquitectura del presente año.

Ilmo. Sr.: Visto el expediente sobre resolución del Concurso Nacional de Arquitectura del presente año, y

Resultando que por Orden ministerial de 30 de junio último se convocó el expresado Concurso Nacional, cuyo tema era un proyecto de edificio para pequeño Museo de Bellas Artes, ofreciéndose un premio de 25.000 pesetas y un accésit de 8.000 pesetas;

Resultando que, previa la tramitación correspondiente, el Jurado, presidido por D. Francisco Javier Sánchez Cantón, y del que también forman parte don José Yarnoz Larrosa y D. Luis Menéndez Pidal, acuerda por unanimidad proponer la declaración de desierto del premio ofrecido, por considerar que ninguna de las obras presentadas al-

canza el mérito suficiente para merecerlo, y la adjudicación del accésit anunciado de 8.000 pesetas al proyecto que figura con el número 2, del que es autor don Julio Cano Lasso,

Este Ministerio, vista la anterior propuesta y la Orden ministerial de 30 de junio próximo pasado, que sirvió de convocatoria a este concurso, ha resuelto:

1.º Aprobar íntegramente la propuesta formulada por el Jurado calificador del Concurso Nacional de Arquitectura del año actual, adjudicándose los premios en la forma y cuantía que en la misma se señalan.

2.º Que el importe se satisfaga con cargo al crédito consignado en el capítulo primero, artículo segundo, grupo sexto, concepto 17, subconcepto tercero del vigente presupuesto del Departamento, de cuyo gasto se ha tomado razón por la Sección de Contabilidad y Presupuestos del Ministerio en 14 de abril último

y por la Intervención General de la Administración del Estado en 22 de junio siguiente, librándose contra la Tesorería Central y a nombre del Habilitado de los Concursos Nacionales, D. Cecilio Segarna y López de Goicoechea.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 22 diciembre de 1950.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.

ORDEN de 22 de diciembre de 1950 por la que se resuelve el Concurso Nacional de Escultura correspondiente al presente año.

Ilmo. Sr.: Visto el expediente sobre resolución del Concurso Nacional de Escultura del presente año, y

Resultando que por Orden ministerial de 30 de junio último se convocó el expresado Concurso Nacional, cuyo tema era libre, ofreciéndose un premio de 15.000 pesetas y un accésit de 5.000 ;

Resultando que, previa la tramitación correspondiente, el Jurado, presidido por D. Francisco Orduna, y del que también forman parte D. Manuel Alvarez Laviada y D. José Camón Aznar, acuerdan por unanimidad proponer se adjudique el premio anunciado de 15.000 pesetas a la obra titulada «Maternidad», de

la que es autor D. Antonio Cano Correa, y el accésit de 5.000 pesetas a la señalada con el número 28, de la que es autor don Salvador Octavio Vicent,

Este Ministerio, vista la anterior propuesta y la Orden ministerial de 30 de junio próximo pasado, que sirvió de convocatoria a este concurso, ha resuelto :

1.º Aprobar íntegramente la propuesta formulada por el Jurado calificador del Concurso Nacional de Escultura del año actual, adjudicándose los premios en la forma y cuantía que en la misma se señalan.

2.º Que el importe de éstos se satisfaga con cargo al crédito consignado en el capítulo primero, artículo segundo, grupo sexto, concepto 17, subconcepto tercero del vigente Presupuesto de este Departamento, de cuyo gasto se ha tomado razón en la Sección de Contabilidad de este Ministerio en 14 de abril próximo pasado y por la Intervención General de la Administración del Estado en 22 de junio siguiente, librándose contra la Tesorería Central y a nombre del Habilitado de Concursos Nacionales, D. Cecilio Sagarna y López de Goicoechea.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 23 diciembre de 1950.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.

ORDEN de 22 de diciembre de 1950 por la que se resuelve el Concurso Nacional de Pintura correspondiente al año actual.

Ilmo. Sr. : Visto el expediente sobre resolución del Concurso Nacional de Pintura del año en curso, y

Resultando que por Orden ministerial de 30 de junio último se convocó el expresado Concurso Nacional, cuyo tema era libre, ofreciéndose un premio de 10.000 pesetas y un accésit de 5.000 ;

Resultando que, previa la tramitación correspondiente, el Jurado, presidido por D. José Francés Sánchez-Heredero, y del que también forman parte D. Elías Salaverría y D. José Aguilar, acuerdan por unanimidad proponer se adjudique el premio anunciado de 10.000 pesetas a la obra titulada «San Martín ofrece su manto al pobre», de la que es autor D. Victoriano Pardo Galindo ;

Resultando que asimismo el Jurado propone por mayoría se adjudique el accésit ofrecido de 5.000 pesetas a la obra titulada «El clown», de la que es autor D. Francisco Arias,

Este Ministerio, vista la anterior propuesta y la Orden mi-

nisterial de 30 de junio próximo pasado, que sirvió de convocatoria a este Concurso, ha resuelto :

1.º Aprobar íntegramente la propuesta formulada por el Jurado, adjudicándose los premios en la forma y cuantía que en la misma se señalan.

2.º Que el importe de éstos se satisfaga con cargo al crédito consignado en el capítulo primero, artículo segundo, grupo sexto, concepto 17, subconcepto tercero del vigente Presupuesto de este Departamento, de cuyo gasto se ha tomado razón en la Sección de Contabilidad y Presupuestos del Ministerio en 14 de abril último y por la Intervención General de la Administración del Estado en 22 de junio siguiente, librándose contra la Tesorería Central y a nombre del Habilitado de Concursos Nacionales, D. Cecilio Sagarna y López de Goicoechea.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 22 diciembre de 1950.

IBÁÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.

